



*Este casino
es mío*

Dana Darius



ESTE CASINO ES MÍO

DANA DARIUS



Copyright © 2026, Dana Daríus.

Este casino es mío

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ISBN: 978-84-09-87479-8

Depósito Legal: B 12666-2026

N.º de registro: TajIF5sI-2026-05-21T19:29:05.774

Cubierta, corrección, maquetación e ilustraciones: Magia de la Lectura, Servicios Editoriales.

ÍNDICE

1. Una mala noticia
2. Una herencia maldita
3. Enfrentándome a su fantasma
4. El primer cara a cara
5. Una idea disparatada
6. Una mentira envenenada
7. Confidencias
8. Una serie de catastróficas citas
9. Maldita heredera
10. ¿Esto es una broma?
11. Dándole vueltas al coco
12. Metiéndome en más líos
13. Se me acabó el chollo
14. Citas y más citas
15. Necesito un respiro
16. Cuando todo parecía perfecto
17. El último ríe mejor
18. El pasado me persigue
19. Las trampas son lo mío
20. Maldito tramposo
21. Tengo que hacer algo
22. Suenan campanas de boda
23. Despedida de soltera con trampa
24. Tomando decisiones duras pero necesarias
25. Una pizca de esperanza
26. Un nuevo contrincante
27. Una amenaza menos
28. La última jugada
29. Todo o nada
30. Sorpresas
31. Golpe de realidad
32. Un final perfecto

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otras publicaciones de Dana Daríus](#)

[Biografía](#)

Para Santi, Darío y Evan, porque vosotros sois mi motor, los que me permitís soñar y vivir mis sueños. Para todos aquellos que han tenido que estar a punto de perder a quien aman para darse cuenta de que cuando el hilo del destino les ha unido no hay nada que les pueda separar.

1. UNA MALA NOTICIA



El sonido atronador del teléfono me despierta en plena noche. Miro el reloj con los ojos casi pegados y no me lo puedo creer: son las tres de la madrugada... «Ya puedes ser importante — pienso—, porque estoy que me subo por las paredes y me caigo de sueño».

Descuelgo el teléfono, desganada, y al otro lado de la línea escucho a mi madre, histérica.

—Judith, tienes que venir corriendo a la casa del abuelo; algo ha pasado...

Mis ojos se despegan de golpe, abiertos como dos platos. Tiene que ser grave, porque, si no, mi madre no me llamaría.

Mi abuelo hace tiempo que está enfermo, pero su resiliencia lo ha hecho durar mucho más de lo previsto. Hace un año los médicos le dieron dos meses de vida y ahí sigue. Para mí ha sido el mejor abuelo del universo, aunque he de decir que siempre me ha enseñado a ganarme la vida por mi cuenta y a no esperar nada de nadie. Es un pilar enorme de la familia y alguien demasiado importante en mi vida. Dueño de uno de los casinos más famosos de Las Vegas, ha amasado una fortuna y, por suerte o por desgracia, soy su única nieta.

Ha querido enseñarme los entresijos de su trabajo un millón de veces, pero siempre he creído que aún nos quedaba mucho tiempo. Sin embargo, esa llamada... me da que pensar que nuestro tiempo se ha agotado. Me levanto de forma apresurada, me visto con unos vaqueros y la primera sudadera que cojo del armario, me calzo mis Converse y voy directa a la casa de mi abuelo, donde se instaló mi madre hace unos meses.

Vivo en un apartamento enorme; lo cierto es que no me puedo quejar. Trabajo en el casino gestionando la sala de juegos. Podríamos decir que soy la directora, aunque nadie me considera como tal; para ellos solo soy la enchufada que está ahí por ser la nieta del dueño. Conmigo trabaja Jason Queen, un ser detestable al que, sin embargo, parecen respetar más que a mí.

No hace falta decir que lo odio, pero tengo que soportarlo porque sabe mucho del negocio, y ahora me temo que tendré que aguantarlo mucho más de lo que querría. Desde que sabe que mi abuelo se muere, se ha pegado a él como una lapa. Siempre está desprestigiándome; quiere quedarse con el casino y no estoy dispuesta a que lo consiga.

Tras vestirme, ni siquiera me miro al espejo. Si alguien me ve ahora mismo, pensará que huyo de una mala decisión, pero, sinceramente, no me importa en absoluto. Bajo corriendo al garaje a buscar mi Porsche —un regalito de mi abuelo por mi cumpleaños— y pongo rumbo a su casa.

Cuando llego, me espera un séquito de médicos que, para mi desgracia, no han podido hacer nada por él. Cuando mi madre ha ido a ver cómo estaba, ya había caído en brazos de la Parca maldita, esa que nos había hecho creer que aún no se lo llevaría.

Abrazo a mi madre, que llora desconsoladamente, mientras yo mantengo el tipo. No puedo desfallecer; él no me lo perdonaría.

«Las lágrimas son para los débiles, recuerda esto siempre. Cuando se apague mi luz, ni una sola».

Y eso es lo que intento, aunque duele. Me duele el alma, el corazón y todo mi ser.

En ese momento aparece Jason por la puerta, con un aire de prepotencia insoportable. Abraza a mi madre de forma cortés, pero,

cuando va a hacer lo mismo conmigo, me aparto de malas formas. No quiero que me toque con sus sucias manos de baboso.

—Siento tu pérdida, Judith, pero tenemos que aclarar qué pasará con el casino. Alguien tiene que ocupar el puesto de tu abuelo y creo que yo...

No le dejo ni terminar.

—¿En serio?! —grito con todas mis fuerzas, mirándolo con un odio que, si las miradas mataran, lo habría hecho caer fulminado a mis pies—. Jason, de verdad, no creía que pudieras ser una maldita serpiente. No es momento de hablar de esto, el cuerpo de mi abuelo aún está caliente, por favor... Y para ti soy la señorita Alister. Así que olvídate de llamarme Judith y guárdate tu pena fingida para otro que se la crea.

—Quieras o no, tu abuelo ha muerto y la vida sigue, al igual que el casino, y esa decisión se tiene que tomar ya —dice con una sonrisa forzada y odiosa—. Los imperios no esperan al luto, Judith.

Mi madre se acerca tras escuchar nuestra discusión; por suerte para él, porque juro que, tras ese comentario, le habría dado un puñetazo en toda la cara. Pone la mano en mi hombro, se repone como puede y mira a Jason.

—Habrá tiempo para todo. Mi padre lo dejó todo arreglado, y nuestros abogados tratarán estos temas junto con el notario. Pero lo justo es guardar unos días de luto, por lo que el casino permanecerá cerrado por el momento.

—Pero se perderá mucho dinero.

Lo dice como si a nosotras eso nos importara en estos momentos.

—Lo sé, pero es lo justo. Mi padre ha entregado su alma en este casino y los trabajadores lo entenderán. Ahora todo debe aclararse primero; después volveremos a abrir las puertas.

Miro a Jason con odio; no entiendo qué vio mi abuelo en él. Yo solo veo a un lameculos pelotero. Trata a los empleados como ganado, pero aun así ha sabido ganárselos para que ellos mismos crean que soy una secretaria más, y no la persona que podría estar al mando algún día.

Mi relación con mi abuelo siempre ha sido especial. Quiso tenerme con él, que me empapara de todo para que el día de mañana su imperio continuara siendo de los Alister. Sin embargo, cuando Jason apareció en su vida, le hizo cuestionarse muchas cosas, y nuestros últimos meses juntos han sido horribles, llenos de disputas, tensiones y malas caras. Miedo me da lo que pueda haber en ese testamento.

El tiempo transcurre lento, demasiado para mi gusto, y mi mente no deja de viajar al pasado, a esos momentos que compartimos. Tardes en el parque, helados, secretos susurrados, risas incontrolables y mil cosas más que mi abuelo siempre me regaló. Aunque su tiempo siempre fue valioso, no lo dejaba pasar en balde y nunca me negó ni un solo minuto de los que yo le robaba. Cuando crecí, entendí que lo que quería era que atesorara recuerdos estupendos para el día en que ya no lo tuviera conmigo. Y ese día ha llegado.

Observo desde un rincón cómo la gente ha acudido a despedirse de él, cómo Jason estrecha la mano de unos y otros, mostrándose arrogante y ganándose a todos, mientras yo no puedo ni levantarme del escalón en el que estoy sentada. La pena me consume y mi odio por él crece. Para él esta pérdida no significa nada, solo quiere el casino, pero no pienso permitirlo. Es mi legado y haré lo que sea por conservarlo.

Sam se acerca y se arrodilla frente a mí. Es mi mejor amiga y sabe lo que siento. Llevamos juntas toda la vida; nos conocimos en el jardín de infancia y desde entonces somos inseparables. Creo que ha pasado tantos momentos con mi abuelo que ya lo sentía como suyo, y él la ha querido siempre tanto como a mí. Ahora mismo podría contarte mil y una locuras que hemos cometido juntas, pero no es el momento; mi dolor no me lo permite.

Va a abrazarme, y es en ese preciso instante cuando repara en Jason y me habla al oído para que solo yo escuche su mensaje.

—No ha ganado, ¿me oyes? Tu abuelo seguro que te ha dejado a ti el casino; eres su nieta, la única que tenía. No pienses más en esa cucaracha.

Sí, ese apelativo le va como anillo al dedo, porque es oscuro y despreciable, a la vez que asqueroso. Ya sé que son adjetivos algo duros, pero es que lo odio tanto que no puedo calificarlo mejor.

—No lo tengo yo tan claro, Sam. En la última época parecía que le había lavado el cerebro. Sabes que discutimos mucho, y en una de esas discusiones me dijo que no podría dirigirlo sola. Algo me dice que se lo ha dejado a él.

—Bueno, si eso es así, cosa que dudo, tendrás la oportunidad de hacer algo que te guste y, si no, te deshaces de él para siempre.

Créeme, no habría nada que me causara más placer que echarlo a la puta calle, y además delante de todos, para que supieran quién manda —pues me tienen por el pito del sereno—; sin embargo, me ganaría más enemigos y no me lo puedo permitir. Aunque, desde luego, sí lo degradaría a relaciones públicas.

—Sam... ¿Qué voy a hacer ahora? Cada vez que entre en su despacho notaré su ausencia. Se acaba de marchar y ya lo añoro muchísimo. ¿Sabes qué he hecho esta mañana? —Sam niega con la cabeza—. He ido a su dormitorio y me he puesto su perfume. Ese que tanto odio, Royale Ambree... Aunque huela a viejo, ahora mismo olerlo me hace sentirlo conmigo.

Me abraza y deja que mis lágrimas la mojen; no le importa. Ella es mi refugio, mi consuelo, mi todo en este momento.

—Venga, Jud, para ya, que si él te viera llorar...

—Lo sé, lo sé, pero duele.

He aguantado toda la noche sin llorar, pues no quería darle ese placer al imbécil de Jason. Pero una no es de piedra y, cuando has querido tanto a alguien, su marcha pesa muchísimo.

—Habla con la gente, quítale el protagonismo a ese egocéntrico y enséñales a todos quién es Judith Alister y cuál es tu lugar —me anima.

Y, aunque parezca mentira, eso es lo que me hace levantarme del escalón en el que estaba sumida en mi tristeza para hacerle caso a mi amiga. Porque esta es mi despedida; esta es mi familia, mis empleados y mi futuro.

2. UNA HERENCIA MALDITA



*H*an transcurrido varios días desde la muerte de mi abuelo y nos llaman para la lectura del testamento. Cuando llego a la sala del notario, Jason ya está esperando como un ave de rapiña; si es que más asco no le puedo tener.

Estos días son insoportables. Tras dos días de cierre del casino, volvemos a abrir las puertas y todos los empleados ya lo tratan como al jefe, a lo que yo me niego en rotundo. Quiere darme órdenes y también instalarse en el despacho de mi abuelo, algo que, por supuesto, no le permito; no hasta que hoy el notario aclare para quién es ese puesto. Pero me temo que sabe algo que yo no sé. Se lo tiene muy creído y yo... he perdido toda esperanza de que el casino siga siendo mío.

Cuando entramos en la sala, Mark, el abogado de la familia, está junto al notario, un joven muy bien vestido que me observa con expresión incrédula.

—Tú debes de ser Judith Alister. Encantado, soy Dennis Brown y hoy realizaré la lectura de las últimas voluntades de tu abuelo. Toma asiento, por favor, y procedamos; el tiempo es oro.

Me aprieta el hombro con una mano, como dándome ánimos, y ya me lo ha dicho todo. Tendré que pensar qué voy a hacer con mi

futuro, porque no voy a ser la jefa de sala de un casino en manos de un depravado como Jason, que solo sabe mirar el culo a todas las chicas.

Todos se sientan y mi madre, que está a mi lado, me sostiene la mano tan asustada como yo.

Por un momento pienso que no sé cómo mi abuelo ha sido capaz de algo así, pero seguro que lo ha hecho, y la rabia se me refleja en la cara.

—No te adelantes a los acontecimientos, hija, y vamos a escuchar a este chico. Tu abuelo siempre ha sido muy puntilloso, pero dudo que juegue con tu futuro.

La observo apenada. Eso es cierto, pero seguro que habrá añadido una cláusula para que no me pueda echar o, peor aún, para que lo llevemos juntos. Porque es cierto que el casino no lo puedo llevar sola, y eso me asusta todavía más.

—Buenos días de nuevo. Vamos a empezar.

El notario se aclara la garganta, abre una carpeta de cuero oscuro y pasa un par de hojas con parsimonia estudiada. Ese silencio previo es casi peor que cualquier sentencia.

—Don Álvaro Alister, en pleno uso de sus facultades, deja constancia de su última voluntad —comienza—. En primer lugar, desea expresar su agradecimiento a todos los empleados del casino Alister, a quienes considera parte fundamental de su legado.

Jason se remueve en la silla, impaciente. Yo aprieto la mano de mi madre con más fuerza.

—En cuanto a sus bienes —prosigue—, establece lo siguiente: el cincuenta por ciento de su fortuna personal pasará a su hija, Margaret Alister.

Mi madre suelta el aire que llevaba reteniendo, como si ese dato la hubiera devuelto por un instante a la vida. Yo apenas lo proceso. Mi cabeza está en otra parte.

—El otro cincuenta por ciento de la fortuna, así como todas las propiedades privadas a nombre del difunto, pasarán a su nieta, Judith Alister.

Parpadeo. Dos veces. El corazón me da un vuelco tan fuerte que me mareo. Mark me dedica una leve sonrisa, cómplice. Jason, en

cambio, frunce el ceño.

—Asimismo —continúa Dennis—, el Casino Alister, con todos sus activos, licencias y participaciones, será legado a Judith Alister... bajo una condición expresa.

Ahí está. Lo sabía. Siento cómo la esperanza se me escurre entre los dedos.

—La heredera deberá contraer matrimonio en un plazo no superior a un año a partir de la lectura de este testamento y dirigir el casino junto a su esposo.

Un murmullo ahogado recorre la sala. Mi madre me mira horrorizada. Yo me quedo completamente inmóvil.

—En caso de que dicha condición no se cumpla —añade el notario sin levantar la vista—, la dirección del casino pasará íntegramente a Jason Queen.

Jason sonríe. No una sonrisa cualquiera. Es una sonrisa de victoria anticipada, de quien cree tener el tiempo de su parte.

—Esto es una broma... —susurro, pero nadie me escucha.

—Don Álvaro deja claro —prosigue Dennis— que esta cláusula no es negociable y que su intención es asegurar la continuidad del casino como empresa familiar sólida, dirigida por dos personas comprometidas tanto entre sí como con el negocio.

—¿Comprometidas? —salta Jason, con tono burlón—. Parece que el viejo sabía lo que hacía.

Me levanto de golpe.

—¡Mi abuelo no me obligaría a casarme así como así! —espeto, temblando de rabia—. ¡Esto es indignante!

El notario alza la mirada por primera vez.

—Entiendo que la condición pueda resultarle... controvertida, señorita Alister, pero es perfectamente legal y está redactada con absoluta claridad.

Mark interviene entonces, con voz calmada:

—Judith, tu abuelo confiaba en ti. Creía que encontrarías la forma de proteger lo que amaba.

Protegerlo. ¿Casándome por obligación?

Miro a Jason, que me observa como si ya fuera suyo todo: el casino, el despacho de mi abuelo... y mi derrota.

Pero entonces algo se enciende dentro de mí. Una chispa. Porque mi abuelo también me conocía. Sabía que no me rendiría.

—Un año —murmuro, sentándome de nuevo—. Muy bien.

Jason arquea una ceja, sorprendido.

—Un año es mucho tiempo —añado, mirándolo fijamente—. Y este casino sigue siendo mío... por ahora.

Mi madre me aprieta la mano, esta vez con fuerza y orgullo.

Puede que mi abuelo me haya puesto la prueba más difícil de mi vida. Pero todavía no ha escrito mi final.



Tras la lectura del testamento, estoy gravemente afectada. No me lo puedo creer: mi abuelo me ha dejado una herencia envenenada. Sí, todos sus bienes son míos, pero eso no me importa; lo que realmente quiero es el casino, y no por ser la directora o ganar dinero, sino porque ese lugar es demasiado especial para mí y guarda muy buenos momentos con mi abuelo.

Todavía me veo como una niña pequeña corriendo por las salas, alucinando con los colores, viendo cómo los crupieres barajan las cartas y las reparten de forma magistral, o cómo giran la ruleta y la bolita va danzando por ella hasta posarse en el número ganador. Las risas de la gente, las bailarinas y sus trajes, con los que yo solo podía soñar, la música y el bling bling de las máquinas al dar un premio.

Esos recuerdos nunca me dejarán. En aquella época disfrutaba de mi abuelo al máximo. Siempre estaba por aquí porque mi madre trabajaba en el casino como camarera; nunca le ha interesado la dirección ni tener responsabilidades, ella siempre prefirió ser una más. Y, por una parte, la entiendo: las responsabilidades agobian demasiado. Pero yo estoy hecha de otra pasta. Mi abuelo me lo inculcó así, siempre me dijo que algún día el casino sería mío, y pienso hacer lo que sea por conseguirlo.

Todo cambió cuando Jason puso un pie en él. Con su talento innato para el juego, su ojo para cazar a los tramposos, su palabrerío y su peloteo hacia mi abuelo, se lo supo ganar muy bien y acabó convenciéndolo de que un negocio así no lo puedo llevar yo sola. Pero está muy equivocado. Yo sola me basto y me sobro, porque te aseguro que nadie sabe más de este negocio que yo, nadie conoce mejor a los empleados y nadie ama este casino como yo. Y no es solo por los beneficios que da, es por el vínculo que me une a él y porque siempre me recordará a mi abuelo.

Tras salir del despacho del notario, mi madre quiere hablar conmigo, pero estoy tan sumamente enfadada que desaparezco. No espero a nadie; solo necesito un margarita y a mi mejor amiga, esa que me ayudaría a deshacerme del cadáver de Jason sin dudarlo. Pero la sangre no llegará al río, aunque ahora mismo solo deseo sacarle las tripas por la boca y que desaparezca del mapa. Soy toda una profesional y ganaré el casino sin tocarle un pelo de la cabeza, si lo tuviera, claro. Porque no te lo he dicho, pero es calvo como una bola de billar.

Mi teléfono suena y en la pantalla aparece su nombre. Parece que me ha leído el pensamiento. Lo ignoro; nada me interesa ahora de ese ser despreciable. ¿Qué quiere? ¿Mofarse de mí? No pienso permitirselo.

Marco rápidamente el número de Samantha mientras sorteo el tráfico con lágrimas de rabia en los ojos, y no tarda en contestar.

—Dime que eres la gran jefaza y que Jason se irá de patitas a la calle.

Respiro profundamente antes de contestar.

—Necesito una copa, Sam, o dos... En cuanto al casino, es mío, por el momento. Te lo cuento en diez minutos; estoy de camino a tu casa. Así que ve bajando, que no tardo nada.

No te lo he contado, pero Sam es bailarina. Solo trabaja tres días por semana en una academia de baile y los fines de semana en un local de copas, por lo que tiene bastante tiempo libre.

Cuando llego a su casa, ya me está esperando sentada en el porche. Sube a mi coche y me mira sin entender nada.

—Chica, vaya cara que traes. Parece que, en lugar de heredar un casino, te hayan condenado a cadena perpetua —dice despreocupada.

Espera a que le cuente todo; va a flipar.

—Algo de eso hay, no creas.

Y ahí, en ese preciso instante, indignada como estoy, exploto y se lo cuento todo: la cara de mi madre, la sonrisilla del notario, las miradas del abogado, la amplia sonrisa de Jason y mi estado de desagrado, humillación y enfado.

—Joder con tu abuelo, cómo se las gasta. Pero, Jud, no lo veas como algo horrible; míralo como una oportunidad de destruir a ese imbécil poco a poco. —La miro sin entender. Incluso ella sonríe, mientras yo no soy capaz de hacerlo—. No me mires así, piénsalo bien: tienes un año, trescientos sesenta y cinco días para decir «sí, quiero», y en ese tiempo puedes conocer a alguien adecuado y ofrecerle el mejor acuerdo de su vida.

La miro de nuevo con los ojos tan abiertos que se me van a caer.

—¿Estás insinuando que fuerce un matrimonio?

Lo pienso por un momento y no es tan mala idea. Si hacemos algún acuerdo primero y todo queda pactado, con la persona adecuada puede funcionar. Pero ¿quién va a aceptar algo así?

—Sí, ya sé que suena de locos, pero escúchame: hay muchos tipos que aceptarían sin pensarlo. Eres una belleza, divertida cuando te lo permites, rica, y les ofreces un trabajo a cambio de un anillo... No es un mal plan.

No, pero definitivamente se le ha ido mucho la pinza.

—¿Y de dónde saco yo a un tío que quiera eso? —pregunto mientras llegamos al bar y estaciono el coche.

—Yo puedo tener un candidato. Es guapo, listo, ese trabajo le iría de perlas y hay confianza como para pedirle ese favor... —Me mira alzando las cejas y ya sé de quién me habla. Y la respuesta es no.

—Ni de coña.

—Pero si no te he dicho quién es... Además, el tiempo corre en tu contra y sabes que podéis fingir perfectamente. Te conoce mejor que nadie.

Tiene razón, pero somos como el agua y el aceite; no podemos estar juntos. Lo odio casi tanto como a Jason desde que tuvimos nuestros más y nuestros menos en un campamento de verano, y no es un buen candidato para mí.

—Sam, sabes que Graham y yo no nos aguantamos desde hace años. Aquel verano marcó un antes y un después en nuestra relación y no voy a pedirle este favor. Además, sabes de sobra que odia los compromisos y este trato implica uno enorme.

—Pues no se lo pidas tú, lo hago yo. Soy su hermana, no puede negarse... ¿no?

Niego con la cabeza. No tiene remedio.

—Puede y lo hará, así que mejor vamos a pensar en otra alternativa. Trescientos sesenta y cinco días...

Y, tras iniciar esa cuenta atrás, pido una copa, otra y otra, hasta que terminamos bailando una canción ridícula, muy movida, de España, que se hizo viral hace muchos años, pero que todavía es muy bailonga: el «Aserejé».

3. ENFRENTÁNDOME A SU FANTASMA



Ayer todo era negro y hoy sigue igual, pero tengo que levantar la cabeza y parecer feliz; no puedo dejar que Jason crea que tiene la sartén por el mango. He decidido hacer una reunión con el personal, pero primero hablaré con él mientras me instalo en mi nuevo despacho, el que era de mi abuelo. Sí, lo hago para marcar territorio y que entienda de una vez que, por ahora, en este casino mando yo.

Voy a hacer caso a Sam y voy a dejarle claro cuál es su lugar, al menos por el momento. Y, aunque no te negaré que me asusta pensar qué va a ser de mi vida este año, estoy dispuesta a lo que sea para no perder el casino.

Así que me levanto de la cama con la mente despejada, me doy una ducha relajante sin pensar en todo lo que se me viene encima, me pongo mi traje chaqueta rosa —porque yo lo valgo—, mis tacones de diez centímetros y me subo a mi coche para dirigirme al que, a partir de hoy, es mi legado.

Al entrar por la puerta todos me miran sorprendidos; muchos me saludan con duda en la mirada. Sé que tienen ganas de saber qué les aguarda y muchos tienen miedo de perder su empleo, pero no pienso prescindir de nadie. Al único que mandaría a paseo no lo

puedo despedir. Sí, eso también venía incluido en las cláusulas malditas.

Convoco una reunión urgente en el gran salón y subo a la oficina para ir recogiendo mis cosas y trasladarme al despacho de mi abuelo.

Jason no tarda en asomar la cabeza por la puerta. Llama con cautela, aunque no puede evitar tener ese aire de superioridad que yo tanto odio. Lo miro y algo en él me llama la atención: su cara. Por una vez en la vida, me mira sin saber qué decir, y eso me hace sonreír por dentro.

Si no fuera porque es lo peor, podría decirte que no está mal del todo. Es alto, fuerte y, aunque es calvo, tiene un algo... que no sabría definir, pero que causa furor en las mujeres. No en mí, claro está. Aunque, si no fuera mi rival acérrimo, quizá podría haber tenido una noche de pasión con él.

Y ya sé que lo he insultado hasta la saciedad; no creas que algo ha cambiado, pero tenía que decírtelo para ponerte en situación.

—¿Recoges tus cosas? —pregunta como si fuera algo extraño, cuando es bastante obvio.

—Claro, voy a ocupar el despacho de mi abuelo; es lo normal. Soy la nueva directora del casino, además de la propietaria.

Ahora es cuando le cambia la cara. Me mira con un poco de desprecio, pero me da exactamente igual.

—Jason, he estado valorando muchas cosas. Sé que ayer todo me cogió por sorpresa; mi abuelo me lo va a poner difícil, pero quiero que sepas una cosa: lo que dije iba en serio. No pienso cederte así como así este casino, y mientras sea la propietaria me tratarás como tal, me tendrás el respeto que merezco y, si no puedes dejar nuestras diferencias a un lado, te invito a cruzar la puerta de salida —comento, como si nada, mientras guardo mis cosas, entre ellas una foto con mi abuelo y mis amigos.

—Judith, te conozco muy bien, y no importa a qué juego quieras jugar; me los conozco todos. Y sabes que siempre calo a los tramposos... No me importa que ocupes el despacho de tu abuelo, pero las manecillas del reloj avanzan, y un año vuela.

La rabia se apodera de mí. Aprieto los puños hasta clavarme las uñas.

—Agradecería que los empleados no supieran nada de todo esto. Por ahora el casino es mío y deberás respetarlo. Dejaré que mantengas tu cargo de ayudante de dirección, pero no me toques las narices, Jason, porque no hay ninguna cláusula en la herencia de mi abuelo que me impida ponerte de portero o de relaciones públicas, así que no juegues conmigo.

Su mandíbula se tensa por momentos. Eso no se lo esperaba, ¿eh?

—Tú lo has dicho, el tiempo corre, pero a veces el amor es ciego y yo me he propuesto que este casino siga siendo de los Alister. Y que yo sepa, tú no llevas ese apellido —suelto, firme y segura de mí misma.

—Está bien. Tiempo al tiempo, Judith. Tiempo al tiempo.

En ese momento, con una sonrisa socarrona más falsa que un billete del Monopoly, se da la vuelta para salir del despacho.

—Señorita Alister, no Judith. Y espero no tener que repetírtelo —le advierto, muy seria.

—En un año.

Y es en ese instante cuando se va y me deja rabiosa, enfadada y echando humo por las orejas.

Cuando bajo al gran salón, ya están todos los empleados esperando. Jason hace su papel y se posiciona a mi lado, como todo un actor de cine, como si mi pena le doliera... Qué falso, por favor. Cojo el micrófono que utilizamos para los espectáculos y me dirijo a la plantilla.

—Buenos días. Os he reunido aquí para comunicaros que tanto la propiedad del casino como su dirección me han sido transferidas. Eso quiere decir que a partir de hoy yo seré la persona al mando y que cualquier petición me la tendréis que hacer a mí.

Observo cómo muchos empleados, los que llevan con mi abuelo más años, sonríen. Me quieren como a una hija y se alegran. En concreto Sharon y Whinett, la jefa de barra y una de las crupieres más antiguas. Otros, sin embargo, se sorprenden y miran a Jason sin saber qué decir.

—Quiero que todo continúe igual que siempre. Cada uno de vosotros sois importantes para el Casino Alister, y también lo sois para mí. Solo quiero deciros que cualquier cosa que necesitéis podéis venir al despacho a contármela, como habéis hecho siempre con mi abuelo. Aprendí del mejor los entresijos de este lugar y espero que, aunque ahora haya a quien le resulte complicado verme en su puesto, os adaptéis y entendáis que esto no es solo un casino, es una familia, y juntos lograremos todo lo que nos propongamos.

Con esas palabras me despido. Al bajar del escenario, muchos me felicitan entre abrazos, y yo me permito por un momento confiar en que voy a lograr que este casino sea mío para siempre.

Los dejo volver a sus quehaceres cuando subo a mi nuevo despacho. Al entrar, la ausencia de mi abuelo me transporta a una vida pasada: a las veces que jugaba en este despacho, cuando estaba aquí con Sam y con su hermano; a las ocasiones en las que me sentaba en sus rodillas a ver las cámaras de seguridad; cuando me explicaba cómo llevar la contabilidad; las veces que me enseñó a controlar las cajas fuertes y las retiradas de efectivo; y miles de cosas más que se gestionan desde el sillón del director.

Gestionar un casino puede parecer sencillo, pero no lo es tanto. A simple vista es un lugar para jugar, despejarte y poder ganar algo de dinero en el mejor de los casos; pero piensa que nuestro complejo es enorme y hay que gestionar el casino, el hotel, la restauración, los espectáculos, la seguridad, la atención VIP, las finanzas, el marketing, los eventos, a todo el personal y, lo más importante, el cumplimiento legal.

La suerte es que tenemos bastantes empleados y cada uno tiene su función. Es por ello por lo que, en breve, tendré que hacer una reunión adicional con todos los jefes de departamento para coordinarnos bien y que nada se me escape.

Aspiro profundamente y todo huele a él, a esa colonia que tanto odio pero que en estos momentos añoro demasiado. Me siento en el sillón tras la mesa y observo sus cosas.

Una pluma estilográfica que le regalé hace unos años, con un grabado muy especial: «Tú y yo juntos hasta el fin del mundo». Con ella siempre firmaba los contratos y los cheques. Una foto de mi

abuela, de mi madre y mía. Mi abuela partió hace mucho al otro mundo; murió en un accidente hace unos diez años. Mi abuelo lo pasó muy mal, porque la quería con locura, pero se apoyó en nosotras y nunca decayó a pesar de su enfermedad.

En el fondo siempre fue un romántico empedernido. Por eso no me sorprende que me la haya jugado, pero ponerle plazo al amor es una jugarreta muy sucia.

A mis treinta y cinco años nunca me he enamorado de verdad. Siempre he estado centrada en mis estudios, en la familia, en el casino... y en sobrevivir a los idiotas que se cruzaban en mi camino. Pero sí hubo alguien demasiado importante para mí: Graham Denison.

Mi mejor amigo desde siempre, el hermano mellizo de Sam, con esa sonrisa que te hacía olvidar la lógica. Nos volvimos inseparables... hasta que decidió besarme en el momento más inoportuno de mi vida, mientras jugábamos a la botella en el campamento de verano, y después siguió como si nada hubiera pasado.

Quizá para él fue un beso más, un tonto juego, pero para mí fue diferente. Ese beso despertó en mí algo que nunca había sentido y por eso no he sido capaz de perdonarlo.

Él nunca entendió mi enfado. Yo me distancié, me hice la dura y con los años ambos cambiamos. Él sigue trabajando como socorrista en uno de los hoteles más prestigiosos de Las Vegas y enseñando *wakesurf* a adolescentes que solo van a mirarle el culo. Y yo... bueno, yo aprendí a odiarlo sin más.

Aunque no tanto como a Jason, eso sería imposible; pero lo odio con todo el rencor de un verano arruinado y unas ilusiones rotas.

A veces pienso en lo injusta que es la vida: los imbéciles siguen felices, y yo aquí, luchando por un casino que representa todo lo que amo. Pero ¿sabes qué? Que se quede con sus ojazos, sus chicas y sus fiestas. Yo tengo un legado que proteger y un enemigo calvo al que odiar... y eso, querida mía, es mucho más divertido.

4. EL PRIMER CARA A CARA



Ya han pasado dos semanas desde que tomé posesión de la dirección del casino y las cosas funcionan bien. Todo sigue como siempre y eso, en parte, es un gran alivio. En ocasiones me da la impresión de sentirme un poco vigilada, y eso tiene que ver con Jason; él y su chupipandi particular están esperando a que tropiece, algo que no estoy dispuesta a permitir.

Estos días han sido de locos. He estado revisando informes de pérdidas y ganancias, incidencias del casino, fichas de clientes VIP... Vamos, que he tenido unas noches algo moviditas. Tengo que hacerme con todo rápidamente y no es fácil teniendo a un ave de rapiña vigilando cada paso que doy. Pero, cuando me encierro en el despacho, tranquila, me permito el lujo de soñar que esto no está pasando y que no pesa una maldita condición para que esto sea mío de verdad.

Cuando vuelvo a la realidad viene el problema más grande: el tiempo corre en mi contra y, por más que lo pienso, no encuentro una solución a corto plazo. El matrimonio, para mí, es como la urticaria. No tenía pensado casarme jamás, y mi abuelo lo sabía. Me la ha jugado pero bien. Esto es como una mala partida de póquer en la que vas con el todo o nada, y yo siento que tengo las de perder.

De repente, la puerta de mi despacho se abre sin previo aviso y Sam entra como un torbellino, como si el mundo no se estuviera desmoronando a mi alrededor. Está acompañada por alguien a quien no quería ver ni en pintura, alguien que consigue que el aire se vuelva más denso en cuestión de segundos. No me preguntes por qué, pero mis ojos se clavan en los suyos sin que pueda evitarlo, en ese azul intenso que recuerdo demasiado bien, en esos tatuajes que le recorren los brazos como si quisieran recordarme todo lo que intento olvidar... ¿Por qué tiene que estar tan bueno? En serio, universo, ¿era necesario?

«Borra esa imagen de tu mente ahora mismo, Judith, porque, cuando lo tienes cerca, pierdes el norte y eso es justo lo que no puedes permitirte».

—¿Qué haces aquí, Sam? Tengo trabajo —digo, intentando sonar molesta, aunque lo que realmente estoy es incómoda. Muy incómoda, porque sé perfectamente a qué ha venido y no pienso entrar en su juego.

—A mí no me mires, pelirroja, que yo he venido engañado —dice él, y solo por eso ya me entran ganas de echarlos a los dos del despacho.

—Ya, claro. Seguro que tenías cosas muchísimo más importantes que hacer, como estar rodeado de alguna de esas niñas que babean por ti mientras fingen que les interesa aprender *wakesurf* —respondo con una mueca exagerada, imitando a esas chicas con voz absurda—: «Oh, Graham, no sé mantener el equilibrio, ¿puedes ayudarme?».

—¿Celosa? —pregunta, con esa sonrisa que antes me hacía gracia y ahora me pone de los nervios.

—¿Yo? ¿Por ti? Más quisieras, chato —respondo, cruzándome de brazos, aunque la rabia ya empieza a hervirme por dentro.

Sam, que hasta ahora había permanecido en un segundo plano —como si no estuviera disfrutando del desastre emocional que acaba de provocar—, da un paso al frente, se cruza de brazos y nos mira a los dos con una media sonrisa que ya conozco demasiado bien. Esa que significa que está a punto de soltar algo que no debería.

—Vale, voy a decirlo porque alguien tiene que hacerlo —empieza, girando la cabeza de uno a otro como si estuviera arbitrando un combate—. Pero es que es imposible tomarse esto en serio cuando estáis los dos aquí plantados mirándoos como si os odiarais, cuando, en realidad, lo único que necesitáis es encerraros en una habitación, quitaros la ropa y resolver dieciocho años de tensión sexual acumulada de una vez.

—¿Perdona? —digo, mirándola con los ojos como platos mientras noto cómo la sangre me sube a las mejillas a una velocidad preocupante.

Graham suelta una carcajada por lo bajo, de esas que intenta disimular pero que lo traicionan igual, y se pasa la mano por la cabeza como si, de repente, todo esto le resultara más divertido de lo que debería.

—Tu hermana está fatal —murmuro, evitando mirarlo más de la cuenta porque ya bastante tengo con lo que acaba de decir—. Fatal de la cabeza.

—No, no, perdona —continúa Sam, señalándome con el dedo como si acabara de descubrir América—, porque tú estás muy indignada, pero llevas mirándolo como si fuera un pecado capital con piernas desde que ha entrado.

—¡Eso no es verdad! —respondo demasiado rápido, lo cual, evidentemente, no ayuda en absoluto a mi defensa.

—Ah, no —dice ella, arqueando una ceja—. Entonces debe de ser que el aire del despacho te está afectando, porque, hija mía, esa cara no es de odio precisamente.

—Es de incredulidad —replico, cruzándome de brazos—, porque sigo sin entender cómo alguien puede ganarse la vida enseñando a jovencitas a practicar un deporte que ni siquiera es surf de verdad... *Wakesurf*, eso es para los «quiero y no puedo».

—Oye —interviene Graham, ahora sí mirándome directamente, con esa sonrisa suya que debería estar prohibida—, que es un deporte muy divertido. Cuando quieras te lo demuestro. No todos podemos ir a California a hacer surf cuando queramos.

—Claro, como si yo me fuera cada fin de semana —asiento con sarcasmo—. Además, eres tonto si crees que las chicas que van a

tus clases lo hacen por aprender; solo lo hacen para seguirte con la mirada cuando sales del agua. Eso lo dominan perfectamente.

Sam se lleva la mano a la boca para no reírse, aunque le dura exactamente dos segundos.

—De verdad, sois insufribles —dice entre risas—, pero, si esto no es tensión sexual sin resolver, yo ya no sé lo que es.

—Esto —respondo, señalándolo a él sin mirarlo— es un error de la naturaleza que se niega a desaparecer de mi vida.

—Y tú —contesta él, sin perder la sonrisa— sigues siendo igual de dramática que siempre, pelirroja.

—Y tú igual de insoportable.

Cómo odio que me llamen así.

—Y tú igual de guapa cuando te enfadas.

Dios, juro que este hombre es insufrible.

—Vale —dice Sam, dando una palmada—. Retiro lo dicho, no necesitáis una habitación... Necesitáis directamente perderos en una isla desierta y que no os vayan a buscar en un año, porque aquí hay material para todo ese tiempo o más.

—Sam, deja las drogas, que te están atrofiando el cerebro —digo indignada.

—Si tú lo dices... De verdad, lleváis así dieciocho años ya... ¿No podéis hacer las paces? Además, ya te lo he dicho, Jud: él es la respuesta a todos tus problemas.

Ahora Graham nos mira a las dos arqueando una ceja. Creo que Sam no le ha explicado sus planes, y no me sorprende; es una gran artífice, pero hacerle eso a su propio hermano...

—Sam, en serio, no nos metas en tus locas ideas. Mis problemas son solo míos y los resolveré yo sola.

—¿Qué coño pasa, Sam? —dice Graham, algo molesto—. Mira, he aceptado que me traieras aquí, aun sabiendo, desde que hemos entrado, que no íbamos a comer como me habías dicho, o al menos no solos, pero aquí hay algo que me estoy perdiendo y ya me lo estáis diciendo.

Ahora nos mira a las dos, como si yo tuviera algo que ver en todo esto.

—Vale, voy a decirlo... Pero no me odies, hermanito. Bueno, sí, probablemente me odiarás, pero la realidad es que no me importa en absoluto.

Sam arranca con la historia de mi herencia y yo la apunto con un boli mientras pienso en las ganas de asesinarla que tengo ahora mismo. Vale que un boli no es muy efectivo, pero oye... en mi mesa tengo un abrecartas.

—Ni se te ocurra, Sam.

Pero nada, ya lo ha soltado.

—Graham, no te enfades. No me digas que no es la solución perfecta. Os conocéis de toda la vida, tú te has criado en este casino y su abuelo seguro que lo habría aceptado. Además, solo tenéis que aparentar, nada más. Y, de paso, así podrías tener un trabajo de verdad.

Él la mira como si le hubiera salido un tercer ojo, y no me extraña.

—¿Tú te has vuelto loca? No pienso casarme con Judith, y ya tengo un trabajo de verdad.

Sam lo mira apenada.

—Joder, Graham, se lo debes... —empieza Sam, pero se detiene un segundo, mirándonos a los dos como si midiera muy bien hasta dónde puede llegar—, porque las cosas no acabaron bien entre vosotros, y eso lo sabes perfectamente, aunque prefieras mirar hacia otro lado. Y, en cuanto al trabajo, sabes que no puedes estar toda la vida con ese tema. Tienes una lesión, por eso ya no compites; deberías replantearte tu vida.

El silencio que se instala en el despacho es incómodo, denso, de esos que no necesitan palabras para hacerse notar, y yo aprieto el bolígrafo entre los dedos sin dignarme a mirarlo, porque no pienso darle ese gusto después de todo este tiempo. Él parece dolido ante el recuerdo de que todo por lo que había luchado se desvaneció por un accidente, aunque eso no viene al caso ahora.

—¿Ah, sí? —responde él, más serio de lo que esperaba—. Pues es curioso, porque yo no recuerdo que nadie me explicara absolutamente nada.

Ahí está. Claro que sí. Dieciocho años después y sigue exactamente igual, sin enterarse de nada, sin haberse molestado siquiera en entender lo que pasó.

Suelto una risa baja, sin humor, de esas que salen solas cuando algo te supera.

—Claro que no —murmuro—. Para eso hay que prestar atención, Graham, y nunca ha sido precisamente tu fuerte.

Sam nos mira claramente incómoda, pero incapaz de intervenir todavía.

—Vale... —dice al final, levantando las manos en un intento de calmar las aguas—. Solo digo que igual ya va siendo hora de dejar de hacer como si aquí no hubiera pasado nada.

—Aquí no ha pasado nada —responde él con frialdad, como si de verdad se lo creyera.

Levanto la vista de golpe, incapaz de contenerme.

—Exacto —sonríó, pero sin rastro de alegría—, absolutamente nada. Solo un verano, un beso... y una estupidez de adolescente, ¿verdad?

Graham frunce el ceño, incómodo, y por primera vez parece dudar.

—No fue para tanto.

Y, en ese preciso instante, algo dentro de mí hace clic. Algo que creía enterrado pero que, claramente, sigue ahí, intacto.

—No, claro —asiento lentamente, sosteniéndole la mirada—. Para ti no.

El silencio vuelve a caer entre nosotros, todavía más pesado, más incómodo, como si el aire se hubiera espesado de golpe.

Sam abre la boca, pero no llega a decir nada; y casi mejor, porque esto ya no va con ella.

—Mira, Jud... —empieza él, intentando recomponerse.

—No —lo corto, mirándolo por primera vez de verdad, sin filtros, sin esquivar nada—, no empieces ahora.

Mis dedos se tensan sobre la mesa mientras noto cómo todo lo que llevo años guardando empieza a empujar para salir.

—Porque lo hiciste por hacer, ¿no? —añado, clavando la mirada en él—, como todo lo demás en tu vida: sin pensar, sin preocuparte

lo más mínimo por las consecuencias.

Se queda callado.

Y eso... eso sí que no me lo esperaba.

Sam carraspea a un lado, claramente incómoda con la situación que ella misma ha provocado.

—Vale, igual esto no está yendo como yo había planeado...

—¿Planeado? —repito, girándome hacia ella con incredulidad—. ¿Tú planeas este tipo de desastres ahora?

—Intento arreglar las cosas —se defiende, aunque ya sin mucha convicción.

—Pues igual hay cosas que no tienen arreglo —respondo, más suave, pero mucho más firme, dejando claro que esta no es una de esas historias que se solucionan con buenas intenciones.

Y vuelvo a mirar a Graham, sosteniendo esa distancia que, en realidad, nunca ha dejado de existir.

—Sobre todo cuando una de las dos partes ni siquiera se dio cuenta de que fue quien provocó todo esto.

Se ha quedado blanco como el papel y no sabe ni qué decir, pero de repente recuerda el porqué ha venido y continúa con su retahíla de excusas, que es lo único que sabe poner.

—Mira, pelirroja. Siento que tu abuelo te haya puesto esa condición, pero no puedo casarme contigo. Me gusta vivir sin ataduras, viajar, surfear... Y en mis planes no entran bodas. Ni verdaderas ni falsas.

—¿Qué te crees, que yo quiero casarme contigo? No ha sido idea mía —lo miro con rencor; no por su negativa, sino por estos dieciocho años sin explicaciones y sin disculpas—. La idea ha sido de tu hermana, que se cree la Celestina. Pero ya lo he dicho antes: mis problemas los resolveré yo sola. Y ahora, si me disculpáis, tengo muchas cosas que hacer —comento mientras me levanto de la silla y golpeo con la cadera, sin querer, la mesa de mi abuelo, tirando un marco de fotos al suelo.

Es en ese momento cuando ambos nos agachamos a recogerlo. Sin querer, nuestras manos se rozan y puedo notar una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo.

«Genial, ahora también me electrocuta... Perfecto, justo lo que necesitaba hoy».

No quiero mirarlo, pero inconscientemente lo hago; esos ojos me hipnotizan. Sin embargo, antes de que se dé cuenta, retiro la mirada y él ya ha agarrado el marco. Al darle la vuelta encuentra nuestra foto, esa en la que éramos unos renacuajos de seis años, unos bichitos adorables (como ha dicho Sam: el trío maravilla) y, con la mirada perdida en el pasado y serio como no lo había visto en mucho tiempo, me devuelve la foto sin saber qué decir.

—Mi abuelo te quería, nunca dejó de preguntarme por ti. Es una pena que no hayáis tenido la oportunidad de despediros —dejo la foto en su lugar y me dirijo a la puerta—. Podéis iros cuando queráis. Yo tengo que bajar a la sala. Si os queréis quedar un rato, decidle a Rose que os dé unas fichas de cortesía de mi parte. Por cierto, Graham, gracias por venir... aunque habría preferido que no te hubieran tenido que engañar para hacerlo. Qué ingenua he sido al pensar que nuestra amistad ha significado algo para ti en algún momento.

En ese instante, y sin dejarle rebatir nada, abandono el despacho, porque ahora mismo mis sentimientos pesan demasiado. Los recuerdos, el dolor, las risas, ese perfume que me acompaña vaya adonde vaya... Porque mi abuelo ha dejado este mundo, pero su alma sigue conmigo.

Cojo distancia; tengo que pensar en un castigo adecuado para Sam. Nos ha hecho una trampa bien gorda y esta no se la perdono.

Escucho unos pasos tras de mí y de repente una mano se posa en mi hombro. Es ella.

—Jud, no te enfades... —empieza Sam, siguiéndome de cerca, con ese tono entre suplicante y culpable que ya me conozco demasiado bien—. Tenía que intentarlo. Sé perfectamente lo que significa este lugar para ti... y también para él. Solo quería que lo recordara y quizá así...

—No, Sam... —la corto, girándome despacio hacia ella, mirándola fijamente mientras siento cómo todo lo que llevo dentro y me he callado tanto tiempo quiere salir de golpe—. Nos la has jugado, y lo sabes.

Mi voz no es alta, ni siquiera tiembla, pero lleva todo el peso de lo que no he dicho en años.

—Te quiero, lo sabes de sobra —añado, bajando un poco el tono, pero sin apartar la mirada—, pero te has pasado.

Ella baja la vista, incómoda, removiéndose ligeramente en su sitio.

—Yo solo quería ayudar, Jud...

—Ya —respondo, negando con la cabeza mientras suelto el aire poco a poco—, pero no me vengas con cuentos, porque sabes perfectamente que esto no funciona así.

Me paso una mano por la cara, intentando recomponerme, aunque sé que voy tarde para eso.

—Deja de vivir en tu mundo de arcoíris y finales felices, ¿vale? Porque la vida real no es tan bonita, y mucho menos ahora mismo.

Trago saliva, notando cómo se me hace un nudo en la garganta que no pienso dejar salir.

—Estoy rota, Sam... —le digo al fin, mirándola de frente, sin esconderme—, rota de verdad, y aun así tengo que venir aquí cada día, sonreír, aparentar que todo está bajo control, porque él lo quería así... Porque siempre me enseñó a no venirme abajo. Pero tú sabes tan bien como yo que cada día es una cuenta atrás diferente, que yo quería el casino sin condiciones y que solo la idea de ver su despacho vacío me duele.

El silencio que queda entre nosotras es denso, incómodo, de esos que lo dicen todo sin necesidad de palabras.

—Así que no me lo pongas más difícil tú también... por favor.

Sam da un paso hacia mí, dudando, como si no supiera muy bien hasta dónde puede acercarse.

—Jud...

Pero, antes de que siga hablando, la agarro por los hombros, obligándola a mirarme.

—Sabes lo que me costó, Sam, lo sabes mejor que nadie —le digo, apretando un poco los dedos sin darme cuenta—, porque no fue solo un beso, no fue una tontería de verano... Para mí lo fue todo, absolutamente todo.

Aprieto la mandíbula, intentando mantener la compostura.

—Empecé a sentir cosas de verdad, y no hablo de una tontería pasajera, hablo de algo que me cambió por dentro... —Una risa seca se me escapa, amarga—, y él ni siquiera se enteró.

Sam cierra los ojos un segundo, como si también le doliera.

—Me dolió mucho —continúo, más bajo, pero más sincera que nunca—, muchísimo, y me costó años salir de ahí, de ese bucle infernal en el que me sumí por él.

Suelto el aire lentamente y aflojo el agarre sobre sus hombros.

—Así que no, no puedo hacer como si nada hubiera pasado, no puedo ponerme a su lado como si todo esto fuera un simple acuerdo... Ni siquiera aunque fuera mentira.

La miro una última vez, dejando que entienda lo que no quiero repetir.

—Porque para mí no lo sería.

Sam se queda en silencio, mirándome, sin intentar interrumpirme esta vez, sin intentar arreglar nada con palabras.

Y entonces, sin decir nada más, me abraza con fuerza, de esa forma suya que siempre consigue sostenerme aunque todo se tambalee.

—Vale... —murmura contra mi hombro—, vale...

Se separa un poco, pero no del todo, como si no quisiera soltarme aún.

—Pero el tiempo sigue corriendo, Jud...

Asiento despacio, dejando escapar el aire que llevaba reteniendo.

—Lo sé.

—Trescientos cincuenta y un días...

Tengo claras muchas cosas, y sí, sé muy bien que el tiempo corre en mi contra, pero también sé que Graham no es una opción; y que, aunque he estado muy enamorada de él, el odio puede más que ese amor.

5. UNA IDEA DISPARATADA



A final, tanto Sam como Graham han decidido quedarse un rato por aquí y no puedo evitar centrar mi mirada en él; desde el ordenador del despacho puedo controlar las cámaras y me siento como una espectadora de Gran Hermano: no le quito el ojo de encima. Puede parecer enfermizo, pero es que algo en él —o todo él, más bien— me hechiza, aunque lo negaré hasta la saciedad porque mi odio es más fuerte.

En ese momento, como si notara el peso de mi mirada, Graham levanta la vista hacia una de las cámaras, frunce ligeramente el ceño y sonríe de lado, como si supiera perfectamente que lo estoy observando, y yo aparto la mirada del monitor como si me hubiera pillado haciendo algo ilegal.

De nuevo ese olor tan peculiar me inunda las fosas nasales; es como si mi abuelo estuviera sentado a mi lado, diciéndome: «Ves, niña, ese chico es para ti».

Pues no, abuelo, estás equivocado, y si esa treta que has ideado tenía como propósito vernos casados, te ha salido el tiro por la culata.

De nuevo los recuerdos vienen a mi mente y me llevan a un parque. Tendríamos unos seis años y Graham me defendió de unos

niños más mayores; habían venido a los columpios y me empujaron para montar ellos. Yo lloraba desconsolada y él no se amedrentó. A pesar de ser más pequeño que los demás, se enfrentó a ellos, aunque también acabó en el suelo de otro empujón. Pero ahí ya supe que siempre sería mi salvador. Aunque, si te soy sincera, no sabía lo equivocada que estaba.

Estoy bien concentrada mirando la mesa en la que está sentado y veo a varias mujeres acercarse a él. Les sonrío, juguetón, y una le sopla los dados de la mano de forma muy insinuante, pero ¿cómo se puede ser tan...?

—He visto a tus amigos por aquí; me ha dicho Rose que les ha dado unas fichas de cortesía. Si haces siempre eso, no ganaremos dinero —suelta Jason, desviando mi atención de la pantalla.

—¿He escuchado bien? Será que no ganaré dinero yo... Tú aquí ni pinchas ni cortas, es mi casino y yo invito a quien me dé la real gana. Ah, y se llama a la puerta del despacho de tu jefa, no se entra como si esto fuera tu casa —comento, algo molesta.

Porque no sé con qué derecho se cree para decirme lo que puedo o no hacer en mi propio casino, cuando él invita a todas las chicas guapas siempre que quiere.

—Y, ya que sacas el tema, lo mismo te digo: sé lo que haces todos los días y eso se ha terminado. No puedes coger más fichas de cortesía sin mi consentimiento; si las quieres, deberás pagarlas como hace todo el mundo —Me mira sorprendido—. Tus ligues no los voy a estar pagando yo.

Creo que por su expresión intenta buscar una respuesta aceptable, pero no la tiene; es normal.

—¿Venías por algo en concreto o solo para echarme en cara que les he regalado diez fichas a cada uno? —suelto, indignada.

—Solo quería saber cómo estabas, nada más. Oye, Judith, sé que la situación nos hace rivales, pero no quiero que lo veas así. Juntos podemos llevar este casino a otra dimensión, tengo muchas ideas y, si quisieras escucharlas...

Lo que me faltaba por oír. Qué falso es.

Jason lleva demasiado tiempo rondando a mi abuelo como para que ahora venga con ese tono conciliador que no se cree ni él. Lo he

visto demasiadas veces apoyado en el respaldo de su silla, inclinándose lo justo para susurrarle cosas al oído mientras yo estaba delante, como si yo no existiera, como si mi opinión fuera un simple trámite que había que saltarse; y también lo he visto cambiar el gesto en cuestión de segundos, sonreírle a él y clavarme después esa mirada fría que utiliza cuando quiere dejar claro quién manda en una sala que ni siquiera es suya.

Ha sabido moverse, eso no se lo puedo negar. Ha ido ganándose a cada empleado poco a poco: una palmadita por aquí, un favor por allá, invitaciones estratégicas a los clientes adecuados... Y mientras tanto, yo veía cómo mi abuelo empezaba a escucharlo más de la cuenta, a aceptar cada consejo, a darle un espacio que antes era mío, como si de repente yo hubiera dejado de ser suficiente sin que nadie me avisara.

Y ahora está aquí, plantado en mi despacho, hablándome de equipo, de futuro y de ideas como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera estado meses enteros desmontando cada decisión mía con una sonrisa impecable y palabras perfectamente medidas, y pretende que me crea que quiere ayudarme, que quiere lo mejor para el casino... cuando lo único que ha querido siempre es esta silla.

—No quiero escucharlas. Estoy bien y el casino lo voy a llevar como lo hacía mi abuelo. Él me enseñó los entresijos del negocio mucho antes de que tú pusieras un pie en él, y no me vengas ahora de amigo fiel, porque serías como ese que a la que te giras te da una puñalada traperera. Solo te voy a pedir que no interfieras en mi manera de trabajar y yo no lo haré en la tuya.

Su cara refleja una sonrisa de autosuficiencia que no aguanto.

Jason se apoya en el marco de la puerta con esa calma que utiliza cuando cree que tiene la partida ganada, y sonríe de lado, sin prisa, como si disfrutara saboreando algo que yo todavía no alcanzo a ver del todo.

—Es curioso... —dice, paseando la mirada por el despacho, por la silla, por todo lo que ahora mismo es mío— lo rápido que pueden cambiar las cosas cuando el tiempo empieza a correr en tu contra.

No respondo, pero noto cómo algo se me remueve por dentro.

—Un año parece mucho —añade encogiéndose de hombros—, pero en este negocio he visto imperios caer en menos tiempo... y personas tomar decisiones... precipitadas.

Ahí está, no lo dice, pero lo está insinuando. Sabe que tengo miedo y no puedo permitirlo.

—Así que tranquila —continúa, mirándome por fin a los ojos—, no tengo ninguna prisa... de momento.

Y de nuevo pone esa sonrisa que para mí es mucho peor que cualquier amenaza.

Jason sale del despacho con esa maldita curva todavía dibujada en la cara, y la puerta se cierra tras él con un golpe seco que resuena más de lo que debería en una estancia que, de repente, se me hace demasiado grande.

Me quedo quieta unos segundos, de pie junto a la mesa, con la mirada clavada en la puerta como si esperara que volviera a abrirla solo para tener la excusa perfecta para lanzarle algo a la cabeza. Pero no, no vuelve, y lo único que queda es ese silencio incómodo que siempre llega después de una tormenta.

Suelto el aire poco a poco, sin darme cuenta de que lo estaba reteniendo, y apoyo las manos sobre la mesa intentando recomponerme. Pero sus palabras siguen dando vueltas en mi cabeza como una bola de ruleta que no termina de caer en ningún número, rebotando de un lado a otro, recordándome que el tiempo corre, que él lo sabe y que está dispuesto a esperar... porque cree que va a ganar.

Pues no, no pienso ponérselo fácil.

Me dejo caer en la silla de mi abuelo, esa que todavía huele a él, y cierro los ojos un segundo buscando algo de claridad, pero lo único que encuentro es presión, dudas y esa sensación constante de que voy tarde en una carrera que ni siquiera sabía que estaba corriendo.

Y es entonces cuando lo tengo claro: necesito un plan y lo necesito ya.

Así que cojo el móvil casi sin pensarlo y marco el número de Sam, porque si hay alguien capaz de meterse en este desastre conmigo y salir riéndose, esa es ella.

—¿Todavía estás por aquí? Necesito que vengas a mi despacho sola. Tenemos que idear un plan y por una vez en la vida voy a escuchar tus sugerencias.

No pasan ni cinco minutos cuando la tengo plantada frente a mí, con ese vestido azul turquesa que parece más propio de una tarde de cócteles en la playa que de una reunión seria, dando vueltas por el despacho con el móvil en la mano como si estuviera a punto de resolver el mayor problema de la humanidad.

—¡Lo tengo! —exclama de repente, como si acabara de descubrir la cura contra todos mis males.

La miro con desconfianza, apoyándome en el respaldo de la silla y cruzándome de brazos, porque cada vez que dice eso suele venir acompañado de una idea que roza lo ilegal, lo absurdo o ambas cosas a la vez.

—Me da miedo preguntar, pero adelante, ilumíname.

—Mira —dice, acercándose como si fuera a contarme un secreto de Estado—, esta aplicación se llama *Match Love*. Es para encontrar pareja, citas, conexiones... ya sabes, lo típico. Pero aquí hay de todo, y alguno tiene que servirte.

Tardo exactamente dos segundos en procesarlo.

—No.

Así, sin más.

—¿Cómo que no? —Frunce el ceño, ofendida.

—Como que no pienso meterme en una aplicación de citas como si estuviera desesperada, porque no lo estoy, Sam —respondo, alzando una ceja—. Es más, me niego a creer que la solución a todo esto pase por quedar con desconocidos que probablemente viven en casa de su madre y tienen una foto de perfil de hace diez años.

—Eres una exagerada —resopla—. Además, tú no vas a buscar el amor, vas a buscar un candidato a marido; es totalmente diferente.

—Ah, claro, qué diferencia tan abismal —ironizo—. No busco pareja, busco marido exprés. Suena muchísimo mejor, dónde va a parar.

Sam pone los ojos en blanco y empieza a trastear con el móvil sin pedirme permiso, lo cual ya me pone en alerta.

—Escúchame antes de seguir quejándote —dice sin mirarme—. Tienes un año, Judith, un año que ya no es un año porque cada día que pasa cuenta, y no puedes pretender que el hombre perfecto aparezca mágicamente en la puerta del casino con un anillo en la mano y ganas de firmar un contrato contigo.

—Pues casi prefiero eso a esto —murmuro, señalando su móvil como si fuera un artefacto peligroso—, porque lo que tú propones es directamente una ruleta rusa emocional.

—Lo que yo propongo es que hagas algo —replica—, porque quedarte aquí sentada mirando cámaras y odiando a Jason o a mi hermano no te va a conseguir un marido.

Aprieto los labios, desviando la mirada un segundo hacia la pantalla donde Graham sigue rodeado de mujeres como si nada, sonriendo, jugando, viviendo su vida como si el mundo fuera sencillo, y algo dentro de mí se revuelve con una mezcla bastante fea de rabia y orgullo porque sé que Sam tiene razón.

—Ni se te ocurra hacerme una foto —advierto de repente, volviendo a mirarla cuando veo cómo levanta el móvil.

—Demasiado tarde.

—Sam.

—Relájate, sales guapísima cuando estás enfadada. Tienes ese punto de «no te acerques o te arranco la cabeza» que seguro que encanta.

—Te juro que como subas esa foto...

—Ya está subida.

Me quedo mirándola en silencio, procesando lo que acaba de hacer, debatiéndome entre estrangularla allí mismo o asumir que, probablemente, ya he cruzado una línea de la que no hay vuelta atrás.

—Eres consciente de que, si esto sale mal, voy a culparte de absolutamente todo, ¿verdad? —le digo finalmente, entrecerrando los ojos.

—Lo asumo —responde con una sonrisa de satisfacción—, pero cuando encuentres a alguien mínimamente decente me lo agradecerás.

—No contaría con ello —murmuro, volviendo a mirar la pantalla, aunque esta vez ya no sé muy bien si estoy observando a Graham... o intentando distraerme de lo que acaba de empezar.

El móvil de Sam vibra entre sus manos y sonrío de repente.

—Tenemos el primer candidato.

Y no sé por qué... pero eso no me tranquiliza en absoluto.

6. UNA MENTIRA ENVENENADA

GRAHAM



Cuando Sam me ha llamado para invitarme a comer he dicho que sí sin pensar. Es mi hermana y, aunque tenemos nuestros más y nuestros menos, nada apuntaba a una vil traición.

Pero en el momento en el que ha tomado ese desvío que no llevaba a ningún restaurante decente, he sabido que me la estaba jugando. Ella no cambia: sigue siendo de las que sonríen mientras te meten en un lío del que luego tienes que salir tú solo. Es de las que piensan que es mejor pedir perdón que permiso, al igual que yo, pero esta vez se ha pasado.

Mira que intentar que me case con Judith con el pretexto de salvar el casino... La habría matado en ese momento, pero ver a Judith tan furiosa me ha sorprendido, algo que me ha hecho entender que ella no ha tenido nada que ver en las locas ideas de mi hermanita del alma.

Nuestra relación, desde hace mucho, es casi inexistente. Solo se limita a algún levantamiento de cabeza para saludarnos y a alguna peineta por su parte cuando quiero acercarme más de lo que debería o cuando me pilla mirándola sin permiso. Aunque nuestra relación no siempre ha sido así. Hace años que me odia y eso duele, porque hemos tenido una infancia llena de amistad y me jode que

sea tan rencorosa. Y todo por un puto beso con el que muchas chicas habrían soñado.

Mi vida es bastante sencilla. Trabajo de instructor de *wakesurf* en un complejo hotelero y también como socorrista, aunque no siempre ha sido así. Hace años vivía en California, donde practicaba surf a diario. Participaba en competiciones, era un surfista importante y conseguí ser campeón estatal, pero tuve un accidente y dejé de competir. Así que volví a Las Vegas, a mi hogar, y desde ese momento me limito a trabajar, salir con mis amigos, liarme con tías a las que nunca vuelvo a llamar y, en ocasiones, cuando el tiempo me lo permite, viajar en mi moto adonde me lleve.

Mi vida es sencilla, sin lujos, y no quiero complicármela por nada ni por nadie. No quiero perder mi libertad, ya me entiendes.

Estoy en la mesa de dados, intentando borrar de mi mente todo lo que ha pasado, pero de repente nada consigue distraerme: ni las chicas que se acercan con esa sonrisa fácil, ni el sonido seco de los dados golpeando la mesa, ni siquiera la sensación de estar siendo observado por cada una de las cámaras del casino. Lo único que vuelve una y otra vez a mi cabeza son sus palabras, la forma en la que me ha mirado, como si de verdad le hubiera hecho algo imperdonable.

Fue solo un beso... o eso pensé yo en aquel momento: lo justo para quitarme de encima a Sandra Logan y seguir con mi vida como si nada, sin darle más vueltas, sin medir consecuencias, sin pararme a pensar que quizá para ella no había sido ningún juego.

Y ahora, dieciocho años después, sigue mirándome como si aquello hubiera sido el principio de algo que yo nunca llegué a entender del todo, como si en ese verano hubiera pasado algo más que se me escapó entre las manos sin darme cuenta. Y lo peor de todo no es no recordarlo... es empezar a sospechar que quizá nunca quise verlo.

Porque ella y yo siempre hemos sido inseparables. Lo hemos hecho todo juntos, y aquel verano hubo risas, miradas, juegos... Pero nunca pensé que aquello desencadenaría un distanciamiento que la llevaría a odiarme.

No te voy a negar que verla hoy, aunque haya sido de esta manera, me ha hecho recordar nuestra infancia y también me ha hecho sentir en casa. Y es que este casino tiene algo que no puedo explicar, pero que me hace sentir seguro.

De pequeños habíamos venido aquí muchas veces a escondernos de mi padre. Él bebía sin medida y, cuando eso ocurría, tenía la mano muy suelta. Demasiado. Sam y yo huíamos de él, y el abuelo de Judith siempre nos escondía aquí, en su casino. Él nos salvó de muchas palizas, la verdad, aunque mi madre no tenía tanta suerte. Pero aquella época pasó; una noche, mientras volvía a casa borracho como una cuba, tuvo un accidente y falleció. No te diré que nos alegrara, pero creo que el destino fue sabio.

Apoyo las manos sobre la mesa y dejo que los dados rueden entre mis dedos un segundo antes de lanzarlos. Lo hago más por inercia que por interés, porque, aunque todo a mi alrededor sigue en marcha —risas, luces, fichas golpeando el tapete y miradas que buscan suerte donde no la hay—, yo tengo la cabeza en otra parte.

No quiero ni pensar en la presión que debe de estar sintiendo Judith ahora mismo. Porque si su única salida pasa por casarse... joder, eso no es una solución, es una condena con fecha límite. Y, aun así, por más que le dé vueltas, sé que yo no puedo ser esa salida, ni aunque me lo pidiera de rodillas.

Recojo las fichas que acabo de ganar sin mirar siquiera cuánto es y las dejo caer con desgana, mientras uno de los jugadores a mi lado celebra algo como si le fuera la vida en ello; y yo solo puedo pensar en lo poco que encajo yo en todo eso que implica compromiso, estabilidad y promesas.

Nunca he sido de quedarme: ni en sitios, ni con personas. La sola idea de pensar en una familia me duele y por ello la repelo. Quizá sea porque tengo algún tipo de trauma infantil o algo de eso, después de vivir un infierno en mi infancia, pero es que no creo en el amor, y pensar en lo que este puede hacer cuando se termina me quita las ganas de experimentarlo.

Estoy muy bien como estoy, picoteando cuando me apetece. Candidatas no me faltan, aunque nunca ninguna ha llamado mi

atención en exceso, así que no es algo que me preocupe ni me quite el sueño.

Paso la mano por mi nuca, notando la tensión acumulada, y dejo escapar una sonrisa irónica al recordar todas las veces que me han soltado eso de «algún día sentarás la cabeza», como si en algún momento me fuera a despertar con ganas de compartir mi vida con alguien para siempre.

Lo siento, no funciona así.

He visto demasiado como para creer en finales perfectos, en promesas eternas o en ese tipo de historias que empiezan muy bien y acaban peor, porque, cuando algo se rompe, no queda nada bonito: solo silencio y cosas que no se dicen.

Lanzo los dados de nuevo, esta vez sin pensarlo, y observo cómo rebotan sobre el tapete antes de detenerse, mientras el crupier canta el resultado y alguien a mi lado suelta una maldición.

Yo apenas reacciono. Sigo dándole vueltas a mi cabeza.

Aprieto ligeramente la mandíbula sin apartar la vista de la mesa. Aun así, hay algo en la forma en la que Judith me ha mirado hoy que no encaja con todo eso.

Como si para ella nunca hubiera sido tan simple.

Lanzo los dados otra vez y observo cómo ruedan, pero, justo antes de que se detengan, noto algo extraño, una sensación incómoda, como un cosquilleo en la nuca que no tiene nada que ver con el ruido ni con la gente que se amontona alrededor de la mesa.

Frunzo el ceño ligeramente y levanto la vista, recorriendo la sala sin saber muy bien qué estoy buscando, como si alguien me hubiera llamado sin hacerlo realmente. Comienzo a pensar que don Álvaro Alister no se ha marchado.

Este casino está lleno de su esencia, de su espíritu, de todo él. Y aunque de verdad me gustaría ser la solución a los problemas de Judith, no puedo hacerle más daño.

Miro de nuevo a mi alrededor, pero no veo nada: solo luces, risas, fichas y desconocidos. Pero la sensación no desaparece; al contrario, se intensifica.

Aprieto la mandíbula y, casi sin darme cuenta, alzo la mirada un poco más, hacia una de las cámaras que cuelgan del techo.

Pequeña, discreta... pero perfectamente colocada.

Y durante un segundo tengo la sensación de que al otro lado hay alguien mirándome.

Sostengo la mirada más de lo normal, como si esperara encontrar algo o a alguien, pero no hay nada, claro. Solo una cámara, un reflejo, una idea estúpida.

Resoplo por lo bajo y niego con la cabeza. No sé por qué, pero lo primero que me viene a la cabeza es mi infancia.

Llegan a mi mente recuerdos de cuando éramos pequeños y correteábamos por estas salas, de adolescentes cuando aprendíamos los entresijos de estos juegos y de cuando el señor Alister me decía que un día todo aquello podría ser nuestro. Creo que él siempre pensó que su nieta y yo estábamos predestinados... Como si el destino existiera, como si hubiera entre nosotros un maldito hilo invisible...

Me vuelvo a centrar en la mesa y observo los dados pasar de mano en mano. Siento cómo algo dentro de mí se alinea con ese movimiento repetido, casi hipnótico, que convierte cada lanzamiento en una promesa breve pero intensa.

A mi alrededor la gente empieza a arremolinarse de nuevo, la partida se anima y el ambiente cambia. Se vuelve más denso, más eléctrico, como si todos estuviéramos esperando algo que ni siquiera sabemos si va a pasar; y es justo en ese momento, cuando estoy a punto de lanzar los dados otra vez, noto una mano sobre mi hombro y un aliento cálido rozándome el oído.

—Vaya, vaya... Mira a quién tenemos por aquí... Si es el surfista más guapo de toda la costa oeste —dice una voz con un tono juguetón que reconozco al instante—. ¿Qué haces por aquí, bombón? Estás algo lejos de casa.

Me giro y ahí está Virginia, impecable como siempre, con esa elegancia natural que no requiere esfuerzo y esa mirada que analiza más de lo que parece.

Era muy amiga de los Alister; bueno, en realidad lo debe de seguir siendo, pero, por desgracia de don Álvaro, ya no. Me conoce desde que era pequeño y ha seguido toda mi trayectoria en California.

—Buenas tardes, Virginia —respondo con media sonrisa—. Pues ya ve... de vuelta a casa. Hace medio año que me mudé con mi hermana de nuevo, tras tener un accidente haciendo surf. Ahora trabajo como instructor de *wakesurf* en el hotel Hilton Lake.

—Vaya, no lo sabía. Pero bueno, así estás más cerca... Y ¿qué te ha traído al casino? ¿Has venido a ver a Judith? —pregunta de forma muy coqueta.

—No... En realidad he venido con mi hermana... Me ha traído engañado.

Ella arquea una ceja, claramente divertida, pero en lugar de responder de inmediato se toma su tiempo para observarme de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo, como si estuviera escaneándome para una prueba médica.

—Pues me ha sorprendido gratamente verte. Lo cierto es que no te imaginaba por aquí, aunque deberías venir más a menudo —murmura.

Da un paso más cerca, demasiado cerca para ser casual, y apoya una mano en mi brazo con total naturalidad.

—Podríamos tomar un café, así me pones al tanto de tu vida.

Suelto una risa por compromiso mientras intento mantener cierta distancia sin que parezca una retirada estratégica. Virginia no facilita mucho las cosas, pero nota mi incomodidad y decide cambiar de tema.

—¿Y Samantha? —pregunta finalmente, echando un vistazo a mi alrededor.

—Está en el despacho con Judith... resolviendo unos problemas.

—Espero que no sea nada grave —responde, aunque su tono deja claro que lo que realmente le interesa no es esa conversación.

Hace una pausa y entonces sonrío de una forma peligrosa.

—Por cierto... te seguí en tu última competición. Fue espléndida. Es una pena que ya no compitas; estabas tan guapo con ese traje de neopreno... —dice con total tranquilidad, y es que, aunque viene aquí a menudo, Virginia tiene también una casita en la playa en California y le encanta hacer surf.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Ya... la lesión del hombro me ha jodido muchas cosas, y tengo que cuidarme. Por eso tomé la decisión de dejar el surf de competición.

—Claro... —asiente, divertida—, aunque, si en algún momento quieres volver, avísame. Soy tu fan número uno. —Mira a nuestro alrededor y sonríe—. Voy a ver si gano alguna partida al póquer, aunque no es fácil concentrarse teniéndote enfrente.

Se inclina un poco más, bajando la voz como si fuera a contarme un secreto.

—Ten cuidado, cariño... que aquí hay mucha lagarta suelta. —En ese momento ve a varias chicas mirándonos.

Y, antes de que pueda responder, se aparta con esa elegancia suya, dejándome con la sensación de haberme perdido algo importante.

—Definitivamente, necesito una copa —murmuro para mí mismo mientras recojo las fichas.

Miro el reloj y es tardísimo. Tengo que ir a trabajar cagando leches, porque si llego tarde mi jefe me despide. Busco de nuevo a Virginia y le doy mis fichas.

—Tengo que irme a trabajar y no puedo perder más tiempo, aprovéchalas bien.

Ella asiente con una sonrisa en los labios.

—Siempre es un placer verte, Graham —responde.

—Lo mismo digo, Virginia, y ya sabes... la playa sigue en el mismo sitio —contesto, guiñándole un ojo.

Me levanto, echando un último vistazo a la sala mientras busco a Samantha entre la gente, y es entonces cuando la veo acercarse, caminando hacia mí con el móvil en la mano y una sonrisa que no me gusta absolutamente nada.

No sé qué ha hecho, pero, conociéndola, puede ser algo muy malo.

—¿Ya la estás liando? —le pregunto en cuanto está a mi altura.

Ella alza la vista, sonríe aún más y guarda el móvil como si nada.

—Qué va... De momento.

La miro unos segundos, en silencio.

Y no sé por qué... pero tengo la sensación de que, sea lo que sea lo que está tramando, no me va a gustar y, por alguna razón que no pienso analizar, tengo el presentimiento de que Judith tampoco va a salir indemne de esto.

7. CONFIDENCIAS



Miro de nuevo las cámaras en cuanto Samantha se ha ido de mi despacho y la rabia me consume por dentro.

«Genial. Además de un surfista inútil, ahora resulta que también es un imán para clientas con dinero».

Mi mente habla por sí sola. No necesita mi permiso para criticar a Graham; ella misma decide qué decir y qué no, del mismo modo que, en ocasiones, me martiriza sin cesar.

Decido bajar a la sala a saludar a Virginia. Era muy buena amiga de mi abuelo y sé que su pérdida le ha dolido mucho.

Mientras voy por los pasillos me encuentro con María, la prima de Jason. Aunque podría ser adoptada porque no tiene nada que ver con él; es una chica maja, sincera y cariñosa, no como él, que roza lo acosador.

—Judith, qué alegría encontrarte. Quería hablar contigo... en privado.

La miro un segundo más de lo necesario porque, claro, por muy maja que sea, es familia de mi mayor enemigo.

—¿En privado? —repito, arqueando una ceja—. Suena intrigante y ligeramente peligroso viniendo de ti.

María traga saliva, incómoda.

—Entiendo que desconfíes, yo también lo haría, pero te aseguro que lo que te tengo que contar te interesa.

Eso me pone en estado de alerta rápidamente. Sé que tiene que ver con Jason y sus artimañas para quedarse con este lugar.

—Vale —suspiro finalmente—, vamos.

Así que, sin hablar mucho más, ponemos rumbo de nuevo a mi despacho.

Entro nerviosa y ella detrás de mí. No sé quién de las dos lo está más, pero se la ve apurada a la pobre.

—Mi primo cree que lo tiene todo ganado —dice, bajando la voz—. Lleva días reuniéndose con gente fuera del casino. Creo que son inversores.

Frunzo el ceño.

—¿Inversores para qué?

María duda un segundo.

—No lo sé... pero no suena a alguien que esté pensando en mantener esto como está. —Se toca las manos de manera nerviosa, como si le doliera traicionarlo, pero, por otra parte, tampoco tendría que hacerlo si entre ellos fuera todo bien, lo que me da a entender que no es así—. No debería estar haciendo esto... —murmura, mirando hacia la puerta como si temiera que alguien nos escuchara—. Es mi familia, Judith, pero es que... —niega con la cabeza—. Es que no es justo. Tú y tu abuelo habéis luchado mucho para que el casino sea un hogar para nosotros. No quiero que eso acabe. No puedes dejarlo ganar.

La observo en silencio, tan sorprendida que no sé ni qué decirle, porque en cierto modo esta información puede ser muy buena y me hará vigilarlo más de cerca todavía.

No esperaba tener a María de mi lado, pero creo que tengo una nueva aliada en esta guerra y pienso aprovecharla.

—No quiero verlo destruir esto —añade, más bajo—. Porque lo hará. Si averiguo algo más... te lo diré —susurra.

—Hazlo —respondo sin dudar—. Y, María...

Ella levanta la vista.

—Si por algún motivo se entera de que hemos hablado...

Ella entiende perfectamente lo que quiero decir.

Sonríe, pero no del todo.

—Lo sé. Pero si te cuento esto es porque quiero que tú te quedes con el casino; no quiero que lo que forjó tu abuelo se destruya. Trabajar aquí es genial y no quiero que nada cambie. Tú eres humana, te preocupas por las personas; para él solo somos números.

Tras la conversación secreta que hemos mantenido nos dirigimos a la sala, y yo voy directa a la ruleta, que es donde se encuentra Virginia en este mismo momento.

—Hola, Virginia, ¿qué tal estás? —Me siento a su lado y ambas nos abrazamos de forma cariñosa.

—Judith, estás guapísima. Aunque no tanto como Graham, claro. ¿No lo has visto? Estaba aquí hace un momento. —Y se echa a reír.

—Sí, lo he visto. Ha venido con Sam. Y lo de que él es más guapo... es discutible.

Pone una mueca que no tiene desperdicio.

—Mira, cariño, si no ves lo guapo que es ese chico, es que necesitas gafas, y de alta graduación, porque es increíble: con esos pectorales, esos brazos musculosos, esos tatuajes que gritan «pecado»... Y sí, ya sé que no lo tragas, pero, chica, una cosa no quita la otra. Puede caerte fatal y aun así ser un Adonis en toda regla, con esos ojazos que tiene. Seguro que en la cama tampoco tiene desperdicio, pero se me resiste... Tendré que ponerle más empeño a mi conquista.

No sé si me ofende o me sorprende su comentario.

—Vale, Virginia, ya me ha quedado claro... Por cierto, recibí las flores que mandaste para mi abuelo. Fueron un gran detalle.

—Qué menos, por la persona que siempre estuvo ahí para mí secando mis lágrimas.

El brillo de su mirada se apaga de repente por el pesar que siente por mi abuelo.

Virginia es una mujer de armas tomar; puede aparentar que lo tiene todo, porque desprende seguridad en sí misma e irradia riqueza, pero su vida ha estado marcada por un hombre que la engañó y le hizo tanto daño que acabó desconfiando de cualquiera.

Y a mí me marcó mucho; creo que por eso soy algo reticente en el amor.

Siempre dice que no existe el hombre perfecto, que todos lo aparentan al principio, pero que a los cinco años la magia desaparece, junto a los detalles y la pasión, y que el amor tiene fecha de caducidad.

Su marido estuvo con ella media vida. Nunca pudieron tener hijos y, aunque parecía que eso no era un problema entre ellos, llegó un momento en el que su relación se fue apagando, y fue cuando ella descubrió que él tenía una vida paralela con otra familia, donde sí tenía hijos. Eso la rompió de tal manera que, a mí personalmente, me ha hecho desconfiar de todo hombre.

Podemos decir que Virginia es, en parte, la culpable de que yo no crea en ese sentimiento tan poderoso para algunos. Ella y, por supuesto, Graham.

Tras charlar un poco más con ella sobre su casa de California y su caballo Roy, me marchó a ver cómo va todo.

Encuentro a Jason por el pasillo muy acaramelado con Minerva, una de nuestras crupieres... Bueno, más, porque mi abuelo ya no está; es que no me adapto a esta situación todavía. Ellos no me han visto, pero yo a ellos sí, y esto se acaba hoy, porque no pienso tolerar comportamientos tan poco profesionales en mi casino. Pero eso lo resolveré después.

El móvil empieza a sonar antes de que pueda siquiera respirar tranquila. Ya sé que es Sam, porque tiene la mala costumbre de invadir cualquier espacio de mi vida como si fuera de su propiedad; eso, y que la melodía personalizada de *Poker Face* de Lady Gaga me saca de mis pensamientos. Atiendo su llamada con ese tono resignado que reservo para ella, preparada para cualquier desastre nuevo que haya decidido organizar en mi nombre.

—Tía, esto es una locura, pero de las buenas —empieza sin preámbulos—. Ya tienes una lista de tíos tan grande que creo que nunca terminarás de conocerlos. Esto ha explotado; te juro que mi teléfono echa fuego. Voy a mirar a los más interesantes y te organizo alguna cita.

Me paso la mano por la frente y cierro los ojos un segundo.

Sé que he accedido a su loca idea de la app de citas, pero es que me siento incómoda ante esa situación y, es más, creo que es una maldita locura.

—Sam... no.

—Sí —me corta, rápida—. Y escucha, porque esto es importante: yo me encargo de todo, absolutamente de todo. Yo elijo, yo filtro, yo hablo con ellos, yo descarto a los raros —que hay muchos—, y tú solo tienes que hacer una cosa, Judith.

Lo dice tan rápido que no me deja reaccionar. Solo le falta venir a vestirme como si fuera un puto bebé.

—Ir a las citas.

Abro los ojos de golpe.

—¿Perdona?

—Que tú no decides nada más —continúa como si fuera lo más normal del mundo—. Nada de mirar perfiles, ni de obsesionarte, ni de sabotearlo antes de empezar. Tú te pones guapa, te sientas, cenas y ves qué pasa. Punto.

Me quedo en silencio unos segundos, procesando si esto es una broma o una intervención encubierta.

—Estás literalmente gestionando mi vida amorosa como si fuera una empresa en crisis.

—Y lo es —responde sin dudar—. Solo que la CEO eres tú y eres un desastre organizativo.

Suelto una risa incrédula, porque no sé si matarla o admitir que, por desgracia, tiene una lógica retorcida.

—Sam, esto no es una solución, es un experimento social peligroso.

—Es supervivencia, Jud —insiste—. Y te recuerdo que el reloj sigue corriendo.

Ahí me callo, porque eso lo sé perfectamente. Odio que siempre tenga razón y que me lo esté recordando todo el tiempo.

—Vale —respondo al fin, indignada—. Pero solo citas. Nada de decisiones por mí.

—Trato hecho —dice, demasiado rápido como para confiarme—. Aunque yo seguiré filtrando.

—Pues, como parece que lo tienes todo organizado, te vienes conmigo.

No le doy opción: se viene y punto.

—A ver, Judith, ¿cómo voy a ir contigo? Que es una cita... ¿Nos sentamos los tres en la mesa y le digo al muchacho: «No, tranquilo... Yo soy un fantasma, en realidad no estoy aquí»? O mejor aún, le digo: «No, es que mi amiga es tonta del culo y no sabe ir a una cita sola»...

La corto porque sus tonterías me cansan.

—Déjalo ya, Sam. Tú me has metido en este lío y asumirás las consecuencias. Me acompañas, cenas en otra mesa y listo. Si la cosa sale mal, nos piramos, y si resulta que el chico es majo... haces lo que quieras.

—Vale, como veo que, si no es así, no irás, acepto. Pero, escucha: en la primera cita no le hables de ningún acuerdo, sal, diviértete y, si alguno te encaja, le cuentas tus planes. Y si no, quítate las telarañas, porque ya que no te encierras en el despacho con mi hermano, al menos disfruta con otro.

Y dale con Graham...

—No voy a contestar a ese comentario.

—Jud, es que tienen telarañas hasta tus consoladores... y eso ya sí que es un problema.

Será...

—Sam, hay personas que pueden vivir sin sexo perfectamente —digo, convencida.

—Eso no te lo crees ni tú. Y si existen, serán algunas que tengan una religión extraña que les impida tener relaciones o algo así. ¿Cuánto hace que no te das un buen revolcón?

¿De verdad tengo que contestar a eso?

—No hace tanto —intento desviar su atención.

—Mentirosa. Por lo menos hace cuatro meses. Bueno, da igual, te recojo en tu casa a las ocho. Porque esto comienza hoy.

Y la llamada se corta sin que yo pueda rebatir nada. Tendré que irme a casa a arreglarme porque es tarde, pero primero, mi conversación con Jason.

Lo hago llamar a mi despacho y, cuando llega, abre de nuevo sin llamar, algo que ya me molesta por sí solo.

—¿Otra vez? ¿Cuántas veces tengo que decirte que llames antes de entrar en mi despacho?

Me mira con aire de suficiencia.

—Me has llamado y he venido. No he creído conveniente llamar, simplemente.

—Pues, si vuelves a hacerlo, estarás una semana trabajando de recepcionista en el hotel. A ver si así aprendes, porque veo que en la universidad donde estudiaras no te enseñaron que, cuando vas al despacho de tu jefe, se llama antes de entrar.

—Tú lo has dicho: el despacho de mi jefe... Pero, aunque hayas tomado el cargo, tú y yo sabemos que hasta dentro de un año no serás mi jefa. Y si lo llegas a ser, que todavía está por ver.

La rabia se apodera de mi cuerpo y exploto.

—Ya soy tu jefa. ¿O es que no te lavaste los oídos en la lectura del testamento? Pues, por si los llevabas sucios, te voy a recordar lo que dijo Dennis: los activos del casino y su propiedad pasan a ser de Judith Alister. Sí, es cierto que hay una cláusula que se cumplirá en un año, pero hasta el momento, como bien has escuchado, todo me ha sido transferido. Y, querido —escupo la palabra como si me ardieran los labios—, en un año pueden pasar muchas cosas. La primera y mejor opción para todos es que me case como quería mi abuelo, pero también podría quebrar el casino, ¿quién sabe? Y entonces ni tú ni yo tendremos nada.

¡Dios! Qué cara ha puesto. Se ha quedado blanco como el papel. Eso no se lo esperaba, ¿eh? Chúpate esa, Jason Queen.

Por un segundo deja de sonreír. Apenas un segundo, pero lo suficiente para que vea que le he tocado donde duele... Y eso me confirma que, por mucho que juegue a tenerlo todo bajo control, no es tan intocable como le gusta aparentar.

—Ah, y sí, te he hecho llamar porque te he pillado por los pasillos como un quinceañero con Minerva, y solo te diré una cosa: las relaciones entre empleados están prohibidas, así que, si os vuelvo a ver en alguna actitud comprometida, ambos estaréis suspendidos de empleo y sueldo.

Ahora su cara ha cambiado a roja.

—Venga ya, Judith, ¿me vas a putear así? Ni que tú nunca te hubieras liado con nadie de aquí...

No, lo cierto es que no... Pero eso no viene al caso.

—Además, no tenemos una relación, es solo sexo ocasional.

—No me importa lo que tengáis, solo te digo que en mi casino no, ¿me has entendido? —le digo apoyando mis manos sobre la mesa, algo molesta, y levantando mi cuerpo.

—Entendido. ¿Algo más?

—No, puedes retirarte.

Lo veo salir contrariado. Creo que no entraba en sus planes que le cortara el rollo tan rápido respecto a todo lo que hace en el casino y no debería hacer. Puede que mi abuelo fuera más permisivo, pero yo no lo soy.

Antes de que cruce la puerta, recuerdo que tengo una cita, por lo que lo pongo al tanto de mi ausencia.

—Jason, otra cosa. Yo me marchó ya y lo dejo todo bajo tu mando, pero no la lées ni me la juegues, porque, si no, ya sabes dónde te tocará estar la siguiente semana.

Acepta con la cabeza, todavía pensando en lo que le he dicho, aunque no añade nada. Creo que le he dado mucho en lo que pensar. Que se joda, que siempre va de listo.

Cojo el coche con la sensación de que todo esto es una idea pésima disfrazada de solución desesperada, pero aun así me dejo llevar, porque hoy ya he discutido demasiado, he perdido demasiado la paciencia y, si soy sincera conmigo misma, también he perdido un poco el control de todo lo que juré tener bajo dominio. Así que, mientras conduzco hacia casa, intento convencerme de que esto no es más que una noche absurda con una cita que seguramente será un desastre. Me repito que no espero nada, que no busco nada, que simplemente voy a cumplir con el ridículo plan de Sam y ya está... Hasta que el móvil vibra en el asiento del copiloto.

Un mensaje.

Desconocido.

Solo dos palabras:

«Estás loca».

Probablemente tenga razón: loca y desesperada. Ignoro el mensaje y subo el volumen de la radio, buscando una canción que me anime. Y no es otra que *Soltera* de Shakira.

8. UNA SERIE DE CATASTRÓFICAS CITAS



De camino a casa, Sam me ha escrito para decirme que ya me ha planeado unas cuantas citas. Si es que de verdad... no se le puede pedir nada. Parece que le he encomendado la mejor tarea del mundo, porque está muy concentrada buscándome candidatos que seguro que no van a encajar.

Me conozco muy bien y agradarme va a ser muy difícil. No porque no haya chicos en el mundo con los que pueda congeniar, sino porque, al no estar haciendo esto por mi propio placer, es complicado.

Lo suyo sería tener tiempo para conocer a una persona libremente, enamorarme como es debido y casarme por amor. Eso estaría bien si creyera en los cuentos de hadas; pero es que el amor no se hizo para mí. Soy de las que piensan que mejor estar sola que mal acompañada, que un vibrador da el mismo placer o más que un hombre y que eso de «fueron felices y comieron perdices» es una patraña que alguien inventó para que la gente creyera ciegamente en el amor. Por todo eso, mi lista de exigencias es difícil de cumplir.

Aun así, estoy dispuesta a aceptar estas citas porque no tengo más opciones. Así que allá voy.

CITA 1

Sam llega a casa y lo primero que hace es valorar mi vestimenta, como si fuera diseñadora de moda y tuviera derechos sobre lo que me pongo y lo que no. Ya la veo de morros.

—¿En serio vas a ir así? —dice, mirándome de arriba abajo como si acabara de salir a la calle envuelta en una bolsa de basura.

En mi defensa diré que llevo unos vaqueros y una camiseta de tirantes. Nada del otro mundo, pero me estiliza mucho. No me voy a poner un traje de chaqueta porque no es una reunión de trabajo, y tampoco un vestido sexy porque esta cita no es para acabar en la cama; así que, simplemente, me he arreglado un poco, pero de forma informal.

—A ver, que no vamos a la gala del Met. Sabes que hago esto por obligación, así que déjame ir como me dé la gana.

—Vale, vale... ya no digo nada más. Te hablo de tu cita de hoy: se llama Mateo, tiene treinta y ocho años y el chico está de muy buen ver; así que espero que te portes bien y, simplemente, os conozcáis un poco a ver qué tal.

Camino hacia la puerta de casa, resignada. Subo al coche, pongo música y todo el camino voy callada. Sigo algo mosqueada con Sam, y ella ha decidido ser cauta y seguirme la corriente, aunque de vez en cuando noto cómo me mira de reojo, intentando no reírse, como si supiera algo que yo todavía ignoro.

Al llegar al restaurante donde hemos quedado, ya veo al chico. Ella le ha pedido que lleve una margarita amarilla, así que, cuando lo veo, me acerco a él.

—Hola, imagino que eres Mateo, ¿verdad? Soy Judith.

Me da un repaso de esos que te dejan muda, más por vergüenza ajena que por otra cosa; porque el tío me mira como si estuviera calculando cuánto tardaría en quitarme la ropa, y, sinceramente, ya empezamos mal. Me da dos besos y nos dirigimos a nuestra mesa.

Cuando nos sentamos, pedimos unas copas y entablamos conversación. Lo típico: trabajo, gustos, *hobbies*... Y ahí es donde se tuerce la cosa.

—La verdad es que tengo que confesarte una cosa... —dice, inclinándose hacia delante mientras no deja de mirarme el escote—. En la cama soy muy activo.

Casi me atraganto con el vino.

¿Perdón?

Chaval, que llevamos literalmente siete minutos sentados.

Me quedo mirándolo, completamente muda.

—Prefiero decírtelo porque lo que busco en la aplicación es una pareja que me siga el ritmo. He tenido relaciones que no han funcionado por eso.

Sigue mirándome el pecho y ya empiezo a entender por qué sus relaciones no funcionan.

—Pues no sé si soy la candidata adecuada, la verdad...

—¿No te gusta el sexo? —pregunta sorprendido, como si acabara de decirle que odio respirar.

—No lo veo como algo esencial. Creo que en una pareja tienen que existir muchas más cosas y, después de todas esas cosas, llega el sexo —comento algo incómoda, mientras aparto ligeramente la silla porque el tipo no deja de invadir mi espacio personal.

—Pues yo creo que sin sexo nada funciona; además, no puedes conocer a una persona sin saber qué tal conectáis en la cama.

Lo que me faltaba por oír.

Cinco minutos de cita y ya parece que estamos haciendo una entrevista para las olimpiadas sexuales.

Y en ese instante, no sé por qué, pienso en Graham. En lo muchísimo que le habría divertido esta situación y en la cara de asco que pondría escuchando a este idiota hablar de rendimiento físico como si fuera el entrenador personal del orgasmo.

—Mira, no quiero faltarte al respeto, pero la cita ha terminado. No soy lo que buscas.

Ni corta ni perezosa, me levanto de la mesa y me voy, dejando a Mateo más planchado que mis camisas; pero es que un chico que, sin conocerte de nada, te suelta eso... malo.

Sam sale tras de mí, riéndose, la muy bruja, mientras yo camino hacia el coche, indignada.

—¡No te rías!

—¡Perdona, pero es que parecía un anuncio de proteína sexual!
—dice, doblándose de la risa.

—Te juro que, como el siguiente me hable de posturas antes del postre, me tiro por un puente.

Ahora tengo clara una cosa: esto va a convertirse en el mejor pasatiempo de Sam.

CITA 2

La cita de hoy es con Morgan, un chico moreno y guapo, pero que nada más verlo no me causa muy buena impresión. No es porque tenga pinta de criminal ni nada de eso; es que va vestido como si fuera a una entrevista de trabajo, pero con toda la ropa por fuera, como si lo hubiera hecho con prisas y sin mirar el resultado final en el espejo.

Con él nos limitamos a hablar de animales, y el tío me suelta un monólogo intenso que no tiene desperdicio.

—A mí los animales siempre me han gustado, he tenido de todo. Cuando tenía cinco años mi madre me compró un pato en una feria y le puse de nombre Lucas, por los Looney Tunes. Era un guasón, me seguía a todos lados, pero cuando creció un poco mi madre se lo dio a una vecina que tenía una granja.

Yo asiento mientras bebo vino, como si eso pudiera anestesiarme.

—Luego me regaló una tortuga, y no veas aquello cómo olía; cuando ella se cansó, me hizo soltarla en un lago. Después tuve un conejo, que por supuesto se llamaba Bugs, pero el cabrón se volvió agresivo y no tuvo buen final.

Parpadeo lentamente sin dar crédito a lo que escucho, sintiendo mucha pena tanto por esa tortuga como por el conejo. Tengo algo de curiosidad por lo que le pasó, pero me da miedo preguntar; no por la respuesta, sino por el monólogo que seguramente la acompañaría.

—Luego tuve un caimán llamado Lilo.
Perdón, ¿un qué?

—Mordió a mi padrastro una vez, pero porque olía a jamón de York, no porque fuera agresivo.

Ahí ya me pierdo completamente. Estoy flipando con sus historias, y no para bien... Solo puedo pensar en que la tierra me trague y me escupa en cualquier otro lugar, pero lejos de este tío.

El resto de la cita me habla de su perro Rocky, de su gato Simba, de un hurón depresivo, de una serpiente albina que detectaba malas energías y de no sé cuántos animales más, mientras yo me planteo si fingir una llamada urgente o, directamente, incendiar el restaurante para escapar.

Y otra vez, sin querer, pienso en Graham.

Porque, por insoportable que sea, al menos nunca me ha hablado durante cuarenta minutos seguidos sobre animales.

Total, que este también queda descartado.

Cuando salgo, Sam está esperándome en la barra, mordién dose el labio para no reírse.

—No quiero ni preguntar.

—Tenía un caimán, Samantha.

Y entonces ya pierde completamente la compostura.

CITA 3

Axel es todo lo que te puedas imaginar en un hombre de éxito, pero al revés.

Ha venido directo del gimnasio, pero por lo visto tenía tanta prisa que no ha pasado ni por la ducha. Imagínate mi cara cuando veo a un tío de cuatro por cuatro, tipo culturista, todo sudado, que de lo único que sabe hablar es de deporte, de musculatura, y que, además, habla con la boca llena.

No se calla ni debajo del agua y su tono de voz está dos decibelios por encima de la media...

—¿Tú entrenas? —pregunta mientras devora un plato de pasta como si estuviera compitiendo.

—No especialmente.

Su cara cambia, como si acabara de confesarle que atropello cachorros por diversión.

—Uf... eso hay que cambiarlo. El cuerpo es un templo.

—El mío ahora mismo entrena solo subiendo y bajando escaleras en el trabajo.

No capta la ironía.

Por supuesto.

—Yo hago doble sesión diaria: cardio en ayunas y después musculación. Hay que mantenerse en el *prime* físico.

Dios mío.

—¿Y tienes *hobbies*?

—Sí, entrenar otros grupos musculares.

Perfecto.

Maravilloso.

Encima el tío pide pollo hervido de segundo plato en un restaurante italiano y le pregunta al camarero cuántas calorías tiene la salsa.

Definitivamente, cada día me cago más en Sam y en su mala gestión, así que, cuando salgo de la cita, lo tengo claro.

Esta hoy no se escapa de que le diga cuatro cosas.

—¿Lo haces adrede, o es que has pensado que tu vida es demasiado aburrida y que vas a divertirte a mi costa? Porque, chica, te juro que estoy al borde del suicidio. De verdad, esto no está funcionando; en esa aplicación solo hay frikis, desesperados, guarros y gente rara de verdad.

Ahora, por si fuera poco, le ha dado un ataque de risa a la muy zorra.

—Perdona, Jud. De verdad que en los perfiles parecen personas normales —dice, y sigue riéndose.

—A ver... te lo digo en serio: no estoy para tonterías. Accedí porque no tengo muchas alternativas, pero, sinceramente, esta loca idea tuya no funciona nada.

—Déjame concertar una cita con alguien más, juro que haré un filtro que ni en *First Dates*, pero no tires la toalla todavía; alguien decente tiene que haber.

—Una sola más. Y como sea un puto friki, te juro que me voy y os dejo ahí plantados a los dos, por si te apetece a ti conocerlo.

Pocos días después llega la cita número cuatro y, al llegar al restaurante y ver a ese chico, no me lo puedo creer.

Te lo digo en serio.

Las estrellas se han alineado para que todo me salga fatal.

9. MALDITA HEREDERA

JASON



Cuando salgo del despacho de Judith me siento furioso. Quiere joderme y seguro que me está vigilando todo el rato. Deberé tener cuidado para que no se entere de mis planes, porque si se entera, todo se puede ir al garete.

El día que se leyó el testamento del viejo Alister tenía toda la esperanza de que me hubiera dejado el casino a mí. Trabajé muy duro para desacreditar a su nieta, para hacerle creer que ella no podría llevarlo sola, pero aun así ese viejo se resistía a echarla. Siempre ha depositado en ella demasiada confianza y no es que no la merezca, es solo que simplemente sobra en mis planes.

Todo habría sido muy distinto si ella no hubiera pasado de mí. Porque, aunque soy un hombre con bastante éxito entre las mujeres y siempre consigo lo que quiero, con ella todo me sale siempre del revés. Nunca ha mostrado el menor interés en mí; es más, me odia profundamente, y yo solo quiero que sea mía.

Soy todo un artista en el mundo de los negocios, y cuando conocí al viejo lo vi claro: este era el mejor lugar para conseguir mis objetivos. Él estaba enfermo y necesitaba a una persona que lo ayudara, y yo sabía que, ganándomelo, podría conseguir el casino. No es que me importe el negocio del juego; me importa su

ubicación, porque es de las más cotizadas de Las Vegas y vale miles de millones, algo que queda entre tú y yo.

Ahora me veo batallando como un crío por este lugar, porque el viejo me la jugó. Me dijo que me lo legaría y yo ya tenía mis planes, pero, claro... quería darle a su nieta la oportunidad de ganárselo y de jugar la última partida de su vida.

A ese viejo siempre le han gustado los juegos y no podía dejar este mundo sin fastidiarnos a los demás.

Si te soy sincero, no me importó demasiado, porque Judith no se casaría por nada en el mundo. Es alérgica al amor, pero ahora no lo tengo tan claro.

Lleva varias semanas saliendo pronto, y eso no lo suele hacer, lo que apunta a que tiene que estar conociendo a alguien; y encima me ha amenazado con ponerme de recepcionista...

Intento centrarme, porque ahora mismo estoy que me subo por las paredes. Así que bajo al bar del casino y me siento en la barra a ver el espectáculo de las bailarinas mientras me pido un combinado; necesito dejar de pensar en ella o voy a volverme loco.

—Lo siento, Jason, no puedo servirte alcohol en horario laboral.

Miro a George sorprendido, ya que hasta ayer lo hacía.

—¿Cómo? —pregunto, algo anonadado.

—Nuevas normas. La jefa lo ha dejado muy claro: el jefe de sala no puede beber alcohol en horario laboral. Algo le habrás hecho; eso o ha visto todo lo que bebes.

Será hija de perra.

Lo que me faltaba ya. No puedo follar, no puedo beber... ¿Y fumar? Eso sí podré, ¿no? Si es que su odio hacia mí no tiene límites.

Me voy hacia la entrada porque necesito respirar un poco y me enciendo un cigarro mientras ando de un lado a otro como un lobo enjaulado.

Observo todo lo que me rodea: las luces de neón, gente que lleva horas de fiesta, otros que se han embarcado en la locura de casarse —algo muy normal en esta zona—, turistas descontrolados, mujeres que desprenden seducción y peligro a partes iguales, casinos rivales llenos de gente, restaurantes de lujo... y es en ese

instante en el que la veo. Veo a Judith en el restaurante que tenemos enfrente. Lo cierto es que es una mujer exuberante. Lleva un vestido color arena que le queda genial y le hace una figura perfecta. Sería un error mezclar negocios con placer... aunque reconozco que con Judith cada vez me cuesta más mantener esa línea.

Y entonces lo veo a él. Un chico algo más mayor, con buen porte, cazadora de cuero, tatuado... por un momento me parece que es Graham, pero no es él, aunque se parecen.

La curiosidad me mata. ¿Quién es ese tío? ¿Desde cuándo sale con nadie Judith? No son celos, porque a mí ella solo me interesa para un polvo y poco más, pero que esté con alguien significa que se toma muy en serio lo de casarse, y eso no me gusta nada.

Quiero quedarme, pero, cuando la cosa parece que promete, aparece Minerva y me susurra al oído que quiere subir a una habitación. Y aunque mi jefa me haya prohibido estar con ella... ahora no está aquí para vigilarme. Además, por si no te has dado cuenta, las normas no van conmigo.

La miro de arriba abajo. Lleva un vestido tan corto que bien se podría confundir con un cinturón ancho. Está muy sexy con él y eso me pone muchísimo. La encuentro irresistible esta noche. Y no sé si ha sido la prohibición de Judith, el vestido de Minerva, sus tacones afilados o su lengua viperina, pero lo que sé es que, tras darle la llave de una de las *suites* del hotel y pedirle que se lleve una botella de cava, le pido a Roger que me avise por el *walkie-talkie* si pasa cualquier cosa que requiera mi presencia, y me voy a descargar toda mi rabia contenida de una forma muy placentera.

—Vas a hacer que me degraden, estás loca —digo, poco antes de comerme su boca sin pedir permiso.

Ella se ríe, provocándome cada vez más y dejando marcas de su carmín por mi cuerpo. No puedo contenerme, y menos cuando se tumba en la cama con esa pose de sirena y choca la copa con la botella.

—No sabía que ahora fueras el perrito de Judith. Te he visto vigilarla... ¿Tengo que ponerme celosa? —pregunta, con un tono de sarcasmo y celos que me pone todavía más cachondo.

—No soy el perro de nadie, solo me ha sorprendido verla cenar con alguien. Y no me mires así, porque estoy a un paso de arrancarte ese vestido y follarte sin piedad.

—Mmm, qué bien suena eso... Me gusta esa idea. Llevo todo el día pensando en darte placer.

La veo pasear la mano suavemente por sus pechos y deslizarla hacia su sexo. Me encanta que haga eso y ya no puedo resistirme más.

Voy hacia ella y dejo que me vaya quitando la ropa mientras yo hago lo mismo de forma acelerada, porque quiero tenerla entre mis piernas ya. No voy a aguantar demasiado porque lleva todo el día susurrándome cochinas al oído, y mis expectativas en este momento están por las nubes, al igual que mis ganas de fundirme en ella.

Toco sus pechos de forma algo agresiva, pero es como le gusta a Minerva. Nada de florituras: le gusta que la empotre sin piedad. Ella coge mi polla y la menea como si estuviera dando un masaje cruel pero muy placentero; ambos gemimos y ella desciende con la lengua por mi torso hasta llegar a mi miembro y lo chupa: primero la punta, dando pequeños mordisquitos que me excitan tanto que veo las estrellas; luego la introduce en la boca y succiona. ¡Dios! Qué gusto. Como siga así, me corro ahí mismo. La agarro del pelo, obligándola a tragar más profundo, y ella lo hace; se la mete entera hasta la garganta y yo estoy al borde de la eyaculación. Me concentro en sus movimientos: dentro, fuera, arriba, abajo... ¡Dios! Pero qué bien la sabe chupar... La aparto porque quiero que ella disfrute, así que la giro hacia la cama, le hago subir una pierna, la inclino hacia delante un poco y la penetro con todas mis ganas, mientras con la mano acaricio su centro de placer, ese circulito mágico que en nada hará que explote.

Bombeo todo lo que puedo hasta que la escucho chillar.

—Más fuerte, me voy a correr.

Eso es lo que quiero, que se corra y yo con ella.

Acelero mis movimientos hasta que no puedo más. Empiezo a apretar los dedos y noto cómo ella comienza a convulsionar, casi sin poder respirar del placer que siente. En ese momento, mi estocada

es tan profunda que noto cómo me ha mojado con su dulce elixir mientras yo me dejo ir en su interior.

Tras esa sesión de sexo que nos ha hecho evadirnos de nuestros problemas por un momento, lo dejamos todo ordenado y vuelvo a mi puesto de trabajo. Si Judith nos hubiera pillado, nos habría puesto de patitas en la calle. Bueno, rectifico, a ella; porque a mí, por ahora, no me puede despedir.

Decido que, si ella quiere llevar la batuta e intentar ganar la batalla, yo tengo que jugar sucio. Así que voy a su despacho para ver qué puedo encontrar que me ayude a sacarla del partido, pero, cuando voy a entrar, me encuentro con la puerta cerrada con llave, algo que jamás había pasado con el viejo Alister. Lo que me hace pensar que en el despacho guarda algo que no quiere que vea.

Y eso... eso me interesa más de lo que debería.

Me quedo unos segundos frente a la puerta, en silencio, observándola como si fuera a hablarme en cualquier momento, como si pudiera decirme qué demonios está ocultando ahí dentro. Y sonrío de lado, porque Judith nunca ha sido especialmente discreta... Así que, si ahora empieza a cerrar con llave, es porque tiene algo importante que proteger o porque tiene algo que perder. Y ahí es donde entro yo.

Me aparto con calma, como si no pasara nada, pero, en realidad, mi cabeza ya está funcionando a toda velocidad, repasando opciones, nombres, accesos... porque, si hay algo que he aprendido en este negocio, es que no hace falta entrar por la puerta principal cuando todo el mundo confía en quien ya está dentro.

Byron controla parte del acceso a cámaras y registros.

María... bueno, María parece más leal a Judith de lo que me gustaría admitir, pero todo el mundo tiene un precio o un punto débil.

Y luego están los empleados de mantenimiento, los que entran y salen sin que nadie los mire dos veces, los que tienen llaves, códigos, horarios... Invisibles para la mayoría, pero imprescindibles cuando quieres saber qué se esconde detrás de una puerta cerrada.

Apoyo la mano un segundo en el pomo, solo para comprobarlo, como si esperara que por arte de magia se abriera, pero no lo hace,

claro que no.

Judith está empezando a jugar en serio y eso cambia las cosas.

Me separo finalmente, metiéndome las manos en los bolsillos mientras camino por el pasillo con una tranquilidad que no siento del todo. Porque, si ella tiene un plan... yo voy a necesitar uno mejor. Es entonces cuando me encuentro con Eddie, uno de los empleados de la limpieza, y ahí me viene una idea.

—Eddie, ¿qué tal estás? ¿Todavía estás ahorrando para aquella moto que querías comprarte?

Él me observa como si le pareciera raro que recuerde eso de él, ya que solo hemos hablado un par de veces desde que trabaja en el casino, y de eso hace bastante.

—Buenas noches, señor Queen. No, ya la pude comprar; trabajar aquí me ha ayudado mucho.

Ahí está: esa pequeña toma de contacto que necesitaba para ganármelo y conseguir lo que quiero.

—Me alegro muchísimo. Y ha sido una suerte encontrarte, porque necesitaría que me hicieras un favor.

Ahora he captado todo su interés.

—¿Qué puedo hacer por usted? —pregunta, rascándose la cabeza.

—Solo abrirme el despacho de Judith. He olvidado unos documentos antes, cuando nos hemos reunido, y los necesito, pero ha cerrado con llave y no tengo copia. Si pudieras dejarme tu llave, te lo agradecería mucho. No quiero que piense que no hago mi trabajo, y sin esos papeles no puedo terminarlo.

—Claro, señor Queen. Voy a estar en esta planta limpiando, así que cuando termine me las da y listo.

Alarga la mano y me deja su llave maestra, y me dirijo al despacho sin que él sospeche nada.

Cuando entro, reviso por todos lados sin mover nada de su lugar, hasta que encuentro una carpeta con mi nombre. En ella hay documentación de movimientos financieros que he autorizado, consumos de alcohol, una hoja con días y horas en la que hay una anotación suya donde pone «desconexiones de cámaras», y algunos documentos más.

Vaya con Judith, me está haciendo una investigación que ni el inspector Gadget. Pues una cosa tengo clara: no voy a perder este casino por una niña que, de repente, ha decidido demostrarle al mundo que sabe jugar.

Y si para ganar tengo que meterme en su despacho, en su vida... o en sus secretos... lo haré sin dudarlo.

10. ¿ESTO ES UNA BROMA?



Cuando llego al restaurante junto a Samantha, mi cita ya me espera. Primero lo observo de lejos, ya que hemos quedado en la puerta y él ya está allí, quieto, con una rosa roja en la mano... Idea de Samantha, por supuesto, porque vive en una novela romántica permanente, aunque por ahora esto es más comedia que romance.

Lo miro dos veces, incluso tres, porque mi cerebro necesita asegurarse de que lo que está viendo es real y no una especie de castigo divino por algo que haya hecho en otra vida. Cuanto más lo observo, más claro lo tengo: es moreno, alto, fuerte, con cazadora de cuero, camiseta blanca marcándole absolutamente todo y unos vaqueros que deberían estar prohibidos por ley... Y sí, es su maldito clon.

—¿Esto es en serio, Sam? No me lo puedo creer, ¿lo haces adrede?

Ella me mira sin entender.

—No sé de qué me hablas, Judith. —Pone cara de sorprendida y mira hacia donde lo hago yo—. ¡Hostia puta! Juro que en la foto de la app no estaba así.

—Joder, Sam, no me dirás que no es clavado a Graham... Si es que hasta visten igual. No puedo, no puedo ir a esa cita.

Me doy la vuelta para marcharme, pero ella me detiene y se pone frente a mí.

—Ah, no, tú no te vas. Vale que es una putada que se parezcan, pero míralo por el lado positivo: físicamente te gusta. No pienses en mi hermano y piensa en tu casino.

Qué fácil lo ve todo siempre Sam.

—Que la voy a liar, Sam; que lo insultaré en algún momento de la cena, que me conozco... No voy a aguantar otra cita como las anteriores.

—Bueno, si la sangre llega al río ya apareceré para salvarte el culo, pero ahora ve a su encuentro. Pobre chico, no lo vas a dejar tirado.

—De verdad, Samantha, eres insufrible. Voy, pero no prometo nada.

Me adelanto a Sam y voy al encuentro de Liam, que es como se llama mi cita. Al llegar lo saludo de forma cordial y él me da dos besos en la mejilla; al acercarme y oler su aroma me cago aún más en todo, porque incluso en eso son iguales... Esto no me puede estar pasando.

Entramos en el restaurante y él entabla una conversación que, de hecho, me sorprende, pues es bastante agradable. Me fijo en sus ojos y, por suerte, son marrones y no azules, algo que agradezco infinitamente al universo.

Empieza a hablar con una naturalidad que no me esperaba en absoluto, lo que me descoloca más de lo que me gustaría admitir. Yo venía preparada para una cita incómoda, forzada y probablemente desastrosa desde el minuto uno; pero, en cambio, me encuentro con alguien que sabe mantener una conversación, que tiene cierto sentido del humor y que, para rematar, no deja de recordarme a quien no debería. Así que hago un esfuerzo consciente por centrarme en sus palabras, en sus gestos y en cualquier detalle que no tenga nada que ver con ese maldito *déjà vu* que me persigue desde que lo he visto en la puerta con la rosa en la mano.

Nos sentamos y, nada más acomodarnos, deja la flor sobre la mesa con una sonrisa que pretende ser encantadora. Y lo es, pero en mi caso solo consigue ponerme más nerviosa, porque toda la escena tiene algo de irreal, como si estuviera interpretando un papel que no me corresponde.

—Espero que te guste —dice señalando la rosa, con ese tono seguro de quien cree que está haciendo lo correcto.

—Sí, es muy bonita —respondo, colocándola a un lado sin saber muy bien qué hacer con ella, tratándola como si fuera un objeto incómodo más que un detalle romántico.

El camarero aparece, pedimos y, durante unos minutos, todo fluye sorprendentemente bien. Hablamos de viajes, de comida italiana, de música y de tonterías varias que consiguen arrancarme alguna risa, lo cual ya es bastante más de lo que esperaba cuando he bajado del coche convencida de que esto iba a ser un desastre absoluto.

Y precisamente por eso, durante un instante, bajo la guardia, me relajo y cometo el error que sabía que cometería.

—La verdad es que, cuando vi tu perfil, pensé que eras una mujer bastante directa —dice, inclinándose ligeramente hacia delante y mirándome con interés.

Sonríó y en ese mismo gesto sé que la voy a liar, porque ni siquiera sé qué pone en el perfil. Obvio, lo ha creado Sam. Así que intento salir del paso como puedo, y es ahí donde decido cagarla más, porque en ese preciso instante pienso en que estoy haciendo el ridículo intentando encontrar un marido en una app de citas.

—No me gusta dar vueltas a las cosas —respondo, dando un pequeño sorbo a mi copa de vino—. De hecho, estoy aquí por una razón bastante... peculiar.

No sé por qué no puedo dejar de mirarlo y sonreír. No suelo beber y, en lo que llevamos de cita, ya llevo media botella yo solita... Así que no sé si es el alcohol el que habla por mí o si soy yo, que, aunque estoy cómoda con Liam, quiero soltar la bomba antes de que me explote el cerebro.

Desde el fondo del restaurante, aunque no la esté mirando directamente, sé perfectamente que Sam ha dejado de respirar.

—Ahora me has dejado con la intriga —dice él, apoyándose en el respaldo de la silla con una media sonrisa.

Y ahí podría haberme callado. Podría haber cambiado de tema, podría haber fingido normalidad. Pero no.

—Necesito casarme en menos de un año para no perder un casino.

El silencio que se genera en la mesa es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. El camarero, que justo estaba sirviendo el vino, se queda un segundo más de la cuenta con la botella en el aire. Y Liam... Liam no reacciona de inmediato; se queda quieto, con la mirada clavada en mí, como si estuviera procesando cada palabra, como si buscara en mi cara alguna señal de que esto es una broma pesada; y, durante un instante demasiado largo, su sonrisa desaparece por completo.

Parpadea, se pasa la lengua por el labio inferior, mira la copa, luego a mí otra vez y entonces, solo entonces, suelta el aire y se recuesta en la silla, recuperando esa media sonrisa, aunque ya no es exactamente la misma.

—Vale... —dice finalmente, acomodándose mejor en el asiento—. Tengo que reconocer que no es lo más raro que me han dicho en una primera cita, pero desde luego entra fuerte en el *ranking*.

Cierro los ojos un segundo y apoyo la frente en la mano.

—Sabía que no debería haber dicho nada —murmuro, alargando la mano hacia la suya como si quisiera acariciarla—. Esto es culpa de mi amiga, que está por ahí escondida vigilando como si esto fuera un experimento social.

Él gira ligeramente la cabeza y, por supuesto, encuentra a Sam intentando disimular mientras finge mirar la carta con una copa en la mano.

—¿Eso es en serio? —pregunta, conteniendo la risa.

—Completamente —respondo, resignada—. No he tenido voz ni voto en nada de esto.

Y entonces, en lugar de incomodarse o salir corriendo como sería lo lógico, empieza a reírse. Pero a reírse de verdad, con ganas, como si toda la situación le pareciera lo más divertido del mundo.

—No me lo puedo creer —dice entre risas—, esto es mejor que cualquier cita que haya tenido.

Lo miro confundida.

—¿Te parece gracioso?

—Me parece surrealista —corrige—, pero en el buen sentido.

Aprieto los labios, intentando mantener la dignidad, aunque la escena ya se me ha ido completamente de las manos.

—No es que esté haciendo un *casting* —digo, como si me estuviera disculpando por toda la situación, aunque en realidad sé que sí lo es—, o al menos no exactamente.

—Tranquila —responde, levantando una mano—, no me asusta. De hecho, me intriga bastante.

Eso me hace fruncir el ceño.

Está demasiado tranquilo, incluso cómodo, diría yo.

—¿A qué te dedicas? —pregunto, observándolo con más atención.

—Soy actor.

Ahí está, claro que sí. Tenía que ser actor, aunque no te negaré que en estos momentos es justo lo que necesito.

Suelto una pequeña risa sin poder evitarlo.

—Perfecto, entonces esto ya tiene sentido —murmuro—. Yo metida en una situación absurda y tú encantado de formar parte del espectáculo.

En ese mismo instante, el camarero aparece con los platos, pero, al colocarlos en la mesa, pierde ligeramente el equilibrio y una parte de la salsa cae directamente sobre mi vestido.

Levanto la vista, miro al camarero, que está pálido, y miro a Liam, que está intentando no reírse. Y entonces escucho, clara y nítida, la carcajada de Sam desde el fondo.

Será cabrona la muy asquerosa.

Cierro los ojos un segundo, respiro hondo y, cuando los abro, ya solo puedo rendirme ante la evidencia.

—No pasa nada —digo con una calma que no siento—. Total, la noche ya era perfecta —comento con cierto tono de ironía.

Liam no puede evitar sonreír.

—Si te sirve de consuelo —añade—, creo que esta es la mejor primera cita de mi vida.

Y aprieta mi mano, que seguía junto a la suya.

Lo miro fijamente, devolviéndole la sonrisa que me brinda.

—Pues imagínate la mía.

Ambos estallamos en carcajadas y nos relajamos.

Y justo cuando creo que ya nada puede empeorar, el móvil vibra sobre la mesa. Lo cojo casi por inercia, lo desbloqueo sin pensar demasiado y, al leer el mensaje, noto cómo algo dentro de mí se tensa de golpe.

«Parece que te lo estás pasando muy bien, espero que me invites a la boda».

Mi mente se pone en estado de alerta. No sé qué está pasando aquí, pero es obvio que alguien me vigila. ¿Será Jason? Al primer mensaje no le he dado importancia, pero este ya me pone nerviosa. Miro a todos lados pero no veo a nadie... Igual es una paranoia mía, así que decido obviar el mensaje y seguir con mi cena.

La conversación se va apagando poco a poco porque ahora estoy pensando en otras cosas más que en la propia cita. Durante unos segundos nos limitamos a jugar con las copas, con los cubiertos, con cualquier cosa que nos permita no sostener demasiado la mirada.

—Bueno... —dice Liam al final, carraspeando ligeramente mientras deja la servilleta sobre la mesa—, supongo que esta ha sido... una primera cita difícil de superar.

Sonrío de lado, apoyando la barbilla en la mano, pero sin apartar del todo esa sensación rara que se me ha quedado pegada desde hace un rato.

—Sí, desde luego no es la típica —respondo—, aunque no sé si eso es bueno o una señal clara de que deberías salir corriendo.

Él suelta una pequeña risa mientras me mira con un brillo en los ojos.

—No voy a mentirte —añade, inclinándose un poco hacia delante—, lo del matrimonio... es mucho. Pero tú me has encantado.

Ahora mismo estoy alucinando. Lejos de dejarme tirada, asustarse y huir, ahora parece que le he gustado... Punto para Judith

Alister, señores.

—Pues ya es raro con todo lo que ha pasado... —murmuro.

Se hace un silencio y Liam tamborilea los dedos sobre la mesa un par de veces antes de mirarme otra vez.

—Tranquila, no voy a salir corriendo —añade finalmente—, solo... necesito saber en qué lío estoy metiéndome si decido conocerte mejor.

Lo observo unos segundos más de la cuenta, como si por primera vez estuviera intentando verlo de verdad y no a través del filtro absurdo de parecerse a quien no debería. Y me doy cuenta de que la pregunta no es incómoda por él... sino por mí.

—En uno algo complicado. Pero es tarde, así que eso tendrá que esperar a la siguiente cita —respondo, haciéndome la interesante.

Entonces me mira de nuevo con un aire de seducción y me pide que intercambiamos los teléfonos para poder quedar de nuevo.

—Será mejor que pidamos la cuenta, aunque hoy te invito yo —dice él, caballeroso.

—Gracias, aunque ya veo cuál es tu estrategia: así tendremos que quedar de nuevo para que te invite yo y estemos en paz.

Sonríó sin poder evitarlo, porque realmente lo estoy pasando bien.

—En serio, Judith, de verdad me gustaría conocerte. Lo que me has contado asusta un poco de primeras, pero, si eso es así, es porque tienes un problema y quizá te podría ayudar.

Ahora me sonrío de forma discreta, algo que valoro después de todo lo que ha ocurrido en esta cena.

Cuando se gira para efectuar el pago en el mostrador principal del restaurante, me quedo congelada. Al otro lado de la cristalera está Graham observándonos y su mirada se me queda clavada en el corazón.

¿Por qué nos está mirando? ¿No había otro restaurante para que fuera a cenar? Y lo que es más importante... ¿qué coño le pasa al universo que ahora me lo va a poner hasta en la sopa?

Estaba serio, enfadado, y no sé si es porque le duele todo lo que le dije en el despacho o porque ya venía girado, pero no me gusta verlo mal, aunque también me haga daño yo.

Noto una mano en mi espalda y es la de Liam. Caminamos juntos hasta el coche y nos despedimos con dos besos y la promesa de que nos llamaremos. Sam ya me está esperando; la veo apoyada en el capó, con el móvil en la mano y esa sonrisa suya que no sé si significa que todo ha salido bien o que ha sido un desastre histórico digno de enmarcar. En cuanto nuestras miradas se cruzan, empieza a reírse sin ningún tipo de disimulo.

—Oye, no sé si darte las gracias o denunciarte —le digo mientras me acerco con los brazos cruzados—, porque lo de hoy ha sido tan surrealista que todavía no tengo claro si ha sido una cita o una trampa. Pero te tengo que decir que lo he pasado bien.

—¿Ves? Yo tenía razón. Buscarte citas por internet ha sido la mejor decisión que he podido tomar —responde entre risas—, porque desde mi mesa te he visto sonreír más de lo que pensaba, y eso ya es todo un logro teniendo en cuenta que ibas preparada para matar a alguien con la mirada.

—Sí, claro, es que no me lo has puesto fácil —ironizo—. No sé cómo no ha pensado que estoy loca, sobre todo cuando le he soltado lo del matrimonio como si estuviera pidiendo el postre. Aunque, si te he de ser sincera, no me ha disgustado tanto. Liam es un hombre muy interesante y pienso seguir conociéndolo, así que no me organices más citas, por favor.

Sam alucina y me mira ahora seria.

—Venga ya, Jud, no me jodas, que tengo la agenda cargadita...

Ahora la que se pone seria soy yo.

—Yo no te dije que planificaras nada. Acepté tu loca idea porque estoy un poco desesperada, pero con este chico creo que puedo solucionar todos mis problemas. Y, si te he de ser sincera, hacía mucho que no me sentía bien con nadie. —Ahora me mira intrigada—. Sam, sabes que no soy de salir con nadie, soy muy mía; pero de verdad con Liam me he sentido a gusto en todo momento, y no quiero estar quedando con nadie más si decido quedar más veces con él.

—Vaya... sí que te ha gustado...

Comienza a reírse como si esta idea fuera una locura enorme. Y lo es, pero hay un momento, uno muy pequeño, en el que su risa se

corta antes de tiempo, como si algo se le hubiera cruzado por la cabeza.

Y eso... eso no me gusta.

—¿Qué? —le digo, entornando los ojos—. ¿Por qué pones esa cara?

—¿Qué cara? —responde demasiado rápido.

—Esa —insisto—, la de «acabo de darme cuenta de algo pero mejor me callo».

Se pasa la mano por el pelo, desviando la mirada hacia la calle, como si de repente el tráfico fuera lo más interesante del mundo.

—Nada, tía, paranoias tuyas —murmura—, solo digo que... no sé, ese chico es un poco raro.

—¿Raro? —repito—. ¿En qué momento? Porque yo lo único raro que he visto es que no haya salido corriendo después de lo que le he contado.

—Precisamente por eso —dice, mirándome fijamente—. Demasiado tranquilo, ¿no crees?

—O igual es que le gusta el drama —respondo, encogiéndome de hombros—. Hay gente para todo.

Yo también tengo mis dudas, pero no las voy a expresar delante de Sam. Ella me ha metido en este fregado y pienso aprovecharme de la situación.

—O igual le gusta otra cosa —añade ella, bajando un poco la voz.

La miro fijamente unos segundos, intentando descifrar si está exagerando como siempre o si realmente hay algo detrás de ese comentario.

—No empieces, Sam —le advierto—, que bastante tengo ya.

—Yo solo digo que vayas con cuidado —responde alzando las manos—, nada más. Porque os habéis dado los teléfonos y eso implica más citas; y, si te enganchas, espero que sea de Liam y no de un falso Graham.

Y ya lo ha soltado. Resoplo, negando con la cabeza, porque me niego a convertir esto en otra paranoia más.

—No seas tonta, eso no va a pasar, pero puede ayudarme. Y con él puede funcionar —digo finalmente—. Es actor, sabe fingir, no le

asusta lo raro... encaja más de lo que pensaba.

Sam me observa en silencio, y esta vez no sonrío.

—Sí... —murmura—, encajar encaja. Definitivamente creo que ahora la que se va a meter en un lío enorme vas a ser tú.

Y no sé por qué, pero la forma en la que lo dice hace que, por primera vez en toda la noche, algo dentro de mí se tense de verdad.

11. DÁNDOLE VUELTAS AL COCO

GRAHAM



No sé qué me pasa desde el otro día que vi a Judith, pero no consigo quitármela de la cabeza.

Estoy recogiendo las tablas en la caseta cuando, sin venir a cuento, me viene su imagen... esa mirada cargada de rabia, de orgullo... y de algo más que no supe descifrar en su momento.

Aprieto la mandíbula sin darme cuenta y dejo caer una de las tablas con más fuerza de la necesaria.

Antes no era así. Era verla aparecer y saber que todo iba a estar bien. Cine, palomitas volando por el aire, risas que se nos escapaban sin control... Ella nadando en el lago, yo intentando hacerle ahogadillas, y, por las noches, haciendo acampadas y contando historias de miedo. Todo ello junto a Sam, claro.

Y ahora... Ahora apenas me soporta.

Me paso la mano por la nuca, incómodo, como si pudiera quitarme esos recuerdos de encima.

Y, aun así, hay algo que no encaja, porque por mucho que hayamos acabado mal... sigo teniendo la sensación de que, si algo le pasa, voy a ser el primero en aparecer. Porque tras esas duras palabras que ha tenido conmigo —y no digo que no las mereciera—,

me he dado cuenta de que ella sigue significando mucho para mí, y no sé en qué momento lo olvidé.

Y eso es justo lo que más me jode. ¿Pero qué me pasa? Te juro que no lo entiendo. He dejado que todos estos años nos distanciáramos más y que su odio creciera por no afrontar una conversación a tiempo. Vamos, que he sido un completo imbécil y no sé si tendrá arreglo.

Dejo a un lado mis pensamientos porque hoy tengo clase con Tatiana, una chica joven e inocente a la que le gusta llamar mi atención constantemente con su cuerpo exuberante. Lo que parece no entender es que yo no tengo ojos para muchachas de veinte años...

Cuando llego al lago, Tatiana ya está allí, apoyada contra su tabla como si llevara media hora ensayando la pose.

Gafas de sol bajadas justo lo necesario, bikini que deja poco a la imaginación y esa sonrisa suya... Demasiado consciente de lo que provoca.

—Pensaba que hoy no venías —dice, apartándose el pelo con un gesto lento—. Con este calor... es casi un crimen llegar tarde.

Guardo mis cosas sin prestar demasiada atención en ella.

—Tranquila, el lago no se va a enfadar contigo.

—Yo no estaría tan segura —responde acercándose un poco más—. Hay cosas que sí se enfadan cuando no les haces caso.

Ahí está. Si no lo suelta no se queda a gusto.

Sonríó de lado y cojo una tabla para evitar su mirada directa.

—¿Eso es una indirecta o vienes con el guion aprendido?

—Depende —dice, rodeándome despacio—. ¿Funciona?

Me detengo un segundo, lo justo para mirarla.

Es guapa, no se puede negar. Y sabe jugar, pero a mí no me interesa.

—Contigo no necesito que funcione nada —respondo con calma—. Has pagado por la clase, no por el profesor.

Tatiana suelta una risa suave, pero no se rinde.

—Qué aburrido eres cuando te pones profesional... —murmura, acercándose más de la cuenta—. Con lo bien que te queda ser peligroso.

—¿Peligroso? —Arqueo una ceja.

—La moto, la forma en la que miras, cómo te largas sin despedirte... —enumera con los dedos—. No me digas que no lo sabes.

La observo un segundo más, esta vez sin apartar la mirada.

—Lo que sé —digo bajando el tono— es que tú no buscas peligro.

—¿Ah, no? —susurra.

—No —niego con la cabeza, cogiendo la tabla y dándosela—. Buscas a alguien que te siga el juego... y yo hoy no tengo ganas de jugar.

Hay un pequeño silencio. No de esos incómodos, pero sí algo tenso.

Tatiana aprieta los labios un instante... y luego sonrío.

—Eso es un «no ahora» —dice, señalándome con el dedo—, no un «no nunca».

Suelto una pequeña risa, negando.

—Eso es un «coge la tabla y métete al agua antes de que cambie de opinión».

—Sabía que terminarías cediendo —responde, guiñándome un ojo mientras camina hacia la orilla del lago.

La veo alejarse, moviendo las caderas con toda la intención del mundo.

Niego para mí mismo.

—Ni en sueños...

Pero, aun así... sonrío.

Cuando salgo de las clases y voy a subirme a la moto, no paro de darle vueltas a mi cabeza. Tengo unos días libres y he pensado en llamar a Trevor para quedar. Es mi mejor amigo y siempre sabe darme los mejores consejos del mundo; y, cuando no sabe qué decirme, simplemente bebemos. Es un tío divertido que sabe cómo moverse en el mundo de la noche, siempre va acompañado de mujeres, y creo que ahora eso es lo que necesito: divertirme y echar un buen polvo.

Cuando lo llamo, me pone al día de sus últimas hazañas sexuales, y es que Trevor es todo un caso. Se cree un macho alfa, va

de supremo por la vida y le funciona. Liga tanto que a veces termina la noche con tres mujeres, y lo mejor de todo es que no les importa compartir... Es curioso, pero a mí eso no me pasa; no es que no ligue, porque mis noches siempre acaban en compañía, pero con una me basto.

—Ey, qué pasa, tío. Estoy con unas chicas y hemos dicho de ir a cenar al lado del casino de los Alister. ¿Te vienes?

Chicas, cena... buena combinación. Eso sí, espero no encontrarme con Judith.

—Claro, dame diez minutos y estoy ahí.

Me pongo mi casco, mi cazadora y hago rugir mi moto. En nada ya he llegado y lo veo muy bien acompañado: una rubia y una morena despampanantes.

Cuando alzo la vista, mis ojos se clavan en ella casi sin darme cuenta. Parece que el karma me persigue por haberla besado, y, desde que me ha dicho cuatro cosas que me han dolido, el susodicho no va a dejar que la olvide.

Está sentada a varias mesas de distancia, inclinándose ligeramente hacia delante mientras habla con un tío que no me suena de nada, aunque tiene cierto parecido conmigo. Se ve que se divierten, ya que ella sonríe como no la he visto sonreír en años.

Aprieto la mandíbula. No sé en qué momento he dejado de escuchar a Trevor, pero ya no oigo nada, solo ese murmullo lejano del restaurante, mientras mi atención se queda atrapada ahí, en esa mesa, en ellos dos.

El tío se acerca un poco más, demasiado, invadiendo su espacio como si tuviera derecho, como si la conociera, y ella no se aparta. Pero ¿desde cuándo salen juntos?

No hace tantos días que mi hermana pretendía que me casara con ella... No entiendo nada.

Trago saliva, notando cómo algo se me tensa en el pecho.

Mis dedos golpean la mesa sin darme cuenta, un ritmo seco, constante, hasta que la copa vibra ligeramente.

—¿Te pasa algo? —dice Trevor, pero ni lo miro.

Porque, entonces, él sonríe... y Judith le devuelve la sonrisa.

Y ahí algo me chirría por dentro. Me remuevo en la silla, echándome hacia atrás, pasándome la mano por la barba de tres días con gesto tenso.

No es nada, no significa nada.

Pero no puedo evitar fijarme en cada detalle: cómo él la mira, cómo se inclina, cómo parece cómodo... demasiado cómodo para mi gusto.

—Vaya copia barata... —murmuro para mí, casi sin darme cuenta. Aprieto los labios. No son celos. Ni de coña.

Es solo que ese tío no me gusta y no tengo ni idea de por qué.

No tardo ni dos segundos en sacar el móvil y marcar el número de Sam, porque sé perfectamente que está detrás de esto.

—Hombre, el desaparecido —responde al segundo. Lo dice porque el otro día me fui sin despedirme y la he estado evitando en casa para que no me venga con el cuento de los problemas que tiene su amiga—. ¿Ya se te ha pasado el drama o sigues en modo víctima?

—Estoy viendo a Judith —corto, sin rodeos—. Con un tío. Uno que parece mi versión en oferta. ¿Qué coño has hecho, Sam?

Un silencio muy corto y peligroso se hace notar.

—¿Cómo que estás viendo a Judith? Bueno, da igual... —dice al final—. Ya has llegado a esa parte del plan.

Aprieto la mandíbula. Sabía que ella estaba detrás de esto.

—¿Qué plan?

—El de intentar que no pierda el casino, por si no te habías enterado —responde, seca—. Pero, claro, como tú decidiste hacerte el sueco...

—No empieces.

—No, no, si no empiezo —suelta, con una risa sin gracia—. Solo estoy solucionando lo que tú no quisiste ni escuchar.

Miro de reojo hacia la mesa otra vez.

—¿Y tenías que buscar a un tío que se parece a mí?

—Te prometo que no lo he pedido en el *pack* —responde rápida—. Pero oye, míralo por el lado bueno... Tienes competencia.

—No tiene ni punto de comparación.

—Claro, claro —dice con ironía—. Tú eres único e irrepetible... sobre todo en tu capacidad de cagarla.

Suelto aire por la nariz, tenso.

—Sam...

—Escúchame tú ahora —me corta—. Judith está jodida, Graham. Mucho más de lo que crees. Y si tú no vas a mover un dedo, al menos no molestes.

Aprieto el móvil con más fuerza.

—No estoy molestando.

—No, estás mirando desde lejos, como siempre —dispara—. Se te da de lujo eso.

Me quedo en silencio un segundo.

—Ten cuidado con lo que haces —añado al final, más bajo.

—No, hermanito —responde sin dudar—. Ten cuidado tú con lo que *no* haces.

Y me cuelga.

El pitido de la llamada cortada se queda unos segundos resonando en mi oído, como si Sam no hubiera colgado del todo y su última frase siguiera flotando ahí, incómoda, clavándose poco a poco en algún punto que preferiría no tocar. Así que bajo el móvil despacio, apretándolo más de la cuenta mientras intento convencerme de que no significa nada, de que no tiene razón, de que yo no tengo nada que ver con lo que Judith haga o deje de hacer.

Pero no funciona.

Intento centrarme en la conversación de mi mesa, en Trevor, en las dos chicas que no dejan de mirarme, en cualquier cosa que me saque de ahí, pero no hay manera. Porque, cada dos segundos, mis ojos vuelven solos hacia ellos, como si tuvieran vida propia, fijándose en cada gesto, en cada movimiento, en cada risa y en esa complicidad que veo que tienen.

Resoplo por lo bajo y agarro la copa, pero la dejo otra vez en la mesa casi al instante, porque noto cómo el cristal resbala ligeramente entre mis dedos, tensos, y el líquido se agita más de lo normal, delatándome incluso en algo tan simple como beber. Así que opto por echarme hacia atrás en la silla, intentando aparentar una

calma que no siento en absoluto mientras observo cómo él dice algo que no alcanzo a escuchar y Judith vuelve a sonreírle. Y esa imagen, tan simple, es suficiente para que algo se me rompa por dentro de una forma que no sé explicar.

Pero entonces ocurre algo que no esperaba. Algo pequeño, casi insignificante, pero que hace que todo lo demás desaparezca durante un segundo: ese tío alarga la mano sobre la mesa en un gesto que podría pasar desapercibido para cualquiera, y sus dedos rozan los de ella... y ella no los aparta.

Ahí es donde noto el golpe.

Seco, directo, como si algo se tensara en mi pecho sin previo aviso, obligándome a incorporarme de golpe, haciendo que la silla caiga contra el suelo y varias cabezas se giren. Pero me da exactamente igual.

No puedo quedarme ahí. No quiero seguir viendo eso.

Camino directo hacia la salida sin pensar demasiado, escuchando a Trevor llamarme, esquivando mesas, camareros y miradas curiosas mientras noto cómo la presión en el pecho no desaparece, sino que aumenta con cada paso, como si alejarme físicamente de la escena no tuviera absolutamente ningún efecto en lo que llevo encima. Cuando empujo la puerta del restaurante y el aire de la noche me golpea de lleno, intento respirar hondo, una vez, dos, las que hagan falta... pero no sirve de nada.

Trevor me sigue y noto cómo me pone la mano en el hombro. Sabe que algo no anda bien, pero no soy capaz de decirle nada.

—Graham, ¿se puede saber qué coño te pasa? Estás como ausente, estoy con dos pivonazos y ni las has mirado... Lo tuyo es grave, hermano.

Tiene razón, pero es que ni yo mismo sé qué es.

—No lo sé... mi hermana, que me ha sacado de mis casillas.

Me mira extrañado.

—¿Seguro que ha sido tu hermana? Porque te recuerdo que desde la mesa veo lo mismo que tú, y a la que mirabas, antes de discutir con ella, era otra persona.

Las chicas nos miran desde el interior del restaurante.

—Vuelve con las chicas. Yo solo necesito tomar el aire, lo juro.

Niega con la cabeza y me deja con mis pensamientos. Necesito hacer algo.

Saco el móvil casi por impulso, abro su contacto sin pensarlo demasiado y me quedo mirando la pantalla durante unos segundos que se hacen eternos, con el dedo suspendido sobre el teclado, a un gesto ridículo de escribirle, de decir algo, de hacer algo que ni siquiera tengo claro qué sería, mientras la voz de Sam vuelve a colarse en mi cabeza sin pedir permiso.

«Ten cuidado tú con lo que *no* haces».

Así que actúo, más por inercia y rabia que por celos. Pero ya nada vuelve a ser lo mismo. Decido ir a la entrada a que me dé el aire un poco.

Cierro los ojos un instante, apretando los dientes, y, cuando los abro, levanto la vista casi sin querer, como si algo me obligara a hacerlo. Y es entonces cuando la veo a través del cristal del restaurante, de pie ahora, girada ligeramente hacia la calle... mirándome.

Nos quedamos así durante unos segundos que no sabría medir, separados por una simple pared de cristal y por demasiadas cosas que nunca hemos terminado de decir. Y no hay sonrisa, no hay gesto de burla ni de enfado; solo esa forma suya de sostener la mirada que siempre me ha descolocado más de lo que me gustaría admitir, como si estuviera esperando algo que yo todavía no soy capaz de darle.

Y lo peor de todo es que, esta vez, no parece odiarme.

Y eso, por alguna razón que no termino de entender, me da mucho más miedo que cualquier otra cosa.

12. METIÉNDOME EN MÁS LÍOS



Hace dos semanas que tuve la cita que, en teoría, cambiará mi vida por completo y, desde entonces, he hablado alguna que otra vez con Liam por mensaje. Conversaciones ligeras al principio, que poco a poco han ido cogiendo un tono más cómodo, más cercano, como si nos conociéramos desde antes de todo esto. Y ahora insiste en que volvamos a quedar para seguir conociéndonos.

Aunque en un primer momento mi intención siempre ha sido buscar un falso novio y tener un matrimonio acordado, he de decir que Liam ha conseguido devolverme la sonrisa que había perdido y, aunque es cierto que no creo en el amor, quizá, dadas las circunstancias, podría darle una oportunidad.

Sam ha estado algo pesada para que quede con algún chico más de la aplicación, pero no quiero hacerlo. Con uno es suficiente.

Le doy vueltas a lo de quedar con Liam de nuevo y es que, aunque hablar con él por mensaje me resulta cómodo y fácil, verlo no me resulta tan atractivo, porque la sola idea de estar con él implica inevitablemente pensar en Graham, en esa maldita comparación constante que no consigo quitarme de encima. Y,

aunque sé que Liam podría ser la solución a todos mis problemas, no termino de verlo claro.

En el casino todo va sorprendentemente bien. Tengo a Jason bastante controlado, al menos en apariencia, porque María me ha confirmado lo que ya sospechaba: una noche, mientras yo estaba intentando salvar mi legado, él estaba en una de las suites del hotel con Minerva, y no precisamente hablando de trabajo. Así que le he pedido a Rick, mi jefe de seguridad, que revise las cámaras y encuentre algo que pueda utilizar contra ellos, porque esto se ha terminado y, si tengo que jugar sucio, jugaré.

Ya tengo un dossier lleno de cosas que revisar, así que una más para la larga lista. Porque no te lo he contado, pero tras la muerte de mi abuelo me he dado cuenta de que hay movimientos económicos que no cuadran. Tampoco lo hace el inventario de alcohol ni muchas otras cosas donde Jason mete la mano. Y, aunque algunas ya las estoy cortando, aún tengo que indagar mucho más. Porque, si consigo demostrar que está robando al casino, se le habrá acabado el chollo y este juego de mi abuelo llegará a su fin. Pero el muy desgraciado es listo... y pillarlo no va a ser fácil.

Sam, por su parte, no ayuda absolutamente nada.

Me ha estado llamando toda la mañana y, como no le he cogido el teléfono, ahora mismo me está buscando por todo el casino como si fuera una cazadora en plena misión, hasta que finalmente me encuentra en la zona de la ruleta.

—¿Estás ignorando mis llamadas? —dice, cruzándose de brazos, claramente molesta.

—¿Yo? Jamás osaría hacer algo así —respondo con una sonrisa descarada, porque sabe perfectamente que sí.

—Mira, llevo tu agenda de citas y esto está que echa humo. Ya ha pasado un mes y el tiempo no se detiene, ¿no me dirás que al final vas a ceder con Liam? —Y lo dice con ese tono raro, como si la idea no le hiciera ninguna gracia.

—Sam, ya te lo dije hace semanas, paso de citas de la aplicación esa del demonio —respondo, apartándonos un poco de la multitud para que nadie escuche nuestra conversación—. No es mal tío, llevamos dos semanas hablando y quiere volver a quedar.

Su cara cambia ligeramente.

—Si lo pienso fríamente, es la opción más fácil —continúo—. Podría hablar con él, ofrecerle un trato, montamos una relación de unos meses, hacemos que parezca real, nos casamos, él se lleva su parte, yo me quedo el casino y Jason desaparece del mapa. Fin.

—Claro, facilísimo —responde con ironía—. ¿Y el pequeño detalle de que es un desconocido?

—Todos son desconocidos al principio —replico—. No tengo tiempo para ir probando candidatos como si esto fuera un casting infinito. Quiero resolverlo y seguir con mi vida. Además, nadie se va a tragar nada si no llevo tiempo con esa persona y con Liam podría estar prácticamente nueve meses antes de casarnos, o un poco más si voy al límite con el tiempo.

Sam me observa en silencio unos segundos. Demasiados para lo que es ella.

—Esto no es una película, Judith —dice al final, más seria—. No sabes nada de él, solo que es actor y que te cayó bien en una primera cita bastante caótica. ¿Cómo sabes que no hay alguien mejor?

—Sí que sé cosas de él —replico—. Le gustan las películas de acción, las novelas de ficción distópica, el color verde es su favorito y le encanta la comida mexicana. Es hijo único y siempre ha vivido en Las Vegas. Ha estudiado Arte Dramático y ha protagonizado innumerables anuncios para televisión, además de varias obras de teatro. ¿Ves? Nos estamos conociendo y no me parece un loco, es bastante majo. Además, no tengo tiempo para estar buscando a alguien mejor.

Se hace un pequeño silencio entre nosotras, uno de esos incómodos que no solemos tener.

—Además... —añado, bajando un poco la voz—, desde que viniste con tu hermano el otro día no dejo de pensar en él.

Sam reacciona al instante.

—Lo siento... Yo solo quería que nos ayudara con tu problema, pensé que aceptaría.

—Sam...

—No, Judith —me corta, negando con la cabeza—. Ni se te ocurra decirme nada. Ya sé que la cagué, pero quizá pueda solucionar las cosas entre los dos si me das algo de tiempo y no te vas con el primer tarado que se te presenta.

—No estoy yendo a ningún sitio con nadie —respondo, aunque ni yo misma me lo creo del todo—. Y mejor no te metas entre nosotros, Sam. Nuestros problemas no tienen fácil solución. Es solo que creo que se me ha instalado en la cabeza y no se quiere ir.

—Pues sácatelo —dice, más tajante de lo que esperaba—. Porque él no es una opción. A ver, que a mí me encantaría que lo fuera, pero creo que no va a poner de su parte.

Aprieto los labios.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes o lo repites para convencerte? —me lanza, clavándome la mirada.

Sam suspira, pasándose la mano por el pelo.

—Mira, haz lo que quieras con Liam. De verdad, si crees que puede funcionar, adelante, pero no mezcles cosas, no conviertas esto en algo más complicado de lo que ya es.

Asiento despacio, aunque dentro de mí todo está menos ordenado de lo que aparento, porque una parte de mí ve en Liam la solución perfecta y otra... sigue mirando en dirección contraria.

Sam me observa unos segundos más, como si estuviera valorando si seguir discutiendo conmigo o rendirse a la evidencia de que soy un caso perdido, y justo cuando parece que va a insistir, alguien grita su nombre desde el otro lado de la sala.

—¡Samantha!

Ambas giramos la cabeza al mismo tiempo y veo venir hacia nosotras a una mujer de unos sesenta años, perfectamente arreglada, con un vestido que probablemente cueste más que mi coche y una cara que no augura nada bueno.

Sam parpadea un par de veces, sin dar crédito a lo que está viendo.

—Mierda... —murmura.

—¿Qué has hecho? —le pregunto, ya anticipando lo peor.

—Nada... bueno... casi nada...

La mujer llega hasta nosotras con paso decidido y no nos deja tiempo para que Sam me cuente lo que ha liado, así que me quedo como una mera espectadora de la escena, que sin duda no va a tener desperdicio.

—Así que tú eres Samantha —dice con una sonrisa tensa que no engaña a nadie—. Qué suerte encontrarte por aquí.

Sam ensancha su sonrisa de forma sospechosamente exagerada.

—¡Hombre, lo mismo digo! Siempre es un placer poner cara a... —se queda en blanco medio segundo—... la gente.

La miro de reojo.

Esto promete.

—Soy Claudia —continúa la mujer—, madre de Javier.

Sam traga saliva, aunque por su cara puedo detectar que claramente sabe quién es esta mujer.

Yo levanto una ceja.

—Ya... —dice lentamente—. Javier.

Yo desde luego algo me he perdido, porque no sé quién es ese tal Javier y mira que he conocido a todos sus novios.

—Sí, Javier —repite Claudia, clavando la mirada en Sam—. El chico con el que cenaste hace dos noches después de escribirle desde el perfil de tu amiga.

No me lo puedo creer. ¿En serio? No puedo evitar girarme hacia Sam muy despacio.

—¿Perdón? —digo, sintiéndome utilizada para que ella ligue descaradamente con otros chicos desde mi perfil. Tendrá morro.

—Vale —dice ella, levantando las manos—. Antes de que me juzgues, necesito explicar el contexto.

—Estoy deseando escucharlo —respondo, cruzándome de brazos.

Claudia carraspea, claramente indignada.

—Mi hijo salió de casa convencido de que iba a tener una cita con una mujer interesante, educada y, según sus propias palabras, «con una conversación brillante»... y volvió diciendo que había cenado con una loca que le interrogó como si fuera un criminal y que desapareció en mitad del postre alegando que tenía que «gestionar una emergencia emocional».

No puedo contener la risa y Sam me fulmina con la mirada.

—Era una emergencia emocional —se defiende—. Me di cuenta de que no era un candidato válido.

—¿Candidato? —repite la mujer, escandalizada.

—Vale, dicho así suena fatal, lo sé —añade Sam—, pero es que estar dentro de mis estándares es muy complicado. Soy demasiado exigente con los chicos.

—¿Tú estás organizándome citas o aprovechando mi perfil para buscar pareja tú? —le pregunto, entre divertida y horrorizada.

—No. Solo aproveché tu perfil para conseguir una cita para mí. ¿Qué quieres, chica? Te vi el otro día tan sonriente y tan divertida que también he querido probar —responde como si fuera lo más lógico del mundo—. Total, si soy yo la que gestiona la agenda.

—Pues que sepas que mi hijo se ha quedado tocado —interviene Claudia—. No suele salir con muchas chicas y para una vez que lo hace...

—Lo siento, pero es que no es lo que estoy buscando. Además, debería decirle que no puede hacer fotos a la gente sin su consentimiento, porque usted me ha reconocido por algo —replica Sam—. Ya decía yo que estaba mucho rato con el móvil. Si es que no te puedes fiar de nadie.

Se hace un silencio algo incómodo y yo ya no puedo más. Empiezo a reírme, primero bajito, luego sin control.

—De verdad, Sam... —consigo decir entre risas—. Esto es surrealista incluso para ti.

Claudia me mira, luego a ella y finalmente niega con la cabeza.

—Espero que al menos tengas la decencia de no volver a contactar con él.

—Por supuesto —responde Sam con rapidez—. Está descartadísimo.

La mujer se marcha ofendida, dejándonos allí, y en cuanto desaparece la miro sin poder resistirme a preguntar:

—¿Emergencia emocional? —repito.

—Se puso muy intenso con lo de los gatos —dice, encogiéndose de hombros—. Tenía siete.

—Sam...

—¿Qué? Eso es información relevante. Yo tengo que preguntarlo todo en la primera cita.

Vuelvo a reírme, negando con la cabeza.

—Eres un desastre.

—Pero un desastre útil —corrige.

—Eso está por ver.

Seguimos andando entre las mesas mientras intento recuperar la compostura, todavía con la escena en la cabeza, cuando noto algo.

No es un sonido ni una voz. Es una sensación, como si alguien me estuviera mirando.

Alzo la vista y ahí está mi peor pesadilla: Graham.

Apoyado en una de las columnas, con esa tranquilidad suya que quiere disimular, observándonos como si llevara un rato ahí, como si hubiera visto lo suficiente como para sacar sus propias conclusiones.

Se separa de la columna y camina hacia nosotras sin prisa.

Sam lo ve también.

—Uy —murmura—. Yo me voy a... a cualquier sitio que no sea aquí.

—Ni se te ocurra —susurro.

Pero ya es tarde.

Desaparece.

Genial.

Graham llega hasta mí con una media sonrisa que no sé interpretar.

—Veo que no estás muy ocupada —dice, echando un vistazo alrededor.

—Depende de para quién —respondo, cruzándome de brazos.

—Interesante —murmura—. ¿Hoy no hay cita?

Y ahí está. Ya lo ha dicho, porque no puede callarse, no. Tiene que tirarme una pulla de las suyas.

—No todas las noches pueden ser igual de... memorables —respondo.

Sus ojos se clavan en los míos.

—No, desde luego —dice—. Algunas parecen ir mejor que otras.

Aprieto ligeramente la mandíbula.

—¿Te interesa mucho mi agenda ahora? Porque, que yo sepa, en todos estos años no te ha interesado en absoluto.

—No sé de qué hablas —dice despreocupado.

—Claro que lo sabes, lo que pasa es que no te interesa aceptar la realidad.

Se acerca un poco más a mí, lo justo para hacer que mi vello se erice como el de una quinceañera.

—¿Qué quieres, Graham? —digo, derrotada.

—Quedar contigo.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—Quedar contigo —repite—. Sin citas raras, sin actores, sin intermediarios.

Se me escapa una pequeña risa incrédula y, a la vez, solo puedo pensar en matar a Sam, porque la muy cabrona se lo ha contado todo.

—Ni de coña. De todas las personas del planeta, tú eres el último con el que tendría una cita.

Lo veo contrariado y, a la vez, algo mosqueado.

—No lo estás diciendo en serio, pelirroja. Sabes perfectamente que no la tienes porque te da miedo lo que pueda pasar.

No pienso darle la razón.

—¿Crees que tengo miedo? Quizá deberías tenerlo tú, porque podría decirte cosas que no estás dispuesto a escuchar.

—Prueba.

Y de nuevo se hace el interesante, como si sus artes de seducción fueran a funcionar conmigo.

Lo miro y en ese momento, sin querer, recuerdo a Liam, su calma, su tranquilidad, lo sencillo que sería todo con él, y pienso que con Graham nada puede ser sencillo.

Nada.

—No creo que sea buena idea —digo finalmente.

—Seguramente no —responde sin problema—. Pero aun así quiero que tengamos una cita.

—¿Por qué ahora? —pregunto.

Se encoge ligeramente de hombros.

—Porque puedo, me apetece y para ver si así dejas de hacer tonterías con tíos que claramente no te convienen.

Eso me saca de quicio.

—¿Sabes qué? —digo, dando un paso hacia él—. Vale.

Levanta una ceja.

—¿Vale?

—Vale —repito—. Quedamos.

No por él, ni mucho menos. Lo hago por mí, porque tenemos una conversación pendiente desde hace mucho y creo que esa cita va a ser de todo menos una cita.

—Pero no te confundas —añado—. Esto no cambia nada.

Sonríe y esa sonrisa no me gusta nada.

—Nunca cambia nada... hasta que cambia todo.

Lo miro un segundo más y me doy la vuelta para dejarlo plantado en medio del casino.

Busco a Sam con la mirada mientras camino, notando cómo el pulso se me ha acelerado sin pedir permiso.

—¿Dónde te has metido? —le digo cuando la encuentro escondida detrás de una máquina.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con los ojos abiertos de par en par.

La miro y no sé si acabo de hacer algo muy inteligente... o todo lo contrario.

—He quedado con tu hermano.

Sam se queda en silencio, analizando mis palabras, porque sabe que eso implica muchas cosas. Creo que no sabe si alegrarse y montarse su historia o asustarse, y hace bien en escoger la segunda opción, porque te aseguro que en esa cita va a haber de todo menos lo que te estás imaginando.

—Vale —dice al cabo de unos segundos—. Esto... esto sí que se va a poner interesante.

Y por fin sonríe. Si es que la conozco y en su mente ya está organizando la boda.

No sé por qué, pero tengo la sensación de que acaba de empezar un problema mucho más grande del que estaba intentando resolver.

13. SE ME ACABÓ EL CHOLLO

JASON



Voy directo al despacho de Judith con una sonrisa que no siento en absoluto, porque, cuando esa mujer me llama con ese tonito suyo de jefa recién estrenada, sé perfectamente que no va a ser para ofrecerme café.

Y no me equivoco.

—Entra —dice nada más verme aparecer por la puerta, sin dejarme hacer lo que tanto le molesta, lo cual ya me toca bastante las narices.

Empujo la puerta y la encuentro de pie, detrás del escritorio, con los brazos cruzados y esa mirada suya que mezcla superioridad y ganas de guerra.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —dispara sin rodeos.

Ni buenos días ni nada: directa al cuello.

Sonrío de lado mientras cierro la puerta con calma, tomándome mi tiempo, porque si algo tengo claro es que no voy a entrar en su juego... o al menos no tan rápido.

—Buenos días, Judith —respondo con tranquilidad calculada—. Siempre tan amable.

—No me vaciles —replica, apoyando ambas manos sobre la mesa—. Te di unas normas muy claras.

Ah... Ya sé por dónde va esto.

—¿Y? —Me encojo de hombros—. No recuerdo haber firmado ningún contrato de obediencia ciega.

Sus ojos chispean.

—Te dije que las relaciones entre empleados estaban prohibidas.

—Y yo te dije que no tengo ninguna relación —contesto sin perder la sonrisa—. No confundas conceptos.

Se queda en silencio un segundo, uno solo. Y entonces sonríe.

Pero no es una sonrisa agradable.

—Perfecto —dice, inclinándose ligeramente hacia delante—. Entonces esto no debería suponerte ningún problema.

Pulsa algo en el mando que tiene sobre la mesa y, sin previo aviso, la pantalla que hay detrás de ella se enciende.

Y ahí estoy yo con Minerva entrando en la *suite*, riendo, acercándonos demasiado.

Y luego saliendo... bastante más relajados de lo que entramos.

Aprieto la mandíbula.

Vale, eso no me lo esperaba.

A ver, que después de ver esa carpeta con mi nombre algo me podía imaginar, pero no la creía capaz de esto.

—Vaya... —murmuro, ladeando la cabeza—. Buen ángulo de cámara.

—¿Te parece gracioso? —Su voz baja un tono, pero es mucho más peligrosa.

La miro directamente.

—Me parece obsesivo —corrijo—. ¿También revisas las habitaciones o solo cuando te interesa joderme?

Da un paso hacia delante.

—No me hace falta revisar nada —responde—. Tengo un jefe de seguridad muy eficiente. Y, por si no te ha quedado claro, esto no es personal... es profesional.

Suelto una pequeña risa.

—Claro, claro... Totalmente profesional enseñarle a alguien cómo folla en horario laboral.

—No voy a entrar en tu juego —corta en seco—. Has incumplido una norma. Y hay consecuencias.

Ahí está, el momento que lleva deseando durante toda la conversación.

—Déjame adivinar —digo, cruzándome de brazos—. ¿Despido?

—Ojalá —responde sin dudar—. Pero, por desgracia para mí, todavía no puedo.

Silencio.

Y entonces remata:

—A partir de hoy, trabajas en recepción.

Parpadeo. Pensé que me lo había dicho en broma, sinceramente.

—¿Perdona?

—Recepción —repite, disfrutándolo—. Turno completo. Uniforme incluido.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Me estás degradando?

—Te estoy ubicando donde mereces estar —corrige—. Y considérate afortunado de que no vaya a más. Te lo dije el otro día; si no me creíste, no es mi problema. Haberlo pensado antes de meter la pata donde no debes o, mejor dicho, cuando no debes.

Ese comentario me hace gracia; la realidad es que donde me gustaría meterla no puedo, porque Minerva es como el premio de consolación. Ella sería el mejor trofeo, pero, por más que quiera, es algo que no va a pasar.

La observo unos segundos y puedo ver cómo me sostiene la mirada, creyéndose ganadora. Y entonces sonrío, pero esta vez de verdad.

—Esto no quedará así, Judith.

—No esperaba menos —responde—. Ahora, si no tienes nada más que añadir... puedes ir a tu nuevo puesto.

Me giro sin decir nada más, porque si abro la boca probablemente la cosa escale a un nivel que ninguno de los dos podrá controlar.

Y, si dejo actuar a mi mente, ahora mismo la empuja en esa mesa que nos separa.

Pero esto...

Esto me lo va a pagar.

Una hora después estoy en recepción. Aún no me lo creo, y los empleados tampoco.

Uniforme impecable, sonrisa falsa y clientes que no paran de preguntar estupideces como si yo fuera un maldito botones de lujo.

Pero, si algo tengo, es paciencia y, sobre todo... memoria.

Porque Judith ha cometido un error, uno muy grande: ha atacado primero, y eso me da permiso para responder.

A media tarde, cuando el flujo de gente baja un poco, empiezo a hacer lo único que realmente me interesa.

Observar, escuchar, atar cabos... Porque, si algo he aprendido en este negocio, es que la información vale más que el dinero.

Y no tarda en aparecer.

Una conversación.

Dos clientas hablando cerca del mostrador, en voz lo suficientemente baja como para creer que nadie las escucha... pero no lo suficiente.

—... Te digo que la vi —dice una de ellas—. Con un chico. Parecía que se estaban conociendo, pero la escuché decirle algo de que tenía que buscar un marido.

—¿En serio? —responde la otra—. Pues a mí me han dicho que su abuelo le ha puesto condiciones con el casino en la herencia, así que no me extrañaría nada que una de ellas fuera que se casara.

Me quedo quieto, muy quieto, porque, aunque todo eso ya lo sé o lo intuía, me puede servir para algo.

—No sé qué historia hay detrás —continúa—, pero creo que está en una de esas *apps* de citas.

Interesante, muy interesante.

Bajo la mirada para disimular, pero mi cabeza ya está trabajando y trazando un plan para que no se salga con la suya. Este casino tiene que ser mío.

Esa misma noche, mientras reviso discretamente algunos registros —porque sí, incluso en recepción tengo acceso a más de lo que debería—, encuentro lo que buscaba.

La agenda de Judith. En ella hay reservas, mesas, nombres repetidos, fechas y uno en concreto que destaca:

Liam. Además, varias veces; demasiadas para ser casualidad.

Apoyo las manos sobre el mostrador y sonrío despacio.

—Así que este es tu plan... —murmuro para mí mismo—. Casarte rápido con cualquiera que encaje. Y nadie lo sabe... todavía.

Levanto la vista hacia el reflejo del cristal de la entrada, imaginando su cara cuando esto explote.

Porque va a explotar y, cuando lo haga, no solo voy a recuperar mi sitio: voy a arrastrarla conmigo.

—Vaya, vaya, Judith —susurro, apoyándome hacia atrás—. Esta vez juego yo.

Y pienso asegurarme de que pierdas.

14. CITAS Y MÁS CITAS



*H*an pasado dos meses desde que mi abuelo murió y, aunque al principio sentía que todo se me venía encima, como si el peso del casino, del testamento y de las decisiones me aplastara poco a poco, ahora empiezo a notar algo distinto. Una especie de control que antes no tenía, una seguridad que no sé si es real o simplemente una ilusión bien construida, pero que me permite respirar un poco mejor.

Jason lleva un mes entero en recepción y no voy a mentir: cada vez que paso por delante y lo veo con esa sonrisa forzada atendiendo a los clientes y con las ganas de matarme reflejadas en los ojos, siento una satisfacción difícil de describir. Sé que está esperando el momento de devolvérmela, pero esta vez voy por delante.

El casino funciona, los números cuadran, los empleados responden y, por primera vez desde hace mucho tiempo, no siento que todo dependa de un hilo.

El problema no está aquí dentro. Está fuera y tiene nombre: Liam.

Por el momento nos estamos conociendo, nada más. No hemos vuelto a hablar de lo de fingir una boda porque creo que es

demasiado. Hemos decidido seguir viéndonos sin más, aunque está bien saber que, si lo necesito, puedo utilizarlo; eso sí, por un módico precio.

Lo que empezó como una opción fácil, como una solución práctica y casi desesperada, se ha ido convirtiendo en algo más que no sabría definir muy bien.

Hemos tenido varias citas en estas semanas: algunas absurdas, otras sorprendentemente agradables y alguna otra que todavía no sé muy bien cómo clasificar.

Como la noche en la presa Hoover.

No sé en qué momento decidió que eso era un plan romántico, pero allí estábamos, caminando por esa enorme estructura de hormigón, con el viento despeinándome y Liam explicándome datos que yo fingía escuchar mientras intentaba no pensar en lo ridículo de la situación.

—¿Sabías que esto se terminó en 1936? —me dice con entusiasmo.

—No, pero ahora siento que mi vida ha mejorado muchísimo con esa información —respondo con una sonrisa.

Te puedes imaginar cómo fue el resto de la cita. Cuando se lo expliqué a Sam casi se muere de la risa. Ahora, yo me aburrí como una ostra.

Pero no sé por qué, seguí quedando con él, y mira que esa cita fue un tostón, pero algo de él me atrae demasiado.

Luego me llevó a un lugar lleno de recuerdos: el lago Mead.

Ahí sí que tengo que reconocer que se lo curró bastante.

Alquilamos una pequeña lancha y salimos al agua, alejándonos del ruido, del casino, de todo, y por un rato conseguí olvidarme de por qué estaba allí realmente.

El sol empezaba a caer cuando paramos en una zona más tranquila, con el agua completamente en calma reflejando tonos anaranjados y dorados que parecían sacados de una postal.

Me quité las sandalias y metí los pies en el agua, dejando que el frescor me recorriera el cuerpo mientras él apagaba el motor.

—Esto sí que no me lo esperaba —murmuré.

—¿El plan o la compañía? —preguntó, apoyándose en el borde de la barca.

Lo miré de reojo.

—El plan.

Sonrió.

Hubo un silencio cómodo entre nosotros, de esos que no pesan, y por un momento... solo por un momento, todo pareció sencillo; incluso me apeteció besarlo, aunque obviamente no lo hice.

Él acercó ligeramente su mano a la mía, dudando un segundo antes de rozarme los dedos, como si me estuviera dando la opción de apartarme o me estuviera pidiendo permiso para tocarme.

Yo, sin embargo, me quedé quieta, esperando, como si quisiera que ese momento fuera más especial. Y ese pequeño gesto se quedó ahí, suspendido entre lo que podría ser... y no fue.

Porque incluso en ese instante, en aquel lugar tan tranquilo, pensé en Graham.

En todo lo que me habría gustado compartir con él. Porque ese lugar tiene algo especial, guarda demasiados recuerdos y, además, él suele ir allí muchas veces a practicar *wakesurf*. Su imagen invadió mi mente como una sombra que no termina de irse, como una mala costumbre que aparece cuando menos me lo espero, como algo que no quiero pero que tampoco consigo ignorar. No sé si mi mente lo hizo para martirizarme o para hacerme ver que hay más peces en el mar y que darles una oportunidad tampoco está tan mal.

Y, tras ese momento extraño entre nosotros, algo íntimo pero sin traspasar ningún límite, la cosa ha ido mejorando, aunque no todas nuestras citas han sido así de bonitas.

En una de ellas, Liam decidió llevarme a un restaurante de alta cocina donde todo era tan sofisticado que no entendía ni la mitad de la carta y acabé pidiendo algo que resultó ser prácticamente aire con salsa. Lo cual provocó que termináramos riéndonos durante media hora mientras salíamos a buscar una hamburguesa como personas normales.

En otra, intentó enseñarme a jugar al golf.

Spoiler: no tengo ningún talento oculto.

Después de tres intentos fallidos y una bola que casi impacta contra un hombre mayor que pasaba por allí, decidimos que quizá no era nuestro deporte.

Y aun así... sigo quedando con él.

Porque es fácil, porque no me exige, porque encaja conmigo y porque debería ser suficiente.

Graham no opina lo mismo. De hecho, está insoportable.

Sus mensajes no paran de llegarme porque, a pesar de que acepté tener una especie de cita con él, todavía no lo he hecho. Necesitaba cierta distancia, necesitaba poner un límite.

Pero, ni aun con todo eso, puedo avanzar. Porque, aunque con Liam estoy muy bien, Graham siempre aparece en mi mente para joderlo todo. Así que decido presentarme en su trabajo y, por fin, enfrentarme a mis fantasmas.

Nos vemos en el lago donde tantas veces estuvimos de adolescentes. Al llegar, los recuerdos me invaden por completo, como si el tiempo no hubiera pasado, como si no hubiéramos destrozado todo lo que había entre nosotros.

Está apoyado en su moto cuando llego con el *pack* completo: cazadora de cuero, mirada intensa y sonrisa peligrosa.

—Pensaba que nunca ibas a quedar conmigo, pelirroja —dice en cuanto me acerco.

—No es una cita —respondo, seca—. Es una conversación.

Sonríe de medio lado.

—Claro. Aunque ese no era el trato. —Lo dice como si a mí me importara.

Camino unos pasos hacia la orilla, cruzándome de brazos.

—¿Qué quieres, Graham?

—Podría preguntarte lo mismo —responde, acercándose—. Te veo muy ocupada últimamente.

—Tengo un casino que dirigir —replico—. No sé si lo recuerdas.

—Y un novio nuevo, por lo que parece.

Ya ha tenido que decirlo. Si no lo hace, revienta.

—No es asunto tuyo.

—Lo sé. Pero me gusta picarte, pelirroja. —Da un paso hacia delante, acercándose más a mí.

Aprieto la mandíbula.

—Ten cuidado con lo que dices.

—¿Por qué? ¿He dado en el clavo?

—No tienes ni idea de nada —respondo, notando cómo la tensión sube.

—Pues explícame —insiste—. Porque verte con ese tío...

—Se llama Liam —lo corto antes de que pueda terminar de decir lo que sea que vaya a soltar por la boca.

—Me da igual cómo se llame —corta—. No me gusta.

Me quedo en silencio y lo miro fijamente con un toque de desagrado.

—No te tiene que gustar a ti precisamente, me tiene que gustar a mí. Además, no lo conoces de nada como para juzgarlo —lo defiendo.

—Claro que sí —responde sin pensar.

Y ahí es cuando algo cambia.

—No —digo despacio—. No tienes ningún derecho.

Se queda quieto, pero no retrocede.

—Lo tengo —murmura.

—No lo tienes —repito—. Lo perdiste hace años.

Eso sí le duele, lo veo en cómo aprieta la mandíbula.

—Solo fue un beso, Judith. Te juro que no pensé que fueras a sentir nada; nunca me dijiste que sintieras algo por mí, jamás.

Suelto una risa amarga.

—No sabía que tuviera que explicártelo, pensé que era evidente. Además, yo tampoco tenía sentimientos hacia ti en ese sentido hasta ese momento, pero tú después de eso pasaste de mí y me dolió, me dolió muchísimo.

Se queda en silencio un momento mientras noto cómo el aire entre nosotros se vuelve más denso.

—Nunca me diste la oportunidad de explicártelo —añade.

—Nunca lo intentaste de verdad —respondo—. Y ahora es tarde.

Me acerco un paso y lo señalo con el dedo, enfadada.

—Muy tarde. Me sentí utilizada, y nuestra amistad no te daba derecho a ello, Graham.

—No lo es. —Sus ojos se posan en los míos, intentando que me pierda en ellos, pero no soy capaz de sostenerle la mirada porque el dolor vuelve de una manera atroz.

—Sí lo es —afirmo—. Porque yo ya no estoy ahí. He cambiado. Ahora tengo otras prioridades y a alguien que está ahí para mí.

Me observa como si estuviera intentando encontrar algo en mi cara que contradiga mis palabras, como si quisiera entender algo que es imposible.

—¿Estás segura de eso? —pregunta.

Respiro hondo y lo suelto sin pensar demasiado.

—Sí, y si todo va bien... me voy a casar con él.

El silencio que sigue es brutal.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí —respondo, sosteniéndole la mirada—. Es lo que necesito.

—No —niega, dando un paso hacia mí—. Es lo fácil.

—Exacto —asiento—. Ya estoy cansada de lo difícil.

Su mirada se endurece.

—No sientes nada por él.

Y ahí... Ahí dudo un segundo, porque en las ocasiones en las que hemos quedado me he sentido bien, he estado a gusto con él y creo que incluso ambos podríamos enamorarnos. Yo sé que le gusto, pero, en ocasiones, mi mente, cuando estoy con él, va por libre, la muy cabrona. Y siempre me lleva a la misma persona: la que ahora mismo tengo delante y odio profundamente.

—Siento lo necesario —respondo al final.

—Y por mí... —empieza.

Lo corto.

—Por ti no quiero sentir nada. —De nuevo un silencio incómodo se instala entre nosotros—. Quiero olvidarte, Graham.

Eso sí que no se lo esperaba, lo veo, lo siento. Pero no me detengo.

—Y esta vez lo voy a hacer.

Me doy la vuelta antes de que pueda decir nada más. Antes de que yo misma dude, antes de que todo vuelva a complicarse. Porque

si algo tengo claro... es que no puedo permitirme sentir. No ahora, no con él.

Aunque, muy en el fondo, algo me dice que esto está lejos de haber terminado.

15. NECESITO UN RESPIRO

GRAHAM



No sé en qué momento se me fue de las manos. Supongo que fue cuando la escuché decir, con esa calma suya que es peor que cualquier grito, que iba a casarse con otro.

O quizá antes.

Quizá empezó mucho antes y yo he sido demasiado idiota como para darme cuenta.

El caso es que ahora estoy aquí, tirado en el sofá de mi casa, con la mirada fija en el techo y la cabeza dando vueltas como si alguien hubiera decidido meterme en una centrifugadora emocional sin previo aviso.

«Quiero olvidarte, Graham».

Me cago en todo.

Me incorporo de golpe, paso las manos por la cara y resoplo como si así fuera a sacar algo en claro.

Pero no lo saco; al contrario, cada vez que intento dejar la mente en blanco aparece ella: su cara, su voz, su maldita forma de mirarme como si ya no significara nada.

—Esto es ridículo... —murmuro para mí mismo.

Yo no soy así. Nunca lo he sido.

Pero, claro... tampoco había sido nunca el imbécil que deja escapar a la única persona que le importa de verdad.

Mi miedo a perder a quien amo siempre ha estado por encima de todo —ese, y el de comprometerme—, y creo que ahora ambos se han hecho más reales que nunca.

Como sé que quedarme en casa no va a ayudar, hago lo único que se me ocurre: llamar a Trevor.

Error número uno del día.

—¡Hombre! ¡El surfista atormentado! —responde al segundo tono—. Dime que vienes de fiesta, porque estoy con dos rubias que te van a arreglar la vida.

—No estoy para fiestas.

—Eso lo dices ahora —responde—. En media hora estás aquí y se te olvida hasta tu nombre.

—Trevor...

—Que vengas —corta—. Y no me hagas repetirlo.

Cuelga.

Perfecto.

Decido ir porque no tengo nada mejor que hacer que seguir comiéndome la cabeza por Judith, y necesito despejarme.

Cuando llego, confirmo lo que ya sabía: mala idea, una malísima.

Trevor está en una mesa con dos chicas que parecen sacadas de una revista, riéndose, bebiendo y viviendo su mejor momento del día, mientras yo me siento como si me hubieran atropellado por dentro.

—¡Ahí está! —grita al verme—. Chicas, este es Graham, el único tío que conozco capaz de parecer deprimido con esta cara.

—Encantadas —dicen ellas al unísono.

Sonríó en automático, aunque sé que estoy siendo totalmente falso.

Me siento, cojo una copa y doy un trago largo, como si eso fuera a solucionar algo.

Spoiler: no lo hace.

Intento seguir la conversación. De verdad que lo intento, pero cada cosa que dicen, cada risa, cada comentario... me suena lejano, vacío, como si no estuviera ahí del todo.

Y entonces, una de ellas se acerca un poco más.

—¿Siempre eres tan callado? —pregunta con una sonrisa sugerente.

La miro y, durante un segundo... solo un segundo, mi cerebro hace una cosa muy fea. La compara con Judith, y obviamente pierde.

—Hoy sí —respondo, apartándome ligeramente.

Trevor me mira y lo sabe. Somos amigos desde los veinte años y me conoce a la perfección: yo no suelo rechazar a una tía, jamás.

—Vale —dice levantando las manos—. Esto es grave.

—No sabes cuánto.

—¿Es por la pelirroja? —pregunta sin filtro, ignorando a las dos rubias de nuestra mesa.

Aprieto la mandíbula.

—Sí.

—Hostia... —Se recuesta en la silla—. Pues sí que estás jodido.

—Gracias por el apoyo, amigo.

—De nada —responde, tan tranquilo—. ¿Vas a hacer algo o vas a seguir dando pena?

Las chicas nos miran sin dar crédito a la conversación que estamos manteniendo frente a ellas, y juraría que no saben si levantarse de la mesa y dejarnos tirados o esperar a ver qué pasa.

Lo miro y, por primera vez en toda la noche... algo encaja. No puedo quedarme aquí fingiendo que no pasa nada. No puedo seguir evitando esto.

Me levanto.

—¿Adónde vas? —pregunta Trevor.

—A aclararme.

—Eso suena peligroso.

—Lo es.

No paso ni por casa, voy directo a por la moto. Necesito aire, correr por la carretera y silencio.

Arranco y, en cuestión de minutos, dejo atrás la ciudad. Las luces de Las Vegas desaparecen poco a poco en el retrovisor mientras me adentro en la carretera que lleva hacia el cañón Red Rock, un lugar

que siempre me ha servido para desconectar y para ordenar ideas, o al menos intentarlo.

El viento golpea mi cuerpo, el sonido del motor lo invade todo y, durante un rato, dejo de pensar. Solo conduzco, curva tras curva, kilómetro tras kilómetro, hasta que paro.

Me quito el casco y respiro hondo mirando el paisaje rojizo que se extiende frente a mí, iluminado por las últimas luces del día.

Y entonces vuelve todo. Su voz, su mirada, sus duras palabras.

«Me voy a casar con él».

—Y una mierda... —susurro.

No puedo permitirlo. No porque sea un capricho, ni porque no me guste el tío ese.

Sino porque sé que está equivocada, sé que eso no es lo que quiere.

Y porque, por primera vez en mi vida... tengo claro lo que quiero yo.

A ella, joder, a ella.

Me paso la mano por el pelo, soltando una risa sin humor.

—Mira que eres idiota, Graham...

He tenido años para ver lo evidente, y he tenido que verla con otro para darme cuenta de que la quiero. Pero vale, ya está. Ahora me toca hacer lo que sea. Así que saco el móvil y marco el número de mi hermana, porque, aunque sé perfectamente que me va a dar la chapa —cosa que no necesito en este momento—, es la única persona que puede ayudarme.

—¿Otra vez tú? —responde Sam al segundo tono—. ¿Me llamas para que te grite o para pedirme ayuda?

—Para lo segundo.

Silencio.

—Hostia... —Se queda callada al instante, sin saber muy bien qué decir—. Esto sí que no me lo esperaba.

—Sam...

—No, espera, déjame disfrutar este momento —añade—. Mi hermano pidiendo ayuda. Voy a llorar.

—¿Puedes tomártelo en serio por una vez? —escupo furioso.

Ya de por sí me jode pedirle nada, pero esto... sobrepasa mis límites.

—Vale, vale —suspira—. Suelta.

Respiro hondo y lo digo. Lo suelto sin filtros y del tirón:

—Estoy enamorado de ella.

Solo escucho silencio al otro lado de la línea. Necesito que se ría de mí o que me diga una de las suyas, pero que lo haga ya.

—Ya era hora, joder... —dice finalmente, en un tono triunfante.

—Necesito que me ayudes.

—¿A hacer qué?

—A que no se case con ese tío.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Secuestrándola? Porque mira que me gusta la idea, pero igual es ilegal.

—No —respondo, negando con la cabeza, aunque no me vea—. Quiero que se dé cuenta.

—¿De qué?

—De que siente algo por mí.

—Eso ya lo sabe.

—Pues de que no puede ignorarlo.

Sam se queda callada unos segundos.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Qué estás dispuesto a hacer?

Miro al horizonte, a la carretera, a todo lo que he evitado durante años.

—Todo.

Ahora sí sonrío, lo noto.

—Vale —dice—. Entonces vamos a liarla.

—Sam...

—Pero te aviso —añade—. Como la cagues otra vez, no te vuelvo a ayudar en tu vida.

—No la voy a cagar.

—Más te vale.

Cuelga.

Y, por primera vez desde que empezó todo esto, siento que tengo un plan y una aliada, que puede ser insufrible y que seguramente su plan sea complicado, pero, si sale bien, puede cambiarlo todo.

No va a ser coser y cantar, por supuesto, y deberé tener paciencia, pero confío en que mi hermana le haga entender que ese tal Liam no es la persona adecuada para ella.

Arranco la moto de nuevo y, mientras vuelvo hacia la ciudad, solo hay una cosa clara en mi cabeza.

Judith Alister no se va a casar con otro.

No mientras yo pueda detenerla.

16. CUANDO TODO PARECÍA PERFECTO



*H*a pasado otro mes más desde que todo esto empezó y, aunque, si me paro a pensarlo, mi vida sigue siendo un absoluto caos, lo cierto es que he conseguido algo que hace apenas unas semanas parecía imposible: mantener a Jason a raya sin que el casino se convierta en un campo de batalla constante. Lo cual, teniendo en cuenta su ego y su tendencia a creerse por encima de cualquier norma, es casi un milagro.

Me temo que algo trama, pero ahora no puedo preocuparme por eso. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

Porque, mientras el tiempo va pasando, Liam sigue ahí. Y cada vez más.

Siento que entre nosotros todo fluye tanto que hasta se me olvida por qué empezó todo esto.

Nuestras citas son cada vez más interesantes y desastrosas al mismo tiempo.

Como el otro día, cuando decidió que era buena idea enseñarme a cocinar. Y no sabía que no lo es.

—No puede ser tan difícil —dije, mirando la receta como si fuera un contrato legal.

—Confía en mí —respondió él, con esa calma suya—. Solo sigue los pasos.

Diez minutos después, la cocina parecía un campo de batalla: había harina en sitios donde no debería existir y yo estaba intentando no quemar algo que ya estaba claramente más allá de la salvación.

—¿Eso está... negro? —preguntó Liam asomándose.

—Está... intenso —lo corregí.

Él en ese momento se rio con naturalidad.

—Judith, cariño, eso está muerto.

Y es en ese comentario donde me perdí; en ese apelativo cariñoso que me encantó.

—No dramatices —dije, quitándole importancia.

El humo empezó a salir por todas partes.

—Vale, abre la ventana —dijo riendo.

—No hace falta, esto es parte del proceso.

—Sí, el proceso de incendiar mi casa.

Al final terminamos pidiendo comida, sentados en el suelo, riéndonos como dos idiotas mientras observábamos el desastre.

Y en ese momento, sin pretensiones, sin presión... nos besamos. Y, aunque no fue el mejor beso de mi vida, fue uno natural, cómodo y sencillo.

Otro día, en cambio, decidió llevarme a montar en bici por una ruta que, según él, era «muy fácil».

Spoiler: Mentira absoluta.

—¿Seguro que esto era fácil? —dije mientras intentaba no morir en una subida kilométrica.

—Lo es —respondió, pedaleando como si nada.

—Te odio.

—No es verdad.

—En este momento sí.

Ambos nos miramos y nos reímos de forma cómplice. Si te soy sincera, estos momentos me encantan.

Acabé bajándome de la bici y caminando con ella al lado mientras él se reía sin parar.

—Esto no estaba en el contrato —murmuré.

—No hay contrato, y lo sabes —respondió riendo.

No, no lo hay. Y en el fondo me alegro porque estoy conociendo a un chico sin la presión de un papel, y eso me gusta.

Otra cita algo agitada fue la otra tarde, en la que decidimos ir a montar a caballo a las afueras; una idea suya que en teoría sonaba romántica pero que en la práctica terminó siendo un desastre absoluto, cuando mi caballo decidió que yo no era una jinete digna y empezó a desobedecer absolutamente todas mis indicaciones mientras Liam, en lugar de ayudar, se reía sin ningún tipo de compasión.

—Te juro que esto no es lo que yo tenía pensado —me decía entre risas mientras yo intentaba no caerme—. Si quieres paramos...

—No —le respondí, apretando los dientes—. Como pare, me bajo y no vuelvo a subirme en mi vida.

—Eso sí que no. Esto hay que superarlo juntos, para eso son los matrimonios, ¿no?

Y lo dijo tan natural que, por un segundo, me quedé mirándolo sin saber si hablaba en broma o no.

Porque ese es el problema con Liam: a veces no sé dónde termina el juego y dónde empieza lo real. Es bromista, divertido, y con él nunca me puedo enfadar porque su risa es contagiosa y de todo hace un chiste.

Tras aquel comentario, seguí como si nada, sin darle importancia, y conseguí salir indemne de la experiencia.

Ese comentario se quedó ahí, hasta hace dos noches.

Fuimos a cenar a un sitio tranquilo: sin dramas, sin camareros torpes, sin amigas escondidas vigilando desde la distancia. Acabamos riéndonos por tonterías, compartiendo postre y hablando de cosas que no tenían nada que ver con contratos ni con plazos; hasta que, en un momento dado, casi sin darme cuenta, nos cogimos de la mano como cualquier pareja y ya no nos soltamos.

No fue nada exagerado, ni un momento de película, pero fue... algo.

Y eso es precisamente lo que me está descolocando, porque empieza a ser fácil imaginarme con él.

—Creo que deberíamos ir pensando en fechas —me soltó a la vuelta del restaurante, apoyado en la barra de mi cocina como si nada, como si estuviera hablando del tiempo—. Si de verdad vamos en serio con esto, organizar una boda lleva su tiempo.

Y ahí está: esa frase. La que lo cambia todo.

—¿Fechas? —repetí, apoyándome en la encimera con los brazos cruzados—. ¿Así, sin más?

—Bueno, llevamos tiempo viéndonos, nos conocemos mejor que al principio y, siendo sinceros, no tenemos exactamente margen para improvisar, ¿no? —respondió con esa calma suya que a veces me tranquiliza y otras me desespera—. Además, no lo veo como algo forzado... Lo veo lógico. Yo te gusto, tú me gustas... y creo que ese sentimiento va a más. ¿Por qué no formalizarlo?

Lógico, claro. Todo esto es «lógico».

Y lo peor es que una parte de mí... está de acuerdo.

Así que el resto de la noche hacemos planes, soñamos despiertos, y por primera vez nos dejamos llevar.

Hoy he hablado con Sam y su reacción no es precisamente la que esperaba.

—¿Te vas a casar con Liam? —dice, mirándome como si acabara de perder completamente la cabeza—. ¿Pero tú te estás escuchando?

—Sí, perfectamente —respondo, con más seguridad de la que siento—, y no es ninguna locura. Nos llevamos bien, hay química, ya no es un desconocido. Con él estoy genial y me da mucha paz, llevamos un tiempo juntos, todo fluye y es lo mejor.

—Judith —me corta, levantando la mano—, esto empezó como un plan desesperado, como una salida fácil, no como una historia de amor.

—¿Y quién dice que no pueda convertirse en una? —replico, notando cómo algo dentro de mí se pone a la defensiva.

Sam me mira en silencio durante unos segundos que se me hacen eternos.

—Tú no estás enamorada de él.

¿Cómo? Ahí está. La frase que no quiero escuchar.

—No todo en esta vida tiene que ser amor —respondo, encogiéndome de hombros—. A veces con estar bien es suficiente, el amor ya llegará.

—No, Judith —dice, más seria—, eso lo dices porque te da miedo reconocer lo que sí sientes.

Aprieto la mandíbula porque sé por dónde va y no pienso entrar ahí.

—Mira, me da igual lo que pienses —añado, apartando la mirada—. Con Liam tengo algo especial. No va a haber ningún acuerdo raro, ni contratos, ni historias... Si me caso con él será porque quiero; además, tenemos una relación real y sólida y me gusta.

Sam no responde de inmediato y ese silencio... pesa.

—Ojalá fuera tan sencillo como quieres hacerlo ver —murmura al final.

No contesto porque, si sigo hablando, sé que la conversación va a un lugar al que no quiero ir.

A ese nombre que ambas estamos evitando, a ese problema que no tiene nada que ver con Liam.

O quizá sí.

Cuando llego a casa, intento no darle más vueltas. Intento centrarme en lo que sí funciona, en lo que sí es real, en lo que puedo controlar... Pero justo cuando estoy a punto de dejar el bolso sobre la mesa, veo algo que no estaba ahí cuando me fui.

Un sobre blanco sin remitente. El corazón se me acelera sin que pueda evitarlo.

Lo cojo, lo abro y dentro solo hay una nota.

Pocas palabras y demasiado claras.

«Sabes que ese matrimonio es una farsa. Y yo también.

Si no quieres que todo el mundo lo descubra... ya sabes lo que tienes que hacer».

El aire se me queda atrapado en los pulmones.

Porque no hace falta ser muy lista para saber quién está detrás de esto.

Podría decirte que ha sido Graham de nuevo, pero esa no era su letra; era la de Jason.

Y, si algo tengo claro... es que, cuando él mueve ficha, nunca lo hace sin tener un plan.

Y esta vez, sea lo que sea que esté preparando, no me va a gustar. Pero yo pienso mantenerme en mi sitio, porque no estoy dispuesta a perder.

17. EL ÚLTIMO RÍE MEJOR

JASON



No hay nada peor que ver cómo alguien se te escapa de las manos mientras sonríe como si todo le estuviera saliendo bien.

Y eso es exactamente lo que me pasa cada vez que veo a Judith últimamente.

Porque sí, la tengo controlada; en este casino todo pasa por mis ojos, aunque ahora tenga que fingir que soy un puto recepcionista ejemplar. Pero eso no cambia el hecho de que la veo... y cada vez me gusta menos lo que veo.

Hoy ha entrado con Liam y no, no es solo que hayan venido juntos; es cómo han entrado, cómo se ha detenido un segundo antes de cruzar la puerta, cómo él ha puesto la mano en su espalda de forma natural, cómo ella no se ha apartado, cómo han intercambiado una sonrisa de esas que no se fingen tan fácil.

Eso es lo que me jode, porque esto se le está yendo de las manos y a mí también.

Se está saliendo con la suya y esto no me gusta. Sé de sobra que están fingiendo, o eso creo, pero la cabrona lo está haciendo muy bien y tengo que pensar en algo para joderle los planes, porque los inversores esperan un tiempo, pero ese tiempo no será eterno.

Finjo que estoy revisando unas reservas mientras ellos pasan por delante de recepción, pero en realidad no pierdo ni un solo detalle, porque necesito entender qué está pasando aquí, en qué punto está este juego y, sobre todo, cuánto me queda antes de que ella dé el paso definitivo.

—Buenas tardes —dice Judith, con esa voz suya que ahora suena... distinta.

Más relajada, más segura, como si todo estuviera bajo control; en resumen, más feliz.

—Señorita Alister —respondo, marcando cada palabra, obligándome a mantener la compostura mientras él me mira de arriba abajo como si intentara ubicarme.

—Jason —añade ella, girándose apenas un segundo hacia mí—, asegúrate de que la reserva de esta noche esté lista.

—Siempre lo está —contesto sin apartar la vista de Liam.

Él sonríe.

Y no sé por qué, pero esa sonrisa me da ganas de romperle la cara.

—Encantado —dice, tendiéndome la mano—. Soy Liam, el novio de Judith.

La miro, luego a él, a su mano, y luego vuelvo a ella.

—Lo mismo digo —respondo sin estrechársela, lo justo para que entienda que no estamos en igualdad de condiciones.

Judith rueda los ojos y se van; eso sí, cogiditos de la mano, no se vaya a perder por el casino.

Aprieto tanto la mandíbula que noto cómo me crujen los dientes. Porque ella da por sentado que ha ganado, pero no, todavía me quedan cartas por jugar.



—¿Puede repetir su nombre? —pregunto por quinta vez en menos de dos minutos, intentando no perder la poca paciencia que me queda.

—Es Svetlana... con «v» —responde la mujer con un acento imposible mientras me mira como si yo fuera idiota.

—Ya... lo ha dicho antes —murmuro mientras tecleo, aunque el sistema decide justo ahora bloquearse, porque, claro, mi vida no puede ser miserable a medias, tiene que ser completa.

—¿Hay algún problema? —añade, cruzándose de brazos.

Sí. Tú, este puesto, mi vida. Pero no digo nada y mantengo mi sonrisa falsa.

Porque ahora soy un puto recepcionista ejemplar.

—Ninguno —respondo—, solo un pequeño retraso.

—Pues yo no tengo tiempo para retrasos —replica—. Tengo una reserva *vip*.

Claro que la tienes, todos la tienen.

—Y yo tengo una cola de gente detrás. —Señalo con la cabeza sin perder la sonrisa—. Así que, si me deja trabajar...

La mujer resopla, pero se calla.

Cuando por fin consigo terminar el *check-in*, levanto la vista y me encuentro con otra escena que no necesito ver.

Minerva, apoyada en la barra del bar, riendo, pero no conmigo.

Está con un cliente. Y lo peor no es eso; lo peor es que, cuando se cruza conmigo, ni siquiera se detiene. Ni una mirada, ni una sonrisa, nada.

Como si no hubiera estado hace unas semanas enredada entre mis sábanas, como si no le hubiera dado el mejor orgasmo de su vida, como si yo ahora no fuera nadie.

—Vaya... —murmuro para mí mismo—, cómo cambia el cuento.

Aprovecho un momento en el que no hay nadie en recepción para acercarme, porque si algo no llevo bien es que me ignoren.

—¿Ya no saludas? —le digo, apoyándome en su mesa de juego.

Minerva gira la cabeza despacio, me mira de arriba abajo y sonríe, pero no a mí.

—Hola, Jason —responde sin más, volviendo su atención al cliente.

—¿Eso es todo? —insisto—. Esperaba algo más después de lo nuestro.

Se encoge de hombros.

—Lo nuestro era divertido... cuando eras divertido —dice sin cortarse un pelo.

Aprieto la lengua contra el paladar.

—Sigo siéndolo.

—No —niega suavemente—. Ahora eres recepcionista.

—Ten cuidado —añado, bajando la voz—. No sabes lo rápido que pueden cambiar las cosas.

Ella se inclina un poco hacia mí, lo justo para que su perfume me golpee de lleno.

—Lo sé perfectamente —susurra—. Por eso elijo bien con quién perder el tiempo.

Se aparta como si la sola idea de estar cerca de mí la quemara y se va.

Y yo me quedo ahí, con una sonrisa que no siento y unas ganas de arrasar con todo que apenas consigo contener.

Perfecto, todo perfecto.

Soy incapaz de dormir, porque cuando todo se te empieza a desmoronar delante de las narices, solo tienes dos opciones: o te quedas quieto viendo cómo cae todo, o decides empujar tú primero. Y yo nunca he sido de quedarme quieto.

Así que hago lo que mejor sé hacer.

Pensar, atar cabos y actuar.

Porque hay algo que Judith está olvidando, y es que yo la conozco muy bien, mejor de lo que cree. Sé cómo funciona, lo que le asusta, y sé perfectamente que todo esto del matrimonio... no es real.

Por mucho que quiera convencerse de lo contrario y por mucho que se aferre a ese actor de segunda, no va a conseguir su propósito.

Si hay algo que se me da bien es desenmascarar a la gente; no me cuesta demasiado conseguir lo que necesito.

Un par de conversaciones, un par de favores, un poco de paciencia, y ya tengo suficiente para hacerle daño.

No para destruirla, todavía no.

Pero sí para recordarle que este juego no lo está jugando sola.

Escribo la nota despacio, saboreando cada palabra, porque sé que no hace falta decir mucho cuando sabes dónde atacar.

«Sabes que ese matrimonio es una farsa. Y yo también.

Si no quieres que todo el mundo lo descubra... ya sabes lo que tienes que hacer».

La dejo en su casa, sin cámaras y sin testigos. Porque no me resulta difícil colarme. Siempre tiene una copia de la llave en el casino.

Y mientras me alejo, no puedo evitar sonreír, porque por fin siento que vuelvo a tener el control.

Y porque sé que, cuando Judith lea esto... va a entender que esto no ha terminado, ni de lejos. Y que, si quiere ganar... va a tener que ensuciarse mucho más de lo que está dispuesta a admitir.

18. EL PASADO ME PERSIGUE



No sé en qué momento todo se ha vuelto tan... personal. Supongo que fue en el instante en el que leí la nota y sentí cómo algo dentro de mí se tensaba; no por miedo — porque Jason no me da miedo—, sino por esa certeza incómoda de que esto ya no va solo de un casino, ni de un testamento, ni siquiera de un matrimonio de conveniencia que, poco a poco, ha dejado de serlo para convertirse en algo más complicado.

Va de orgullo, de poder y de quién cede primero.

Por eso, cuando he entrado en el casino esta mañana y lo he visto en recepción, con esa sonrisa falsa, atendiendo a un cliente como si fuera el mejor empleado del mes, no me lo he pensado dos veces.

—A mi despacho. Ahora.

No alzo la voz, no hace falta. Jason levanta la vista y, durante un segundo, veo en sus ojos justo lo que esperaba: satisfacción.

Sabe que ha dado en el clavo; lo que no se espera es que la jugada no le ha salido tan bien como cree.

—¿Te has vuelto completamente loco? —Cierro la puerta de un golpe seco en cuanto entra—. ¿Qué cojones te crees que estás haciendo?

Jason ni siquiera se inmuta.

Se pasea por el despacho como si le perteneciera, como si nada hubiera cambiado.

Como si yo no fuera quien manda ahora.

—Buenos días para ti también —responde, con una calma que solo consigue que me hierva más la sangre.

—No juegues conmigo. —Le lanzo la nota sobre la mesa—. ¿Te suena esto?

La mira, sonrío y no niega nada; ni siquiera lo intenta.

—Veo que te ha llegado —dice, apoyándose en el borde de la mesa—. Pensé que igual necesitabas un pequeño recordatorio.

Aprieto los puños.

—No tienes nada —replico—. Y, aunque lo tuvieras, no te serviría.

—¿Estás segura? —Inclina ligeramente la cabeza—. Porque desde fuera lo que parece es que estás montando una pantomima preciosa con ese actor tuyo.

—No es ninguna pantomima —corto, dando un paso hacia él—. Y te aseguro que lo último que voy a hacer es dejar que me chantajeen.

Jason suelta una pequeña risa.

—Siempre tan orgullosa —murmura—. Pero dime una cosa, Judith... ¿De verdad crees que esto es real? ¿Que ese tío está contigo por algo más que por lo que puede sacar?

—Está conmigo porque quiere —respondo sin dudar, aunque algo dentro de mí se remueve—. Y eso es más de lo que puedes decir tú de nadie.

Su mirada se endurece un segundo.

Punto para mí.

—No te equivoques —añade, acercándose lo justo para invadir mi espacio—. A mí no me interesa con quién te acuestes... me interesa el casino. Y si para quedármelo tengo que destrozar esa farsa tuya delante de todo el mundo... lo haré.

Le sostengo la mirada, sin apartarme, sin ceder.

—Inténtalo —susurro—. Pero como des un paso más, te juro que no solo no seguirás en recepción... es que no vuelves a pisar este sitio en tu vida.

En ese momento ambos nos retamos con la mirada. Hay un silencio algo tenso entre nosotros, incluso peligroso; pero entonces sonrío.

Aunque no como antes.

—Esto se está poniendo interesante —dice finalmente, apartándose—. Ten cuidado, Judith... No todos los juegos se ganan siendo la buena.

—Y no todos se ganan siendo un cabrón —respondo.

Salgo del despacho sin añadir nada más, pero sé que esto... no ha terminado.

Lo peor de todo es que, después de eso, debería centrarme, pero en lugar de hacerlo... quedo con Liam. Siento que es lo que necesito en este momento.

Y lo hago porque, de alguna forma que no logro entender, estar con él me da una sensación de normalidad que necesito más de lo que me gustaría admitir.

El problema es que esa «normalidad» empieza a tener matices que no me gustan.

—Pensé que te gustaría este sitio —dice cuando llegamos.

Me ha traído a pasar el fin de semana a la playa en California, con tablas de surf apoyadas en la arena, gente riendo bajo el sol, y el recuerdo de Graham se instala de golpe en mi cerebro.

Perfecto. Justo lo que necesitaba: recuerdos.

—Es... bonito —respondo, quitándome las gafas de sol mientras observo el agua.

Pero, en realidad, no estoy viendo eso; estoy viendo otra cosa, otro momento, a otra persona.

—Podemos probar si quieres —añade Liam con una sonrisa—. Siempre he querido aprender.

Cierro los ojos un segundo.

Respiro.

—No —respondo demasiado rápido—. Prefiero quedarme aquí.

Él frunce ligeramente el ceño, pero no insiste, y lo agradezco. Lo que no evita que algo dentro de mí se tense, porque esto empieza a ser demasiado evidente.

Y desde ese momento todo se repite, nuestras citas dejan de ser nuestras, porque todo me recuerda a él. Un paseo en moto, una carretera larga, el viento... otra vez lo mismo.

—¿Desde cuándo te gustan las motos? —le pregunto, cruzándome de brazos, porque llevamos juntos ya tres meses y en ningún momento las ha mencionado.

—No es que me gusten especialmente —responde, encogiéndose de hombros—, pero pensé que...

Se queda a medias y, en ese silencio... lo entiendo todo.

—¿Que me gustaría a mí? —termino por él.

Asiente.

Y ahí es cuando todo encaja demasiado bien.

—¿Quién te está dando estas ideas, Liam? —pregunto, entornando los ojos.

—Nadie —responde demasiado rápido.

Me río, pero sin humor.

—No me mientas —insisto.

—Ha sido Sam. Solo quería sorprenderte y pensé que, como ella te conoce tan bien, me podría ayudar —dice al final.

—Claro. Cómo no.

No quiero decirle nada, porque él lo ha hecho con buena intención, pero ella... ella se va a enterar.

En cuanto volvemos y me deja en la puerta del casino, la llamo para que venga, porque esto no se puede quedar así. Y cuando entra por la puerta de mi despacho, el demonio que vive dentro de mí sale a la luz.

—¿Tú eres gilipollas o te lo haces? —le suelto enfadada.

Sam se queda mirándome, sorprendida.

—Vale, hola a ti también —responde—. ¿Qué he hecho ahora?

—¿En serio? —Me cruzo de brazos—. ¿De verdad no te parece suficiente estar organizando mi vida como si fuera un puto tablero de ajedrez?

—Solo intento ayudarte —se defiende.

—No, Sam —la corto—. Estás intentando manipularlo todo para que encaje en lo que tú quieres.

Su expresión cambia.

—¿Perdona?

—Las citas, los planes, los sitios... todo —añado—. ¿También le vas a decir cuándo tiene que besarme o eso lo dejas a su criterio?

—No te pases —dice, ahora más seria—. Si le digo que te lleve a esos sitios es porque sé lo que te gusta.

—No —niego con la cabeza—. Le dices que me lleve a esos sitios porque sabes que me recuerdan a él.

Y ahí está. Se queda callada, sin saber qué decir, pero no lo niega. No puede, la he pillado.

—Alguien tiene que hacerte ver las cosas —murmura.

Y su sinceridad me abruma.

—No necesito que nadie me haga ver nada —respondo, notando cómo me arde el pecho—. Y mucho menos tú.

—Pues alguien tendrá que hacerlo, porque estás planeando casarte con un tío mientras sigues pensando en otro —dispara sin filtro, y su comentario me duele más de lo que debería.

—No tienes ni idea de lo que siento —digo en voz baja.

—Más de la que te gustaría —responde.

La miro durante unos segundos, porque me repatea que se meta en mi mente y en mi corazón.

—Deja de meterte —añado finalmente—. Porque, como sigas así... lo vas a joder todo.

Se marcha de mi despacho seria. No está enfadada, pero no se va sin antes decirme que escuche a mi corazón. Sin embargo, yo me empeño en ignorarla, porque creo que estoy haciendo lo correcto.

Cuando me meto en la cama, lo tengo claro: Jason quiere guerra, Sam cree que sabe lo que necesito, y Liam... empieza a ser una mezcla de todo lo que no sé si quiero.

Y, en medio de todo eso... estoy yo, intentando no pensar en la única persona que no debería importarme, pero que, de alguna forma, sigue estando en absolutamente todo.

19. LAS TRAMPAS SON LO MÍO

JASON



Hay algo que la gente no termina de entender nunca y es que no gana el más fuerte ni el más listo: gana el que está dispuesto a cruzar la línea que los demás ni siquiera se atreven a mirar. Y yo hace tiempo que dejé de tener problemas con eso.

Porque, mientras Judith juega a ser la heredera perfecta, mientras se convence de que tiene todo bajo control y de que ese actor de medio pelo es una solución válida... yo estoy viendo el tablero completo.

Y ese tablero tiene una pieza que sobra. Y esa pieza tiene nombre propio: Liam.

Así de simple.

No es nada personal... bueno, quizá un poco sí, porque mientras él esté, Judith no va a ceder. Y si ella no cede, yo no gano, y eso no me gusta porque yo no pierdo jamás.

Es por eso por lo que he decidido sacarlo del juego. Con él por aquí mis planes nunca se llevarán a cabo, y para colmo ella se ha enganchado a él como una lapa. Por cómo me ha hablado, creo que su relación ya no es solo un simple acuerdo para salvar el casino...

Qué va. Van más en serio de lo que yo estoy dispuesto a aceptar y algo tengo que hacer.

Lláname cabrón si quieres, estás en tu derecho, pero Judith me ha quitado mucho últimamente, empezando por mi polvo fácil, mi puesto de relevancia en este lugar, y ahora quiere arrebatarme la oportunidad de hacer una gran suma de dinero con la que jubilarme de por vida. Porque, entre tú y yo, vender este casino me va a aportar unos ingresos cuantiosos; y sé que, a pesar de que eso implique dejar en la calle a una multitud de trabajadores, no me importa lo más mínimo.

Hacer trampas es lo mío, por lo que decido mover ficha cuanto antes.

No me cuesta demasiado averiguar lo que necesito. Tengo muchos contactos, así que rápidamente descubro que Liam tiene alguna que otra deuda y que actualmente es un actor en paro; por lo que aprovecho para hacer unas cuantas llamadas y así quitármelo de en medio cuanto antes.

Un actor no deja de ser alguien que vive de aparentar, de vender una imagen, de moverse entre *castings*, contactos, promesas y favores. Y eso, en el fondo, es un terreno que conozco bastante bien. Así que, una vez que hablo con mi amigo Frank, lo dejo todo más que listo para que le ofrezca a Liam la mejor oferta de su vida.

—¿Seguro que quieres esto? —me pregunta al otro lado del teléfono.

Miro hacia la puerta del despacho que ya no es mío pero que volverá a serlo.

—Completamente —respondo sin dudar—. Solo necesito que le llegue la oferta... y que entienda que no va a tener otra igual.

—Es en Los Ángeles.

—Mejor.

Sonríó para mis adentros.

—¿Y la chica? —pregunta Frank, que se está convirtiendo en un gran aliado.

—De la chica me encargo yo.

No te lo he dicho, pero ese es el as que guardo bajo la manga, el que hará que Judith rompa con Liam y yo me quite ese problema de

encima de una vez por todas.

No hace falta mucho más. Con el acuerdo cerrado, todo va sobre ruedas.

A Liam le llega una oportunidad, que obviamente no rechaza, porque es un proyecto grande que le va a ayudar a ganar fama, dinero, y le augura un futuro brillante, aunque sea lejos. Y obviamente acepta, porque no se puede rechazar una oferta como esa.

El siguiente paso... es Judith.

Porque quitar una pieza no sirve de nada si no sabes recolocar el resto, y aquí es donde empieza lo interesante.

Intento ignorarla todo lo que puedo, porque lo que más me interesa es que sea ella la que venga a mí; y ya he dejado las miguitas para que eso ocurra.

Tras la marcha de Liam, pasan dos días en los que la veo agitada, nerviosa, frustrada... y yo la observo en silencio, esperando.

Dos días. Dos putos días.

Eso es lo que tarda en presentarse en recepción con esa mirada que conozco demasiado bien.

—¿Sabes algo de Liam? —me suelta sin rodeos.

—¿Yo? —respondo con calma, levantando la vista poco a poco—. ¿Qué se supone que tengo que saber?

—No me toques los cojones, Jason —dice, apoyando las manos sobre el mostrador—. Ha desaparecido, no responde a mis mensajes, no coge el teléfono... y esto huele a ti.

La observo unos segundos.

—Vaya... —murmuro—. Qué feo eso de desaparecer sin dar explicaciones. Pero a mí no me culpes, porque no soy tan retorcido como para secuestrar a alguien... ¿O sí?

No lo había pensado, pero esa idea no me desagrada del todo.

—Jason, no me toques lo que no suena... Sabes algo que no me cuentas, porque nos has estado espiando estos tres meses que llevamos juntos, así que habla o...

La corto sin dejarla terminar.

—¿O qué? Mira, Judith, quizá ha huido al replantearse todo lo que implica estar contigo, no me culpes a mí de tu mierda de vida.

No es a mí a quien le han puesto condiciones...

Ella me mira con cara de odio. Y es que las verdades duelen.

—No te equivoques, porque tienes un pie medio fuera de este casino, así que por tu bien espero que esto no sea obra tuya.

La veo marcharse, furiosa.

Ah, no te lo he contado, pero Liam ha perdido su móvil sin darse cuenta —o alguien se lo ha quitado— antes de poder contarle nada. Y claro... su avión salía ya, por lo que no ha podido decirle nada a Judith. Aunque, por supuesto, no voy a ser yo quien se lo diga.

—¿Qué has hecho? —me pregunta María al ver a Judith irse hecha un basilisco.

—Yo nada, en todo caso ha sido él —respondo.

—No te creo.

—No tienes por qué. —Me encojo de hombros—. Pero quizá deberías enseñarle esto a tu amiga; yo he preferido no hacerlo. Bastante enfadada está ya.

Y es ahí donde le mando a mi prima una foto de Liam en el aeropuerto muy bien acompañado por otra mujer en actitud cercana, muy cómodos; algo que podría interpretarse de muchas formas, pero que espero que la haga dudar, y mucho.

—Parece que no ha perdido el tiempo —añado.

María se va corriendo a enseñársela a Judith, y, sin haber planeado esto, creo que va a salir mucho mejor de lo que esperaba.

Al rato la veo venir de lejos con los ojos entrecerrados, mucho más furiosa que antes.

—Eso no demuestra nada —dice, mostrándome la foto que obviamente le ha enviado María.

—Claro —asiento—. Será casualidad. Igual también es casualidad que haya dejado de contestarte justo ahora.

—Eres un hijo de puta —susurra, y casi podría asegurar que está algo más rota que cuando ha venido.

—Pero tengo razón.

Levanta la vista y se vuelve a marchar furiosa, dolida. Pero yo me siento triunfador, porque el único que podía arrebatarme el casino ya está fuera de juego.

El día ha pasado sin pena ni gloria, con los clientes típicos de cada día, las salas llenas a rebosar, y no he vuelto a ver a Judith desde que se ha topado con la realidad. Pero ahora es cuando tengo que hacer mi jugada maestra, porque está rota y siento que es el momento perfecto. Así que subo a su despacho —uno que espero que sea mío en breve— para ofrecerle una salida que nos beneficie a ambos. Porque, pensándolo fríamente, esta guerra no va a terminar nunca, y si consigo mi propósito, luego solo tendré que pensar cómo me deshago de ella.

—¿Qué quieres ahora? —escupe, sin mirarme directamente.

Me apoyo en la mesa, la observo y tanteo el terreno.

—Una solución.

Se ríe, pero sin humor.

—No quiero nada de ti.

—Eso dices ahora —respondo—. Pero la realidad es otra.

—La realidad es que has manipulado todo esto —escupe—. Y no voy a caer.

—No has caído —niego—. Te han dejado.

Eso le duele. Puedo verlo en sus ojos, pero no me arrepiento de nada.

—Cállate.

—Escúchame —añado, bajando la voz—, porque esto es lo único que te interesa de verdad. Tienes un problema —continúo—. El tiempo sigue corriendo. Tu plan perfecto se ha ido por la puerta de embarque... y te quedan opciones limitadas.

Aprieta los puños, pero no me ha echado del despacho, por lo que quiere escuchar lo que vengo a decir.

—¿Y tú eres una de ellas? —dice con desprecio.

Sonrío.

—La mejor.

Se hace un silencio tenso, cargado.

—Ni de coña.

—Piénsalo —insisto, acercándome un paso—. Tú necesitas casarte. Yo necesito el casino. ¿De verdad no ves lo evidente?

Niega con la cabeza.

—Prefiero perderlo todo antes que casarme contigo.

Inclino ligeramente la cabeza.

—No —digo despacio—. Prefieres ganar... aunque para ello tengas que fingir una relación.

Sus ojos se clavan en los míos.

—Nos casamos —añado—. Compartimos el control. Mitad y mitad. Tú mantienes el legado de tu abuelo... y yo me aseguro de que esto funcione como debe. Y, si dices que no... —continúo, dejando que las palabras caigan con calma—, solo tendré que contarle al mundo entero cómo la gran Judith Alister intentó colar un matrimonio falso para quedarse con el casino.

La tensión se puede cortar.

—Nadie te creerá, porque, aunque en un principio fuera así, las cosas han cambiado y me cuesta creer que Liam se haya ido así sin más. Él me quiere de verdad.

Sonrío.

—Pruébame. Te aseguro que nadie le ha puesto una pistola en el pecho para dejarte. Así que no creo que a él le importaras tanto como te ha hecho creer.

Dejo pasar un segundo, dos, tres. Y entonces doy el último paso.

—Cásate conmigo, Judith. —La miro sin apartar la vista—. Y ganamos los dos.

Ambos nos quedamos en silencio y decido dejarla en el despacho mientras yo me voy a celebrarlo. Porque sé que aceptará; no tiene más opciones.

20. MALDITO TRAMPOSO



No pienso casarme con Jason. Eso es lo único que tengo claro en medio de todo este desastre. Ni aunque fuera el último hombre en la Tierra, ni aunque pierda el casino, porque hay líneas que no estoy dispuesta a cruzar.

Y esa... es una de ellas.

Salgo del despacho con el pulso desbocado y la sensación de que todo se tambalea bajo mis pies; pero en cuanto piso el pasillo, vuelvo a recomponerme. Si algo he aprendido en este tiempo es que aquí dentro no puedes permitirte dudar ni un segundo, no puedes mostrar debilidad, no puedes dejar que nadie vea que por dentro te estás rompiendo un poco más cada vez. Eso lo aprendí de mi abuelo; era algo que me decía constantemente.

Pero en cuanto salgo del casino, todo eso se va a la mierda. Lloro descontrolada mientras me dirijo a casa de Sam.

Mientras conduzco por la carretera la vista se me nubla entre las lágrimas y no dejo de darle vueltas a mi vida y al porqué coño todo tiene que ser tan complicado. Mira que era sencillo: dejarme el casino sin condiciones, solo por amor. ¿Quería que formara una familia? Pues esta no es la mejor forma, abuelo.

Joder, casi me estampo contra el quitamiedos de la carretera. Tengo que centrarme y no lo consigo, porque siento que Jason está consiguiendo lo que quería —que yo me hunda— y no puedo permitírmelo.

No tardo en llegar a casa de Sam y, cuando me abre, me desahogo como no lo he hecho en mucho tiempo, porque ella será como sea, una puta loca insufrible y metomentodo, pero es mi mejor amiga y mi paño de lágrimas particular.

—Dime que esto no me está pasando —le suelto, con los ojos rojos, nada más abrir la puerta, sin saludar, sin respirar casi—. Dime que todo esto es una maldita broma.

Ella me mira desconcertada, con el móvil en la mano, y en cuanto ve mi cara sabe que algo no va bien.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, dejando el móvil sobre la mesa.

—Jason —escupo—. Ha perdido la puta cabeza.

Se incorpora de golpe.

—Eso no es nuevo.

—Quiere que me case con él —añado, y esta vez sí noto cómo se me quiebra algo por dentro—. Me ha chantajeado, Sam. Dice que, si no lo hago, va a destruirlo todo.

Se queda callada un minuto que parece una puta eternidad.

—Ese cabrón... —murmura, pasándose la mano por el pelo—. Vale, vale, tranquila, lo arreglaremos.

—¿Cómo? —pregunto desesperada—. Porque mi «plan perfecto» se ha ido con otra tía sin despedirse siquiera.

Sam frunce el ceño.

—Eso no me cuadra.

—Pues acostúmbrate —respondo—. Porque es exactamente lo que ha pasado.

Camino por el salón sin rumbo, intentando ordenar algo que no tiene orden.

—Casi cuatro meses hablando, quedando, riéndonos como si todo fuera fácil... Dejando que entre en mi corazón y, de repente, desaparece, se va a otra ciudad y aparece con otra mujer como si yo no hubiera significado nada.

—Judith...

—No —la corto—. No lo defiendas, no hoy.

Sam me observa unos segundos.

—¿Y si no es así?

Me giro.

—¿Perdona?

—¿Y si hay algo más? —insiste—. ¿Y si Jason ha metido mano?

Niego con la cabeza.

—María me ha dicho que se ha ido por trabajo, pero uno no acepta si hay alguien que le importa y sabe lo que se está jugando; y a él le ha dado igual. —Juro que no puedo más con toda esta situación.

—No —admite—. Pero quizá no es como te lo han pintado. ¿Cómo sabe todo eso María si no es por Jason? Aquí tiene que haber gato encerrado.

—Me da igual —añado finalmente—. Liam se ha ido, no me ha llamado ni me ha explicado nada, y sabes que estábamos planeando casarnos. Estoy harta, todo me sale fatal. Quería una relación fingida, al final se convierte en algo real y ¿para qué? —Me siento junto a la mesa y agacho la cabeza, escondiéndola entre mis manos. No quiero que me vea llorar, pero juro que estoy a punto de hacerlo otra vez—. Siempre que dejo entrar a alguien en mi corazón me lo pisotea. Estoy harta.

Sam se levanta, se acerca poco a poco sin dejar de mirarme, me abraza suavemente y levanta mi cara para que la mire.

—Entonces escúchame tú —dice con más calma—. Dale una oportunidad a Graham.

Y ahí es donde exploto.

—Ni de coña. —Ahora mi tristeza se ha convertido en furia.

—Judith...

—No, Sam —digo más firme—. No voy a entrar otra vez en ese bucle. No voy a volver a alguien que nunca ha sabido lo que quiere.

—Sí lo sabe —responde—. Otra cosa es que le dé miedo admitirlo.

—Pues que se quede con su miedo —replico—. Yo necesito certezas.

Y, aunque no lo diga en voz alta, ambas sabemos que eso no es del todo cierto. Porque, si algo tengo ahora mismo, son dudas.

—Pero Jud... Él es la mejor opción, le cerrarías la boca a Jason. No quiero ni escucharla.

—Sam, ahora no estoy para eso, de verdad. Sabes que es imposible, y más ahora, que estoy incluso más rota que antes. Necesito aclarar mis ideas y pensar en un nuevo movimiento.

Sin decir nada más, me levanto y me voy a casa. Allí paso la noche en vela. No soy capaz de dormir: doy vueltas, pienso, recuerdo y lo odio.

Porque no debería estar pensando en él, en ninguno de los dos, pero lo hago. Y cuando por fin consigo cerrar los ojos... el móvil suena.

Miro la pantalla: número desconocido. No debería cogerlo, pero lo hago.

—¿Sí?

Tardan en contestar como tres segundos en los que me planteo colgar la llamada, cuando de repente escucho mi nombre.

—Judith.

Me incorporo de golpe.

—Liam.

Solo decir su nombre ya duele más de lo que esperaba.

—Necesito explicarte algo —dice, y su voz no suena como la de alguien que ha pasado de todo. Suena tensa, como si llevara días queriendo decirlo.

—Más te vale —respondo, fría—. Porque desaparecer e irte con otra no es precisamente elegante.

—¿Qué? —Se queda en silencio—. ¿De qué estás hablando?

Frunzo el ceño.

—De lo que he visto.

—No sé qué has visto, pero no es lo que crees —añade con firmeza—. Me salió un trabajo en Los Ángeles, sí, de repente, sin margen para pensarlo... y no pude decir que no.

—Claro. —Me muestro fría, más de lo que me gustaría.

—Judith, escúchame —insiste—. Todo fue muy raro, demasiado oportuno, demasiado perfecto... y ahora entiendo por qué.

Me quedo en silencio.

Porque hay algo en su tono que...

—Jason —dice.

Y ahí encaja todo.

Como una pieza que no quería ver.

—Lo sabía —murmuro.

—Me presionaron, me vendieron el proyecto como algo irrepetible y, cuando llegué... no era ni la mitad de lo que me prometieron —continúa—. Y entonces vi las fotos.

Aprieto el móvil con fuerza.

—¿Qué fotos?

—Las que claramente alguien quería que vieras.

Se me revuelve el estómago.

—Hijo de puta...

—Estoy volviendo —añade sin dudar—. Esto no se queda así.

Cierro los ojos un segundo. No sé si sentir alivio... o más caos.

—No hacía falta que volvieras —digo, aunque no suena tan convincente como debería.

—Sí —responde—. Porque esto no ha terminado.

Y cuelga.

Estaba tan enfadado o más que yo. Y es que no solo ha querido chantajearme a mí, a él también. ¿Por qué quiere tanto el casino? Sea por lo que sea, no pienso permitir ni que lo huela. En cuanto me case, pienso ponerlo de patitas en la calle.



No han pasado ni dos días cuando veo a Liam entrar en el casino. Pero no me busca a mí; va directo a Jason.

Yo lo veo todo desde el otro lado de la sala, sin intervenir, sin moverme, porque necesito ver hasta dónde llega esto.

—Tenemos que hablar —le dice Liam, plantándose frente a él.

Jason sonríe.

—Vaya, el actor ha vuelto.

—Contigo no estoy actuando —responde Liam—. ¿Qué cojones hiciste?

—Nada que tú no quisieras hacer —replica con calma.

—Lo manipulaste todo, ¿verdad?

—Yo no te obligué a nada, te ofrecieron una oferta y decidiste cogerla —dice tan tranquilo.

La tensión entre ellos es brutal.

—Aléjate de Judith —añade Liam.

Jason se ríe.

—Eso no va a pasar.

En ese momento Liam le da un puñetazo en toda la cara y lo deja tirado en el suelo.

—No te lo repetiré dos veces. Si te acercas a mi novia más de lo debido, esto serán cosquillas comparado con lo que vas a sentir.

En ese momento abandona el casino, dejándome alucinada, aunque también satisfecha.

Esta noche salgo pronto. Jason no me ha hablado en todo el día; creo que se ha dado cuenta de que su castillo de naipes se ha desmoronado, como su plan. Y yo, no sé por qué, no puedo dejar de sonreír sintiéndome ganadora, porque con esa actuación he comprendido que le importo de verdad.

Cuando llego a casa me encuentro a Liam sentado en la puerta. No sonrío; su cara es de arrepentimiento.

—Lo siento —dice.

Y, por primera vez... le creo. Pasamos y hablamos durante horas de todo: de lo que pasó, de todo lo que ha intentado Jason, de lo que somos. Y es en ese momento cuando nos besamos, nos abrazamos y damos un paso más en nuestra relación. Una real, más de lo que quisiera.

Y cuando se va... nada es igual.

Todo avanza a paso de gigante. Volvemos a retomar nuestra relación, a planear nuestro futuro y a hablar otra vez de boda.

Como si todo pudiera retomarse, como si no hubiera grietas. Pero las hay, las siento en cada momento en el que, sin querer, pienso en otra persona.

Porque, por mucho que lo intente, por mucho que quiera hacerlo bien y por mucho que Liam sea la mejor opción, sigo sintiendo algo que no debería, dejando que las palabras de Sam retumben en mi cerebro una y otra vez.

21. TENGO QUE HACER ALGO

GRAHAM



No debería haber escuchado esa conversación, lo sé, pero cuando oigo mi nombre salir de la boca de Sam con ese tono entre desesperado y acusador, me quedo quieto como un imbécil al otro lado de la pared, con el casco aún en la mano y el corazón latiendo más rápido de lo normal, porque algo dentro de mí ya sabe que lo que voy a oír no me va a gustar.

Judith sigue siendo igual de cabezota y de orgullosa. Incapaz de reconocer lo que siente, y aun así, cada palabra que dice me atraviesa como si llevara años esperando a salir, porque sí, quiere a Liam, o al menos de eso intenta convencerse, pero cuando Sam menciona mi nombre hay un silencio... uno de esos que dicen más que cualquier frase, y es ahí cuando lo entiendo todo.

Está huyendo.

Y yo he sido tan gilipollas que la he dejado hacerlo.

Aprieto los dedos alrededor del casco con tanta fuerza que casi lo parto, respiro hondo y me obligo a moverme antes de que alguien me vea ahí plantado como un espía de segunda, porque lo último que necesito ahora mismo es enfrentarme a ella en caliente y decir algo de lo que me pueda arrepentir... o, peor, algo que ella pueda usar en mi contra.

Así que me voy, pero no porque quiera, sino porque, si me quedo, la lío.

Estoy en el lago antes de lo habitual. Todo está relativamente tranquilo y el cielo despejado, e intento concentrarme en algo que no sea la imagen de Judith sentada frente a ese tío, riéndose, tocándole la mano como si llevaran años conociéndose, como si yo no existiera.

Y claramente no lo consigo.

—Graham... —escucho la voz de una de mis alumnas, pero tardo unos segundos en reaccionar—. Graham.

—¿Sí? —respondo, volviendo en mí de golpe.

—Que si me vas a ayudar a subir a la tabla o vas a seguir mirando al infinito como si estuvieras en un anuncio de colonia triste —dice riéndose, y el resto del grupo se suma.

Genial.

Ahora también soy material de burla.

—Sube —le digo, sujetando la tabla con más brusquedad de la necesaria—, y mantén el equilibrio.

La chica intenta incorporarse, pero en cuanto la ola la levanta un poco pierde el control y cae de culo al agua, salpicándome entero.

—¡Joder! —escupo agua, pasándome la mano por la cara.

—Perdón —dice entre risas—, es que estabas empanado.

No le falta razón y eso me cabrea aún más.

—Otra vez —gruño.

Pero ni ella mejora, ni yo me concentro, ni nada funciona como debería, porque en cada pausa, en cada silencio, en cada mirada perdida, ahí está Judith, colándose sin permiso en mi cabeza como si siempre hubiera vivido ahí.



Cuando termino la clase estoy agotado; no físicamente, sino mentalmente, que es mucho peor, así que, en lugar de irme a casa, decido hacer algo que no suelo hacer nunca: pedir consejo.

Y, si hay alguien que conoce a Judith casi tanto como yo, es Virginia.

La encuentro en el casino, como siempre, sentada en su sitio habitual, elegante, impecable, observándolo todo con esa mirada suya que parece ver más allá de lo evidente.

—Vaya, el surfista atormentado —dice en cuanto me ve acercarme—. Esa cara no es por una ola mal cogida.

—No empieces —respondo, sentándome a su lado.

—Entonces es por ella.

No pregunta, afirma.

Y eso ya me toca las narices.

—¿Tan evidente es?

—Cariño, llevas años mirándola como si fuera lo único real en tu vida —responde con total naturalidad—. Lo raro es que hayas tardado tanto en darte cuenta.

Aprieto la mandíbula.

—Va a casarse con otro.

Virginia alza una ceja, gira ligeramente el cuerpo hacia mí y sonrío de medio lado.

—¿Y tú qué piensas hacer?

Esa es la pregunta del millón. La maldita pregunta que no paro de hacerme una y otra vez sin hallar la respuesta.

—No lo sé —admito, por primera vez en mucho tiempo, sin intentar parecer seguro de algo—. Pero sé que no quiero que lo haga.

—Pues entonces ya sabes lo suficiente —responde, volviendo su atención a la ruleta—. El resto es valentía.

Valentía. Qué fácil suena y qué difícil es cuando se trata de ella.

Como no sé cómo hacerlo, quedo con Trevor, porque, si hay alguien que puede ayudarme a desconectar, aunque sea a base de estupideces, es él.

Error. Grave error.

—¿Me estás diciendo que la chica de la que llevas años enamorado se va a casar con otro y tú no has hecho absolutamente nada? —dice con una cerveza en la mano, mirándome como si fuera retrasado.

—No estoy enamorado y mucho menos llevo años detrás de ella —respondo automáticamente.

—Claro, y yo soy monje —se ríe—. Tío, si te he visto mirarla, eso no es deseo, eso es otra cosa.

No digo nada porque tiene razón y eso me jode.

—Vale —continúa, apoyándose en la mesa—, plan sencillo: la conquistas.

—No es tan fácil.

—Lo es —insiste—, lo complicado es que dejes de hacer el imbécil.

Le fulmino con la mirada.

—Gracias por el apoyo.

—De nada —responde tan tranquilo—. ¿Cuándo empiezas?

No contesto porque no tengo ni idea.

Tras ese consejo tan sabio, que me lo podría haber dado hasta un niño de cinco años, decido irme a casa, porque no tengo el cuerpo para fiestas.



Paso la noche en vela, dándole mil vueltas a la cabeza, y no logro conciliar el sueño, así que por la mañana hago lo único que se me ocurre para no volverme loco: coger la moto y largarme, sin rumbo, sin plan, solo carretera, viento y silencio.

Conduzco durante horas por los alrededores de Las Vegas, alejándome del ruido, del casino, de todo lo que me recuerda a ella, hasta que termino en una zona desértica donde lo único que hay es tierra, horizonte y mis pensamientos, que no ayudan en absoluto.

Me bajo de la moto, me quito el casco y me paso la mano por el pelo, mirando al frente como si eso fuera a darme respuestas.

Y es ahí, en mitad de la nada, cuando dejo de engañarme.

Estoy enamorado de Judith.

No es atracción, ni costumbre, ni nostalgia. Es ella, siempre ha sido ella. La besé aquel día porque, en aquel momento, ya era ella y

ni siquiera lo sabía. Y, si no hago nada, la voy a perder para siempre.

Aprieto los puños, suelto el aire lentamente y sonrío de lado, porque ahora, por primera vez en mucho tiempo, lo tengo claro.

No voy a dejar que se case con Liam. No sin luchar.

Así que vuelvo a subirme a la moto, arranco y marco el número de Sam en cuanto paro unos minutos después.

—¿Sí? —responde al otro lado con una sonrisa en la voz.

Ahora ella sabe que tiene la sartén por el mango y que, si la llamo, sin duda alguna es para que me ayude.

—Te necesito —digo sin rodeos.

—¿Para qué? —pregunta, desconfiada.

Sonrío.

—Para que me ayudes a recuperar a Judith.

—Joder, ya era hora de que lo dijeras en serio, hermano.

Y, por primera vez en semanas, siento que esto no está perdido del todo.

Así que trazamos un plan perfecto para que ella se dé cuenta de que me quiere y de que su futuro está a mi lado. Aunque, si eso no funciona, mi loca hermana ha pensado un plan B.

22. SUENAN CAMPANAS DE BODA



Organizar una boda ya es complicado de por sí, pero organizarla en tu propio casino, con tu enemigo trabajando bajo el mismo techo y con la sensación constante de que todo puede saltar por los aires en cualquier momento, roza directamente la locura.

Y aun así, aquí estoy intentando que todo encaje, sin perder el control y sin pensar en quien no debo.

Porque sí, los preparativos avanzan, el salón principal ya está reservado, el *catering* confirmado, la decoración elegida con un gusto exquisito —porque si voy a casarme, al menos que sea espectacular—; pero hay algo que no encaja... y ese algo tiene nombre y apellidos.

Jason Queen.

Si pensaba que lo de recepción lo iba a frenar, estaba muy equivocada. Aunque no deja de buscar guerra constantemente, ha sabido adaptarse a su nuevo puesto de trabajo a la perfección. Sé que lo odia profundamente, pero es tan falso que hasta hace creer a la gente que no le importa estar ahí, y eso es aún peor.

Desde allí puede ser como la Reina Cotilla de la famosa serie juvenil *Gossip Girl*. Se entera de todo lo que pasa y eso me saca de quicio. Pero ¿dónde podría ponerlo que le diera rabia y no tuviera

que aguantarlo demasiado? Se me ocurre un lugar; con la escobilla en la mano estaría gracioso. Pero no puedo hacer eso sin más: tengo que pillarlo infringiendo de nuevo las normas para que los demás no lo vean como algo personal, y más desde que Liam casi le parte la cara.

—Judith, tenemos un problema —dice María entrando en mi despacho con cara de circunstancias—. El proveedor de flores ha cancelado.

Cierro los ojos un segundo.

—¿Cómo que ha cancelado?

Me están entrando todos los males del mundo.

—Dice que ha recibido otra oferta... mejor.

No hace falta ser muy lista.

—Jason.

María no dice nada, aunque no le sorprende. En todo este tiempo ha intentado mantenerse al margen con su primo, ya que pensaba que, al estar en recepción, no me la jugaría, pero estaba muy equivocada.

Aprieto los dientes, me levanto de la silla y apoyo ambas manos sobre la mesa, intentando no perder los nervios porque es justo lo que él quiere.

—Consigue otro proveedor —digo finalmente—, y esta vez que firme un contrato blindado.

—En ello estoy.

Cuando se va, me dejo caer en la silla y suelto el aire despacio.

No te lo he contado, pero María ha pasado a ocupar un puesto mucho mejor que el de crupier, porque, aunque eso le gustaba, yo necesitaba una persona que llevara mi agenda y que me ayudara con algunas gestiones del casino, y ella es perfecta. Me ha mostrado lealtad y eso es un valor muy importante para mí. Con ella puedo estar tranquila porque es muy responsable y hace que nada falle cuando no estoy. Siempre que dependa de nosotros, claro. Pero con las cosas de la boda, aunque intenta tenerlo todo bajo control, no lo consigue. Porque las flores no es lo único que falla.

El menú desaparece «por error», el diseñador de iluminación retrasa la entrega, una reserva *vip* se queja misteriosamente del

espacio asignado para el evento.

Todo pequeñas cosas.

Nada lo suficientemente grave como para señalar a Jason directamente, pero demasiado oportuno como para ser casualidad. Siento que él está jugando, y lo está haciendo bien.

La parte positiva de tenerlo en recepción es que puedo vigilarlo mejor; la negativa, que él también tiene acceso a demasiada información.

Cuando paso por allí media hora después, lo encuentro atendiendo a una pareja de jubilados con esa falsa sonrisa profesional que tan bien se le da fingir.

—Espero que su estancia sea inolvidable —dice con tono meloso.

—Seguro que sí, joven —responde la señora.

En cuanto se marchan, apoyo ambos codos sobre el mostrador.

—¿Te diviertes?

Alza la vista y me dedica una sonrisa que me produce exactamente las mismas ganas de estrangularlo que siempre.

—Muchísimo. Aunque he de reconocer que organizar bodas parece más entretenido que entregar llaves.

—Si vuelves a tocar uno solo de mis preparativos, la próxima semana estarás limpiando baños.

Su sonrisa no se borra. Eso me inquieta.

—Judith, si yo solo quiero ayudarte. Al fin y al cabo, una boda así merece ser... memorable.

Ese doble sentido suyo que siempre esconde algo me pone de los nervios.

—No juegues conmigo, Jason.

—Yo nunca juego contigo. Tú eres quien insiste en convertirlo todo en una partida.

Lo dejo ahí porque sé que seguir solo me hará perder los nervios, y bastante tengo ya con mi propia cabeza.

Esta semana tengo varios eventos, así que dejo a María encargada de todas las cosas referentes a la boda para que Jason no vuelva a meter la mano en nada y poder ir tranquila.

Hoy, en concreto, tengo que asistir a una gala benéfica organizada por empresarios de la ciudad. Uno de esos encuentros

donde todo el mundo sonríe demasiado, bebe champán carísimo y finge interés por causas sociales mientras calcula mentalmente cuánto desgrava su donación.

Liam me acompaña, cómo no, y va impecable. Elegante, se muestra muy atento, se mueve como pez en el agua y, para no ser su ambiente habitual, me atrevería a decir que se acostumbrará muy pronto a estas cosas. Durante la primera hora todo va exactamente como debe... hasta que veo a Graham.

No sé qué clase de pacto tendrá ese hombre con el universo, pero siempre aparece cuando menos preparada estoy.

No sé cómo coño se ha colado en esta fiesta y, la verdad, prefiero no preguntar.

Entra con un traje negro perfectamente ajustado, sin corbata, con esa seguridad insolente que hace que incluso caminar parezca un acto de provocación. Siento cómo mi estómago se tensa de golpe.

Lo odio por eso; por seguir teniendo ese efecto en mí.

Liam está diciéndome algo sobre una pareja de productores que quería conocerlo, cuando mis ojos se cruzan con los de Graham al otro lado del salón y el mundo, durante un instante, parece congelarse.

Ha sido apenas un segundo, pero el suficiente para que él me sostenga la mirada y yo no pueda apartar la mía, hasta que Liam me roza la mano y tengo que obligarme a volver al presente.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí —miento.

El simple hecho de saber que Graham está ahí me tiene el pulso alterado como una adolescente ridícula. La tensión aumenta todavía más cuando coincidimos en la barra.

Voy a por una copa y él ya estaba allí, esperándome.

—Bonito acompañante —dice sin mirarme mientras remueve su vaso con lo que sea que se haya pedido.

—Gracias. —Intento no mirarlo demasiado, porque sé que sus ojos tienen un efecto sobre mí que no podré disimular.

—Aunque demasiado correcto para ti.

Lo miro de perfil.

—¿Perdona?

Gira entonces la cabeza hacia mí y esa media sonrisa suya me desarma más de lo que debería.

—Tú necesitas a alguien que te haga perder los nervios, Judith. No a alguien que parezca sacado de un catálogo de maridos perfectos.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza; siento calor, demasiado.

—No recuerdo haberte pedido opinión. —Intento parecer ofendida, pero lo cierto es que no sé ni cómo estoy.

—No hace falta. Tu cara ya la da sola.

Me acerco un paso, lo suficiente para invadir su espacio.

—No te confundas, Graham. Que tú y yo tengamos historia no te da derecho a opinar sobre mi futuro.

Él también acorta la distancia. Ahora apenas nos separan unos centímetros.

Y entonces baja la voz.

—No opino sobre tu futuro. Solo me pregunto cuánto tardarás en darte cuenta de que estás mintiéndote.

Ambos nos miramos sin decirnos nada más. La distancia entre nosotros es tan corta que no cabe casi ni el aire. Su mano se acerca a la mía, puedo notar la corriente que nos envuelve y juro que, durante un segundo, pienso en besarlo. Ahí, delante de todo el mundo.

Pero aparece Liam antes de que mi cerebro deje de funcionar del todo.

—¿Interrumpo? —pregunta.

Doy un paso atrás inmediatamente.

—No, para nada.

Graham sonrío con una calma exasperante.

—En absoluto.

Y se marcha como si no acabara de incendiarme por dentro.

Liam en ese momento me mira extrañado. No sabe si preguntar o no, pero al final lo hace.

—¿Tengo que preocuparme?

—No, tranquilo. Nuestra relación es complicada, es el hermano de Sam y siempre discutimos.

Liam no dice nada más acerca de Graham y tampoco volvemos a verlo en toda la noche.



Hoy ha sido un día bastante caótico en el casino. La gente estaba como loca y hemos tenido mucho trabajo; a una pareja le ha tocado un gran premio y eso ha causado un gran revuelo. Para despejarme, me he propuesto ir a una subasta privada.

Me encantan porque hay objetos únicos. En esta ocasión no voy con Liam; tiene trabajo, le han dado un papel para una serie de televisión y tiene que estudiar.

Al entrar en la sala mi cuerpo se tensa. Parece que me persiga, porque, de nuevo, ahí está Graham. Y, cuando menos lo espero, me roza la espalda al pasar.

Para cualquiera podría parecer un roce accidental, mínimo, pero para mí es devastador, porque eso hace que no pueda concentrarme en nada en toda la noche.

Contesto mecánicamente, sonrío sin sentido alguno y únicamente puedo pensar en el contacto de su piel con la mía.

Así que llamo a Sam. La necesito. Sé que quizá no es la mejor opción, pero si no hablo con ella, ¿con quién voy a hacerlo?

Necesito que me diga que estoy exagerando, que solo son nervios preboda, estrés acumulado; cualquier cosa menos lo que empiezo a sospechar.

Pero claro, hablar con Samantha cuando una necesita neutralidad es como ir a un pirómano para apagar un incendio.

—¿Ya te has aburrido entre tanto pijo? Sabía que me llamarías tarde o temprano, ¿qué pasa? —Ella, siempre tan expresiva.

—Me estoy volviendo loca, y necesitaba a mi amiga, eso es todo.
—Intento parecer calmada, pero para nada lo estoy. No dejo de

mirar por la sala en busca de Graham, como si por una necesidad absurda quisiera verlo de nuevo.

—¿Quieres que vaya a buscarte? —Exacto. Necesito salir de aquí, porque, si no lo hago, soy capaz de cometer una tontería.

—Mejor quedamos en mi casa. Yo salgo ahora de aquí, tardo quince minutos en llegar. —Y no es que quiera irme, es que no quiero volver a encontrarme con él.

Así que me marchó sin mirar hacia atrás, sintiendo que sus ojos me persiguen. Me alivia que no me haya dicho nada, porque necesito poner distancia a esto que estoy sintiendo. Porque no quiero sentirlo, porque no quiero volver a caer, porque me voy a casar con Liam y no es justo.

Estoy poniéndome un pijama cuando aparece Sam con una pizza familiar y una expresión sospechosamente satisfecha.

—Te noto fatal —dice, entrando y echándole un vistazo a mi indumentaria—. ¿Los osos amorosos?

—Gracias por tu delicadeza. —Pongo los ojos en blanco, frustrada—. Sí, qué pasa, me gustan.

Se sienta frente a mí y me observa con esa mirada suya que siempre parece saber demasiado y leerme la mente.

—Ha pasado algo con mi hermano.

Resoplo. ¿Por qué dará por hecho algo que yo no he dicho?

—Hemos coincidido en un par de eventos.

—Ajá —suelta, como si no fuera relevante lo que le estoy contando.

—En uno discutimos.

—Ajá. —No se sorprende, lo que me da que pensar que Graham se lo ha contado.

—Y ahora no dejo de pensar en él.

Sonríe, la muy bruja.

—Judith...

Y ahí va, ya la va a soltar. Si es que, en el fondo, soy una masoquista en potencia.

—Ni se te ocurra empezar.

—Tu destino es Graham.

¿Ves? Ya lo ha dicho.

Cierro los ojos, ya empieza de nuevo...

—Sam, por favor —suelto agotada. No enfadada ni malhumorada, solo agotada, porque de verdad que este monotema ya cansa.

—No, escúchame tú a mí, porque alguien tiene que decírtelo en la cara, y como soy tu mejor amiga pienso hacerlo, que para eso estoy —comenta sin alterarse, pero dejando claro cuál es su lugar en mi vida y que por ello tiene ciertos derechos—. Puedes empeñarte todo lo que quieras en construir una vida perfecta con Liam, casarte en tu casino y convencerte de que eso te basta, pero no va a funcionar si, cada vez que ves a mi hermano, se te olvida hasta respirar.

La miro, molesta, porque tiene razón y no lo soporto.

—Liam me quiere.

—Sí. —Gesticula con la mano para que continúe.

—Es bueno conmigo.

—Ya. —Pone los ojos en blanco como si yo fuera una loca obsesionada por creer todo lo que estoy diciendo.

—Podría funcionar.

Lo afirmo más para autoconvencerme yo misma que porque realmente lo crea.

Sam niega lentamente.

—Si te casas con Liam sabiendo lo que sientes de verdad, te vas a equivocar. Y lo sabes.

No respondo porque, por primera vez en mucho tiempo, ya no estoy segura de poder seguir mintiéndome, y eso me aterra muchísimo más que cualquier amenaza de Jason o cualquier cláusula absurda del testamento de mi abuelo.

Con esa respuesta de Sam doy por zanjada la conversación, porque está claro que no piensa ayudarme y que yo solita tendré que sacarme las castañas del fuego; aunque, sinceramente, no sé si prefiero quemarlas.

23. DESPEDIDA DE SOLTERA CON TRAMPA



Mis dudas siguen ahí, pero yo las ignoro por completo. Liam está cada día más involucrado en los preparativos de la boda y nuestra relación va genial, salvo cuando mi mente se empeña en pensar que quizá Sam tenga razón y me estoy equivocando.

Estar todo este tiempo con Liam me ha hecho feliz, pero no puedo evitar compararlo con Graham en muchas cosas, y no solo porque físicamente se parezcan. Es que, a veces, cuando me acaricia o me besa, siento que es Graham quien lo hace, y eso es malo, muy malo.

Sam ha organizado mi despedida de soltera y me ha dicho que tiene una sorpresa que marcará un antes y un después en mi vida. Miedo me da lo que haya preparado.

Me recoge en el casino y me sorprende que estemos solas. No hay más chicas, no hay un stripper ni una limusina... solo su coche destartado y ella.

—He hablado con María para que lo deje todo organizado. No volverás en todo el fin de semana —dice tan tranquila.

—Sam... Eso es mucho tiempo... No me fío de Jason...

—Jud, llevas sin vacaciones una eternidad. Estás estresada con la boda, sin concederte un tiempo de verdad para ordenar tu mente, y eso es lo que vamos a hacer. Si después de este viaje tienes claro que Liam es tu mejor opción para que te acompañe a la vejez, lo aceptaré como una buena amiga. Pero si sigues con dudas... —hace una pausa y me coge la mano— yo me concedería un tiempo para descubrir qué es lo que realmente quieres. Porque esto ya no es por el casino, es tu vida, tu felicidad, tu destino, y no puedes jugártelo por un negocio. Y por Jason ni te preocupes, que todo va a estar controlado.

La miro sorprendida porque, aunque siempre es sincera conmigo, nunca la he visto así.

—Miedo me da lo que me tengas preparado para el fin de semana.

Ahora conduce tranquila, con una sonrisa perfecta de bruja malvada que me da que pensar que este fin de semana puede ser revelador.

Vamos cantando a todo volumen en el coche canciones de Teddy Swims —me encanta ese tío— cuando, de repente, llegamos al campamento en el que estuvimos hace tantos años y el que me jodió el corazón. Bueno, ese en realidad fue Graham.

—¿En serio me traes aquí para celebrar mi despedida de soltera? Esto no tiene gracia, Sam, esto es un puto castigo —digo enfadada, muy enfadada—. Ya sé que quieres que Graham y yo tengamos un futuro juntos y que seamos familia, pero ¿no puedes entender que me hizo demasiado daño?

—Pasa página, de verdad. Eres como un puto disco rallado. Erais unos críos y ha llovido mucho desde entonces.

Ahora la enfadada es ella, y no entiendo el motivo.

Esto, más que una despedida de soltera, va a ser el final de una amistad. Me lo veo venir.

—Sam, pensaba que eras mi amiga, que estabas de mi parte... ¿Qué coño pasa contigo? Ahora, de repente, defiendes a Graham, como si no importara mi roto corazón, y por una vez que se lo abro a alguien que me hace feliz, me vienes con esto... Eso no se le hace a una amiga.

—Eso sí que no te lo voy a permitir. Las amigas están para eso, para abrirte los ojos cuando eres ciega, para mostrarte tus errores y ayudarte a repararlos. Y no es porque quiera que estés con mi hermano, aunque no negaré que me encantaría; es porque os veo a los dos hacer el payaso constantemente y no aguanto estar en medio de vuestras mierdas.

Entonces escucho una moto de fondo y la miro con furia.

—No... Esto sí que no, Sam, no me puedes hacer esto.

—Ya está hecho.

Veo cómo Graham se acerca a nosotras. Estamos en la puerta de una cabaña que Sam ha alquilado y, cuando llega hasta nosotras, ella nos empuja a ambos al interior y nos encierra, la muy asquerosa.

Él me mira sobrepasado, y yo no puedo ni mirarlo.

—¡Me las vas a pagar, Sam! —grito a pleno pulmón, hecha una furia y golpeando la puerta—. Y a ti ni se te ocurra decir nada.

Apunto con mi dedo a su cara, como si fuera un arma letal.

Pero, lejos de asustarse, me aparta el dedo, me agarra de la cintura y me besa.

Juro que no esperaba esa reacción, para nada. Al principio quiero apartarme, odiarlo, pegarle un puñetazo y mandarlo a tomar por culo, pero ese beso... me transporta a otro tiempo, a otro lugar, a otro momento que debería haber terminado de otra forma, y no puedo negar lo que siento, porque mis defensas han caído, porque es inevitable negar que lo quiero, que estoy enamorada de él, que siempre lo he estado.

—Te quiero, Judith. Siento no haberme dado cuenta antes y haber metido a mi hermana en nuestras mierdas, pero no soy capaz de dejar de pensar en ti. Odio verte con ese idiota. No te cases con él, por favor —me mira derrotado, triste, sincero—. Todavía quedan unos meses, dame una oportunidad.

En ese momento saca un anillo de su bolsillo, uno precioso, pero soy incapaz de aceptarlo.

—Graham, no me hagas esto... Lo haces porque tienes miedo, lo entiendo, pero no es lo que quieres y yo no puedo dejarlo todo sin garantías.

Cómo me gustaría que esto fuera real, que me pidiera matrimonio por amor y no por miedo.

—Jud, no estoy asustado, te quiero de verdad, te lo juro. Sé que nunca he creído en el compromiso, pero eso era porque me asustaba la idea de que el amor se gastara, pero contigo eso no pasa, es todo lo contrario. Déjame demostrártelo. No aceptes mi petición si no quieres, pero dame una oportunidad. Concédete la oportunidad de estar con alguien por amor, no por necesidad, no por miedo a perder lo que quieres.

Y ahí está el Graham del que me enamoré a los dieciocho, mirándome con esos ojos azules fijos en los míos, acariciando mi mejilla con el pulgar mientras me coge suavemente del cuello, apartándome un mechón de pelo y acercándose peligrosamente para besarme de nuevo.

Y lo hace, y yo me dejo porque lo necesito, porque lo quiero y porque siento que ahora, en este preciso instante, nada más me importa.

—Esto está mal —susurro, volviendo a la realidad, aunque no doy ni un paso atrás.

—Lo sé —responde.

Pero tampoco se aleja.

Y en ese espacio mínimo entre los dos, donde todo lo que no se ha dicho pesa más que cualquier palabra, es donde ocurre. Vamos hacia la cama, sin prisa, sin urgencia, como si no necesitáramos nada más.

Sus manos encuentran las mías, mi respiración se mezcla con la suya y, por primera vez en mucho tiempo, no estoy pensando en consecuencias, ni en decisiones, ni en el futuro; solo en ese instante, solo en él.

Nuestros besos son lentos, como si ninguno de los dos quisiera que acabaran. Me acaricia despacio mientras desliza los tirantes de mi vestido hacia abajo. Besa mi cuello de forma pausada y dulce, con mucho cariño; no hay prisa ni desesperación, solo amor. Acaricia mi espalda con la yema de los dedos, como si quisiera memorizar cada curva de mi piel antes de besarla.

Cierro los ojos un instante cuando noto sus labios sobre mi hombro.

Su respiración cálida me eriza por completo y no puedo evitar sonreír contra su boca cuando vuelve a buscarme con esa calma que solo él consigue transmitir incluso en medio del caos.

Graham desliza las manos por mi cintura con suavidad, acercándose más a él, hasta que nuestras frentes se apoyan unos segundos. No dice nada y no le hace falta, porque con su mirada lo dice todo.

Mis dedos se pierden entre su pelo mientras vuelvo a besarlo lentamente, disfrutando de cada roce, de cada caricia pausada, de la forma en la que me mira como si fuera lo único importante en el mundo.

La tela de mi vestido termina cayendo a mis pies y él me observa unos segundos en silencio, casi como si quisiera grabar este instante para siempre.

—Eres preciosa... —susurra tan bajito que siento esas palabras directamente en el pecho.

Y algo dentro de mí se rompe un poco.

Porque, después de todo lo vivido, de toda la guerra, de todas las heridas, nadie me había mirado jamás así.

Lo abrazo por el cuello y vuelvo a besarlo, esta vez más profundo, más sincero, dejando que todo lo que siento salga en ese instante sin necesidad de explicarlo.

Nos tumbamos en la cama entre risas suaves y respiraciones entrecortadas.

Él aparta un mechón de pelo de mi cara y acaricia mi mejilla lentamente, mientras yo dibujo círculos sobre su pecho desnudo. Ambos nos miramos a los ojos y hacemos el amor como no lo he hecho con nadie en mi vida.

En ese momento no pienso en nadie, ni en Jason, ni en Liam, ni en el casino, ni siquiera en Sam, que nos la ha jugado de nuevo, porque solo quiero que el tiempo se detenga y quedarnos en esta cabaña para siempre.



El fin de semana pasa como si alguien hubiera decidido acelerar el tiempo solo para nosotros. Dormimos poco, reímos mucho y, por momentos, volvemos a ser quienes éramos antes de que todo se complicara.

—¿Te acuerdas del campamento? —me dice, tumbados en el porche mientras el sol empieza a caer.

Lo miro dudando porque hay recuerdos que duelen, aunque hay otros memorables.

—Miedo me da lo que me vayas a decir, porque sabes que eso marcó un antes y un después entre nosotros, así que ten cuidado, que estás pisando arenas movedizas —comento abrazada a él.

—Oye —protesta—, que yo era el rey allí.

—Eras el idiota que intentó impresionar a todo el mundo saltando al lago desde una roca... y acabó cayéndose de bruces y pegándose un planchazo, aunque he de reconocer que a todos nos hizo mucha gracia.

Se ríe.

—Fue un fallo técnico.

—Fue patético —corrijo—. Y encima te levantaste como si nada, diciendo que lo habías hecho aposta, cuando sabes muy bien que fue un error de cálculo.

—Porque tenía dignidad.

—No, porque tenías dieciocho años y eras imbécil.

Nos miramos, nos reímos como antes, como siempre hemos hecho.

—Tú tampoco eras muy lista —añade—. ¿O ya has olvidado cuando intentaste cocinar para todos?

Me tapo la cara con las manos.

—No hables de eso. Como has podido comprobar, la cocina no es lo mío.

—Judith, incendiaste una sartén.

—¡Porque tú me distraías! —intento excusarme.

—Claro, la culpa es mía —se burla.

—Siempre lo ha sido.

Y en esa tontería, en esa conversación absurda, hay algo tan real, tan nuestro, que me duele y a la vez me hace sentirme como en casa, me hace creer que juntos podemos funcionar.

Porque esto... esto es lo que debería ser.

Le mando un mensaje a Sam, escueto, pero necesario, en el que le digo que puede ser que no la mate y le doy las gracias por el engaño, porque en este instante no querría estar en otro lugar que no fuera entre sus brazos.



Es nuestra última noche aquí. Cuando el silencio vuelve y el mundo se reduce a cuatro paredes y dos respiraciones, no hace falta decir nada, nos entendemos, como siempre, como si nunca hubiéramos dejado de hacerlo.

Y en sus brazos, con su piel contra la mía, con esa calma que solo encuentro con él, cierro los ojos y me permito sentir sin miedo, sin filtros, sin pensar en lo que viene después.

Pero todo lo bueno se acaba y nuestra escapada también.

Estoy sentada en el borde de la cama, con la ropa aún sin ponerme, mirando al suelo como si ahí fuera a encontrar una respuesta que no quiero afrontar.

—Judith... —dice él a mi espalda.

No me giro, no quiero enfrentar mi mirada a la suya.

—No quiero volver —admito finalmente, en voz baja.

—Lo sé, yo tampoco.

Aprieto los dedos.

—Porque volver significa... —trago saliva—. Significa tomar decisiones.

No hace falta terminar la frase, ambos sabemos cuáles. Liam, la boda, mis sentimientos... todo.

Me levanto despacio, respiro hondo y cierro los ojos un segundo, como si así pudiera congelar este momento y quedarme en él para siempre.

Pero no funciona.

—Necesito arreglar esto antes de que vaya a más, así que solo te voy a pedir tiempo —digo, aunque ni yo misma sé cómo lo voy a hacer.

Graham no responde; solo mira a la nada, aunque cuando vuelve los ojos hacia mí lo hace con comprensión.

—Lo entiendo, pero no quiero que esto cambie. Quiero que lo pienses todo bien y que sepas que el anillo te va a seguir esperando hasta que estés preparada. —Vuelve a acariciarme el rostro y a mirarme como si fuera un puto ángel caído del cielo.

Cojo mi ropa, me visto con movimientos automáticos y, antes de salir, me detengo en la puerta, porque sé que en cuanto la cruce tendré que elegir.

Y, sinceramente, no sé qué hacer, porque ya no se trata de Liam o Graham, se trata de mi corazón o mi legado, y eso es algo que no es fácil de decidir.

24. TOMANDO DECISIONES DURAS PERO NECESARIAS



Volver al casino es mucho peor de lo que imaginaba. No sé si esperaba que todo estuviera mal, que en dos días sin mí algo hubiera salido mal o, incluso, que Jason se hubiera apoderado de nuevo del control. Pero, para mi sorpresa, todo está genial; las luces siguen brillando, la gente sigue entrando y saliendo como si nada hubiera cambiado, pero dentro de mí todo está completamente descolocado. Como si este fin de semana hubiera abierto una grieta enorme en mi pecho, una de esas que sabes que, por mucho que intentes ignorar, solo va a ir a más. Y lo peor no es eso: lo peor es que ya no puedo mentirme.

Camino por el salón principal revisando detalles de la boda, escuchando a proveedores, firmando documentos y dando órdenes con una seguridad que no siento, mientras mi cabeza repite una y otra vez la misma idea: no puedo casarme con Liam.

No después de lo que ha pasado con Graham.

—Judith, el tema de la iluminación ya está resuelto —dice María, acercándose con una carpeta.

Asiento de forma mecánica.

—Y el *catering* ha confirmado los cambios.

—Bien.

María me observa, bastante sorprendida.

—Judith, ¿estás bien? Es que te noto bastante rara... Y, o bien la despedida de soltera se os ha ido de las manos, o algo ha pasado que te tiene bastante preocupada.

La miro como si sus palabras me devolvieran a la realidad, y preocupada no es exactamente como estoy; pensativa más bien. Porque, aunque todo debería ir bien, o yo debería estar más feliz porque por fin Graham se ha sincerado y me ha dicho que me quiere, yo tengo miedo. No por el casino, por mí.

Y sé lo que tengo que hacer. Por primera vez en mucho tiempo no estoy dispuesta a sacrificarme por el casino. Estoy dispuesta a escuchar a mi corazón y dejarle que me guíe, aunque eso signifique traicionar a mi abuelo y perder nuestro legado.

Quizá debería hablar con mi madre. En todo este tiempo he estado tan ocupada que nos hemos visto poco y, aunque se alegró por lo de la boda, creo que ella piensa como Sam.

No obstante, siento que la traiciono si no le pido consejo, porque, aunque el casino lo he heredado yo, ella tiene mucho que ver en él. Así que decido llamarla.

—Judith, hija, qué sorpresa. ¿Todo bien?

Me echo hacia atrás en la silla de mi abuelo, una silla típica de piel, bastante cómoda, pero que ahora mismo siento como si tuviera espinas.

—Mamá... la he cagado, lo he jodido todo y no sé qué hacer.

La oigo suspirar al otro lado de la línea, pero aun así me deja tiempo para que me explique.

Y lo hago. Le cuento todo: lo que siento por Liam, lo que siento por Graham y el fin de semana que hemos pasado.

—Hija, sé que para ti es duro tomar esta decisión, pero creo que tu abuelo querría que te dejaras llevar por el corazón. Además, no sé por qué te preocupas, si Graham quiere casarse contigo.

La escucho y sé que es así. Le creo, de verdad que sí, pero el problema soy yo.

—Mamá, con él no puedo casarme así. Lo quiero, pero quiero disfrutar de una relación de verdad, no puedo casarme en dos meses, imposible. No quiero equivocarme.

—Pues no lo hagas, ya buscaremos la forma de hacer algo. No creas que me defraudas tomando esta decisión. Te quiero, hija, y me alegro de que vayas a dar este paso con Graham. Lo siento por Liam, porque no es mal chico, pero tienes que dejar que aquí mande tu corazón.

Sabía que me diría esto, porque es una romántica empedernida, así que la decisión está tomada.

Quedo con Liam esa misma tarde fuera del casino. Le digo que quiero ir a un restaurante tranquilo, apartado, donde no haya miradas, ni rumores, ni nada que nos distraiga; eso me apartaría de mi cometido y no es lo que quiero.

Cuando llego, él ya está allí. Como siempre, puntual, correcto, con esa sonrisa tranquila que durante meses ha sido un refugio fácil. Y eso... hace que todo sea aún más difícil.

—Hola —dice, levantándose para besarme, pero yo no puedo, y aparto mi cara para darle dos besos en las mejillas; algo que a él no le pasa desapercibido, aunque no dice nada.

—Hola.

Nos sentamos en la mesa que tenemos reservada, pedimos algo casi por inercia y, durante unos minutos, hablamos de cosas sin importancia, de detalles superficiales, de cualquier cosa que retrase lo inevitable. Pero llega un punto en el que el silencio se instala entre nosotros, uno que ya no se puede evitar, y sé que es la hora.

—Liam... —empiezo, pero me cuesta seguir.

Él me mira y en su expresión hay algo distinto, como si ya lo supiera.

—Pasa algo —dice.

No es una pregunta, es una certeza. Respiro hondo y me limito a aceptar que esta conversación ya no se puede retrasar más.

—Sí.

Bajo la mirada un segundo, junto las manos sobre la mesa para no temblar y, cuando vuelvo a hablar, lo hago sin rodeos.

—No puedo casarme contigo.

El aire cambia, se vuelve más denso, más pesado.

Liam no reacciona de inmediato. Se queda quieto, observándome, procesando cada palabra, y eso... eso lo hace todo

más real.

—Vale... —dice finalmente, apoyándose en el respaldo de la silla —. No me lo esperaba así de directo, pero... gracias por no alargarlo.

Puedo ver confusión en su mirada y algo de frialdad, pero siento que le debo una explicación.

—No es solo eso.

Y aquí viene lo difícil.

—Hay alguien más —me dice, tomando mi mano a pesar de verme nerviosa—. Es Graham, ¿verdad?

Cierro los ojos un segundo.

—Sí.

—No hace falta explicar nada más. Lo supe desde el momento en que lo vi contigo en aquella gala. Algo no me cuadraba, pero quise confiar en ti, no solo porque yo fuera un recurso fácil, sino porque te veía feliz conmigo. —Ahora suelta mi mano, confundido—. ¿Ha pasado algo entre vosotros? —pregunta, sin reproche, pero con una calma que duele.

Trago saliva.

—Sí.

No voy a mentirle. No después de todo lo que ha estado haciendo por mí.

Liam asiente despacio, como si cada pieza fuera colocándose en su sitio, aunque no le guste el resultado.

—Entiendo. Qué ingenuo he sido al pensar que lo tenía todo contigo...

Escucharlo decir eso me rompe un poco más.

—Lo siento —murmuro.

—No —niega—. No lo sientas, Judith. Lo que no tendría sentido es que te casaras conmigo sin estar segura.

Vaya, después de todo lo que le he dicho, suena sincero y amable. Yo no habría actuado así seguro; mis arranques emocionales me habrían hecho gritarle algún improperio.

Se inclina ligeramente hacia delante.

—Pero escúchame —añade—. La propuesta sigue en pie.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—El matrimonio —dice con total naturalidad—. Podemos hacerlo igualmente, ayudarte con lo del casino... sin necesidad de que haya nada más.

Lo miro sin entender.

—Liam...

—No sería la primera vez que alguien se casa por conveniencia —continúa—. Podemos establecer límites, condiciones... lo que necesites.

Niego despacio, porque ahora sí lo tengo claro.

—No.

Él se queda quieto.

—Judith, piénsalo bien...

—Lo he pensado —lo interrumpo—. Y precisamente por eso no puedo hacerlo.

Mi voz tiembla un poco, pero no me detengo.

—He pasado demasiado tiempo haciendo lo que se esperaba de mí, tomando decisiones prácticas, inteligentes... pero vacías. Y no voy a hacerlo otra vez.

Respiro hondo.

—No puedo casarme sin amor. —Vuelve a cogerme la mano y me mira directamente a los ojos, unos que ahora mismo están empañados—. Aunque eso signifique perderlo todo —añado.

Liam me observa en silencio y en su mirada hay algo parecido al respeto.

—Entonces no tengo nada que discutir —dice finalmente—. Porque eso... eso es lo único que no se negocia.

Siento un nudo en el pecho.

—Gracias. No quiero que pienses que no te quiero, porque no es eso; pero no estoy enamorada y con él... Tengo un pasado pendiente y necesito saber qué siento de verdad sin engañarte.

—Agradezco tu sinceridad, Judith. Y ojalá ese amor sea correspondido, porque te mereces toda la felicidad del mundo.

Nos levantamos y durante un segundo dudamos, como si no supiéramos muy bien cómo cerrar esto, pero de repente me abraza cariñosamente.

—Cuídate, Judith.

—Tú también, Liam.

Y se va sin reproches, sin drama, pero con dolor en los ojos. Y no te negaré que yo también lo siento.

Salgo del restaurante con el corazón acelerado y la sensación de haber saltado al vacío sin red, como si acabara de romper el único plan que me mantenía en pie; como si, a partir de ahora, todo fuera incierto, peligroso... pero también real.

Y por primera vez en mucho tiempo respiro profundamente. Saco el móvil, dudo por un momento y marco su número. Porque realmente llevo todo el día deseando oír su voz.

—¿Sí? —responde al otro lado.

—Graham... —Mi voz sale más suave de lo que esperaba—. Tenemos que vernos.

—Dime dónde y te recojo ahora mismo.

Decido quedar con él en el lago Mead.

Lo encuentro donde siempre, apoyado en su moto, mirando al horizonte. Y cuando me acerco, se gira despacio, como si ya supiera que soy yo, como si me reconociera incluso sin verme.

—Qué rápida —dice.

Asiento. Me acerco a él y siento que esta vez no hay ninguna barrera entre nosotros, ni ninguna excusa para no poder estar juntos.

—He hablado con Liam.

Noto cómo su expresión cambia poniéndose a la defensiva; de nuevo su miedo se instala entre nosotros.

—¿Y?

Respiro hondo.

—Se ha acabado.

—Judith... —empieza, pero no le dejo seguir.

—No lo he hecho solo por ti. —Necesito dejarlo claro aunque le duela escucharme—. Lo he hecho también por mí.

Sus ojos no se apartan de los míos.

—Porque no puedo seguir fingiendo —añado—. Porque no puedo casarme sin sentirlo... y porque...

Trago saliva.

Pero no me echo atrás.

—Porque lo que siento por ti no ha desaparecido nunca.

El aire se detiene literalmente y en ese instante, en ese jodido instante, nos besamos como no lo hemos hecho antes: sin presión, sin rencor y sin todas esas murallas absurdas tras las que llevamos años escondiéndonos para no admitir lo evidente.

Graham me agarra la cara con ambas manos como si tuviera miedo de que desaparezca, como si todavía no terminara de creerse que sea yo quien ha dado el paso. Y, cuando su boca se mueve contra la mía, siento que todo lo que he intentado contener durante años me explota dentro del pecho de golpe, arrasándolo todo.

El beso empieza lento, casi inseguro, como si ambos estuviéramos recordando el camino de vuelta al otro, pero dura exactamente dos segundos. Porque, en cuanto mis dedos se pierden en su pelo y noto cómo su respiración se rompe contra mi boca, toda la tensión acumulada entre nosotros termina estallando de la única forma posible.

Me aprieta contra él con fuerza, haciendo que mi cuerpo choque contra el suyo mientras yo me aferro a su cazadora como si el suelo acabara de desaparecer bajo mis pies. Y entonces ya no hay dudas, ni orgullo, ni reproches, ni todas esas conversaciones pendientes que nos han destrozado durante tanto tiempo. Porque lo único que existe es la manera en la que me besa: desesperada, intensa, necesitada, como un hombre que lleva demasiado tiempo intentando olvidar algo imposible.

Y yo le correspondo igual.

Porque llevaba demasiado tiempo mintiéndome.

Porque ninguna cita, ningún plan absurdo, ningún futuro inventado con otra persona ha conseguido hacerme sentir ni una mínima parte de lo que siento ahora mismo entre sus brazos.

Graham separa apenas unos centímetros su boca de la mía, respirando agitado, y apoya su frente contra la mía mientras sus dedos siguen acariciándome el rostro con una delicadeza que me destroza mucho más que cualquiera de nuestras discusiones.

—Joder, Judith... —murmura con la voz rota—. No sabes cuánto tiempo llevo esperando escuchar eso.

Cierro los ojos un segundo, sonriendo contra sus labios, sintiendo cómo, por primera vez en muchísimo tiempo, todo encaja exactamente donde tiene que estar y por fin podemos ser libres para dejarnos llevar, sin escondernos, sin sentirnos mal, sin el miedo a perdernos el uno al otro.

25. UNA PIZCA DE ESPERANZA

GRAHAM



Escuchar de boca de Judith que ha acabado su relación con Liam me alivia, porque, después del fin de semana juntos, no puedo pensar en otra cosa que no sea volver a meterla en mi cama, secuestrarla y no dejarla salir jamás. Quizá suena algo psicópata, pero es en el buen sentido. Juro que nunca he experimentado esto por nadie y quiero que la primera en saberlo sea Sam. Así que, tras esa conversación en el lago, me voy directo a casa y entro en su habitación sin llamar para contárselo todo.

—No me lo puedo creer —dice con los ojos todavía pegados—. ¿Lo ha dejado?

—Sí —consiguen decir mis labios, dejando escapar esa sonrisa de tonto que se me ha quedado.

—¡Por fin! —grita, y tengo que apartarme un poco de ella para no perder el oído—. Joder, ya era hora. Estaba empezando a pensar que ibais a llegar a los setenta sin aclararos.

Sonrío.

—No cantes victoria —le advierto—. Esto no está hecho.

—Claro que no está hecho —responde—. Ahora es cuando empieza lo complicado.

Apoyo la espalda en la pared, mirando al vacío mientras dejo escapar el aire.

—No quiero cagarla, Sam.

—Pues entonces no hagas lo de siempre.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué es lo de siempre?

—Huir cuando la cosa se pone seria —responde sin dudar—, o hacerte el duro cuando en realidad estás colado por ella hasta las trancas.

Me toco el puente de la nariz con los dedos.

—Muy sutil.

—Soy tu hermana, no tu terapeuta —replica—. Escucha: si de verdad la quieres, esta vez ve en serio, sin juegos, sin orgullo, sin mierdas. Porque, si no, la pierdes.

—Ya la perdí una vez, sé lo que esto implica.

—Pues no lo hagas dos.

—No pienso hacerlo. Pero sabes que quiere ir despacio y tengo miedo por ella, miedo a que pierda el casino.

—Es que te lo has montado fatal. Contigo no quiere errores, no quiere un matrimonio de mierda, ¿entiendes? Quiere uno real, quiere que se lo pidas porque no puedes vivir sin ella, no para que no pierda el casino.

Y me quedo ahí, con esas palabras resonando en mi mente. Porque no lo había pensado, pero quizá mi propuesta fue desesperada; aunque te puedo asegurar que no fue para que no perdiera el casino, sino para no perderla a ella.



Tras nuestra conversación en el lago y tras dejar a Liam, se ha centrado en su trabajo, en ordenar todas sus ideas, cancelar todo lo de la boda y lidiar con el gilipollas de Jason. Pero esta noche es nuestra.

Han pasado dos semanas y estoy que me subo por las paredes, pero he organizado una cena que no puede ser mejor. Por fin no hay tensión entre nosotros: no hay máscaras, hablamos, reímos y recuperamos toda esa confianza que había desaparecido.

—Sigues mirándome como si estuvieras analizando cada uno de mis movimientos —dice en un momento dado, apoyando la barbilla en la mano.

Sonrío.

—Es que lo hago.

—¿Y qué conclusión sacas?

Me inclino un poco hacia ella, bajando la voz.

—Que sigues siendo igual de peligrosa.

Alza una ceja.

—¿Peligrosa?

—Sí —asiento—. Porque contigo nunca sé en qué punto estoy... y, aun así, no puedo dejar de acercarme.

Sus labios se curvan en una sonrisa suave.

Y, durante un instante, todo parece fácil, demasiado fácil. Pero es en ese momento cuando me doy cuenta de que no estamos solos.

Veo a Jason mirarnos con cara de pasa amargada. Está sentado en la barra del casino, con una copa que no debería tener en la mano y una sonrisa que no me gusta nada, observándonos a través del reflejo del cristal como si fuera un espectador más de una película que lleva demasiado tiempo esperando ver.

No necesita acercarse ni interrumpirnos; le basta con mirarnos para hacerse sus pajas mentales, y eso no me gusta ni un pelo.

Cuando Judith se levanta un momento para ir al baño, decide moverse.

—Bonita escena —dice, colocándose a mi lado sin pedir permiso—. Muy... íntima.

No lo miro, porque, si lo hago, creo que el puñetazo que le dio Liam en su día se quedará corto con lo que le puedo hacer yo.

—¿Qué quieres, Jason?

Se ríe por lo bajo.

—Nada que no quieras tú.

Lo miro furioso para que entienda que no estoy jugando.

—Aléjate de ella.

—¿O qué? —responde con calma, demasiado calmado—. ¿Vas a pegarme delante de todo el mundo? No te pega ese estilo.

Aprieto la mandíbula.

—No tienes ni idea de lo que me pega.

Se inclina un poco hacia mí.

—Yo creo que sí —susurra—. Igual que sé que esto... —Señala discretamente hacia la mesa—. No va a terminar bien.

Lo miro fijamente.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí? —Sonríe—. Porque yo veo a una mujer que acaba de dejar a su prometido, que tiene un casino en juego y que se está metiendo en algo que puede destruirla... y a un tipo que llega tarde, como siempre.

El golpe es directo, y lo sabe.

—Vigila, Jason.

—No, Graham. —Niega despacio—. El que debería vigilar eres tú.

Se aparta como si no hubiera pasado nada, como si no acabara de plantar una bomba.

Y cuando Judith vuelve, con esa sonrisa tranquila que aún no sabe lo que se le viene encima, entiendo que esto no va a ser fácil, ni limpio; pero también sé que, esta vez, no pienso apartarme ni un solo paso de ella.

26. UN NUEVO CONTRINCANTE

JASON



Tras la ruptura de Judith con Liam me quedé algo descolocado. Y ahora que entiendo el motivo, me preocupa mucho más.

Ver a Judith tan unida a Graham me jode bastante; sé cuáles son sus sentimientos hacia él, he oído alguna que otra conversación por los pasillos con su amiguita, y no puedo dejar que eso funcione.

Los inversores me están presionando porque la fecha límite está cerca: faltan tan solo tres meses, y cada vez veo más difícil que el casino vaya a ser mío. Así que tendré que ingeniármelas, porque soy hombre de recursos.

Empiezo por lo básico, por lo que siempre funciona: información. Porque todos tenemos algo que esconder, y Graham no va a ser una excepción.

Durante los días siguientes me dedico a observar, a escuchar, a preguntar sin que parezca que lo hago, a moverme por el casino como una sombra que nadie tiene en cuenta pero que lo ve todo. Y lo primero que descubro es que el chico del *wakesurf* no tiene trapos sucios que esconder. Porque, cuanto más indago, más me jode reconocer que no hay nada que sacar a la luz.

Ni deudas, ni líos turbios, ni negocios raros... Solo clases de *wakesurf*, mujeres que lo miran como si fuera un dios griego y

una reputación que, por desgracia, es bastante limpia.

Pensaba que podría descubrir que cuando competía tomaba esteroides o alguna cosa, ya que el tío está bastante fibrado, pero no... Todo limpio, como una patena. Ni una relación escabrosa, ni líos con alumnas... Aunque hay alguna a la que le habría gustado, él no está por la labor.

A pesar de ser un chico que siempre ha estado rodeado de mujeres, ha sabido llevar una vida cauta y silenciosa; no hay nada de él que me sirva.

—Tiene narices... —murmuro para mí mismo mientras reviso otra vez la información que he conseguido, apoyado en el mostrador de recepción mientras una señora mayor me mira con impaciencia.

—Disculpe, joven —dice, golpeando la campanita con una insistencia que me taladra el cerebro—. Llevo aquí diez minutos esperando.

Aprieto la mandíbula, forzando una sonrisa que no siento.

—Solo han sido treinta segundos —respondo con voz tensa.

—Pues se me han hecho eternos —replica ella—. ¿Es que aquí no hay personal cualificado?

Trago saliva, porque si hay algo que me está matando más que perder poder... es este maldito castigo.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Quiero una habitación con vistas, pero no muy alta, que luego me mareo, y tampoco muy baja, que no quiero ruido... y con buena orientación, que por las mañanas me gusta el sol pero no demasiado...

La miro fijamente durante unos segundos, preguntándome en qué momento de mi vida he pasado de negociar millones a discutir sobre la orientación de una habitación.

—Le buscaré la mejor opción disponible —digo finalmente, mecanizando la respuesta.

Mientras tecleo, la señora sigue hablando, y hablando, y hablando... hasta el punto de que, cuando por fin consigo darle la llave, siento que he envejecido diez años.

Y eso que el día no ha hecho más que empezar.

Porque a media mañana aparece Minerva y, claro... ahí sí que se me tuerce el gesto.

Va impecable, como siempre, con esa camisa blanca, ese chaleco negro, esa falda de tubo que me hipnotiza y los tacones que me desarmen. Y es que con sus vestidos de fiesta está buenísima, pero con su uniforme de crupier rompe moldes. Desprende cierto aire de seguridad que antes me resultaba irresistible y que ahora, curiosamente, me pone de los nervios.

Se apoya en el mostrador, mirándome de arriba abajo con una media sonrisa que no sé si es burla o lástima.

—Vaya... —dice—. Quién te ha visto y quién te ve.

—No empieces —respondo seco.

—No, si no empiezo —añade, encogiéndose de hombros—. Solo observo.

Me inclino un poco hacia ella, bajando la voz.

—Oye... podríamos vernos luego —propongo, porque llevo sin mojar tanto tiempo que he perdido la cuenta.

Ella suelta una pequeña risa, pero no es la risa cómplice de otras veces.

—Ya te lo dije el otro día —repite—. Antes eras el jefe de sala... ahora eres recepcionista. No me interesas.

Eso duele más de lo que debería.

—Esto es temporal; además, tampoco te estoy pidiendo matrimonio, chica, solo una buena sesión de sexo.

—Claro —responde—, pero es que ya me han dejado muy claro que las relaciones con los empleados están prohibidas. ¿No querrás que pierda mi trabajo?

Putita Judith de los cojones.

Y, sin añadir nada más, se gira y se marcha, dejándome ahí plantado con la sensación de que acabo de perder algo más que un polvo fácil.

Aprieto los puños sobre el mostrador, conteniendo la rabia.

Perfecto, simplemente perfecto.

Pero si hay algo que tengo claro es que, cuando una puerta se cierra... se abre otra. Y esa otra pasa, inevitablemente, por Graham.

No puedo hundirlo con su pasado... pero sí puedo provocarlo en el presente. Y la oportunidad llega antes de lo que esperaba.

Salgo del turno y lo encuentro en la zona de carga, apoyado en su moto, como si el mundo no fuera con él. Y solo verlo así, tan tranquilo, tan seguro... me enciende por dentro.

Me acerco despacio, sin ocultar mi presencia.

—Bonito juguete —digo, señalando la moto.

Él levanta la vista, clavando sus ojos en mí sin sorpresa, como si ya supiera que iba a aparecer.

—¿Qué quieres, Jason?

Vaya, es directo. Lo dice sin rodeos.

—Hablar —respondo—. De hombre a hombre.

Sonríe, pero no es una sonrisa amable.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Claro que sí —insiste, acercándose un poco más—: Judith.

Puedo notar la tensión en su mandíbula, el leve endurecimiento de su mirada.

—Ten cuidado —dice en voz baja—. Ya te lo dije la otra noche y no me gusta repetir las cosas.

—¿Con qué? —replico—. ¿Con enamorarme de ella o con que tú pierdas lo que nunca has sabido tener?

No llego a ver el movimiento, pero en un segundo está frente a mí, demasiado cerca, demasiado tenso.

—No te metas en lo que no te importa.

Suelto una carcajada.

—Me importa el casino... y ella es la llave.

—No —dice con firmeza—. Ella no es una llave, y si vuelves a tratarla como tal te juro que...

—¿Qué? —lo interrumpo—. ¿Vas a pegarme?

Nos miramos durante unos segundos que se alargan más de la cuenta. Y entonces me agarra de la chaqueta y me arrastra hacia él.

—He oído cosas —dice, bajando la voz—. Sobre inversores... sobre planes... sobre que quieres vender el casino. ¿Crees que has ganado? No te vas a salir con la tuya. Quizá te guste jugar sucio, Jason, pero has olvidado una cosa: yo soy el rey en este lugar. Porque, por si no lo sabías, el señor Alister me crio entre estas

paredes. De pequeño pasaba aquí tanto tiempo que conozco todos los entresijos del casino, y antes de verlo caer en tus manos y que puedas destrozar todo por lo que han luchado los Alister, prefiero contarle todo a Judith.

—No sabes de lo que hablas.

¿Cómo puede haberse enterado?

—Puede que sí —responde, encogiéndose de hombros—. Y puede que Judith también quiera saberlo. Si no se lo he contado es porque la quiero, y no quiero que sufra antes de tiempo.

Me sostiene la mirada, y por primera vez veo algo más que control... Veo peligro.

—Así que, si no nos dejas en paz —dice despacio—, no vas a volver a pisar este lugar.

Sonrío.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde voy a acabar?

Se inclina apenas un poco, lo justo para que solo yo escuche lo siguiente, sin soltarme.

—Limpiando baños... Si tienes suerte, eso sí, en otro casino.

Trago saliva, no porque me asuste... sino porque sé que va en serio.

Él conoce a mucha gente y es capaz de eso y de más.

Se aparta sin decir nada más, dejándome con la palabra en la boca, con las dudas en la mente y con una verdad muy clara.

Si abre la boca, estoy perdido.

27. UNA AMENAZA MENOS

GRAHAM



Llevaba días dándole vueltas a algo que no terminaba de encajar, una sensación incómoda que se me había quedado clavada desde aquella conversación en el bar en la que, sin pretenderlo, escuché a dos tipos trajeados hablar de una posible compra, de una ubicación privilegiada en Las Vegas y de un apellido que conozco demasiado bien: Alister. No hizo falta mucho más para que todas las piezas empezaran a colocarse en su sitio. Porque, si había alguien capaz de vender ese casino sin que le temblara el pulso, ese era Jason.

No necesité más. Ni pruebas, ni confirmaciones; solo esa certeza que te golpea en el pecho cuando sabes que algo va mal. Así que hice lo único que podía hacer.

Plantarle cara para que nos dejara en paz de una puta vez, pero en esta ocasión mostrando mis cartas. Porque evidentemente eran las ganadoras y no iba a dejar que se saliera con la suya.

Después de una conversación en la que me ha sacado de mis casillas y casi le parto la cara —pero en la que me he contenido—, he subido a ver a mi pelirroja con la sensación de que, esta vez, todo va a ir bien.

Subo directo a su despacho, sin avisar, sin pensar demasiado, y cuando abro la puerta me la encuentro de espaldas, revisando unos documentos sobre la mesa con esa postura firme que siempre ha tenido, como si el peso del mundo pudiera caerle encima y, aun así, no fuera a doblarse.

—¿Ahora ya no llamas antes de entrar? —dice sin girarse, pero sé que sabe que soy yo.

Sonrí de lado, cerrando la puerta tras de mí.

—Solo cuando mis ganas de verte pueden conmigo.

Entonces sí se gira, y durante un segundo se queda quieta, mirándome como si no supiera si alegrarse o mandarme a la mierda. Con Judith nunca sabes cuál de las dos va a ganar.

—¿Qué haces aquí, Graham? Tengo trabajo y no habíamos quedado.

Avanzo despacio, apoyando las manos sobre la mesa, inclinándome ligeramente hacia ella.

—Salvarte.

Pone los ojos en blanco, pero no aparta la mirada.

—No necesito que me salves.

—No —respondo sin apartarme—, pero tu casino sí.

—Ya te he dicho que no pienso casarme así, sin más. Necesito tiempo contigo, tiempo de calidad, una relación seria y real, y después, si los dos queremos, con el tiempo...

La observo unos segundos, midiendo cada palabra, porque sé que esta no es cualquier conversación.

Sé que le he dicho a Jason que no le diría nada a Judith, pero no puedo comenzar una relación con mentiras u omisión de información cuando sé que se lo juega todo.

—Jason está moviendo ficha —digo finalmente—. He escuchado a unos inversores hablar de la compra del casino... y no suena a algo lejano.

El silencio que se instala entre nosotros es distinto a otros.

Judith aprieta la mandíbula, baja la mirada un segundo y luego vuelve a mí.

—No puede hacerlo.

—Claro que puede —respondo—, y lo hará si no lo paras.

Se separa de la mesa, pasándose una mano por el pelo, nerviosa, pensando.

Y verla así... me duele más de lo que quiero admitir.

—Este sitio era de tu abuelo —añado más bajo—. No dejes que lo convierta en un negocio sin alma.

Se queda quieta, muy quieta y entonces, sin decir nada, se acerca al mueble donde tiene una foto. La del señor Alister.

La coge con cuidado, como si aún pudiera romperse, y pasa el pulgar por el cristal, acariciando la imagen con una ternura que no le muestra a nadie.

Yo me acerco despacio, colocándome a su lado, y durante unos segundos ninguno dice nada.

—Siempre decía que este lugar no era solo un casino —murmura—, que era una familia.

—Entonces lucha por ella —le digo, mirándola—, pero no lo hagas sola.

Se gira hacia mí y esta vez no hay ironía ni distancia; solo ella.

—¿Y qué propones?

Sonrío.

—Mi propuesta ya está hecha, solo tienes que aceptarla. Y no la hice por miedo, la hice por ti. Porque no me importa el tiempo, sé que lo que quiero tener contigo es para siempre, y por eso estoy preparado para dar ese paso; uno que jamás daría con nadie, y quiero hacerlo contigo.

Nos quedamos mirándonos, demasiado cerca, demasiado conscientes el uno del otro, como si todo lo demás hubiera desaparecido de golpe. Mi mano se mueve sola, rozando la suya sobre la mesa, despacio, sin prisas, como si le diera tiempo a apartarse.

Pero no lo hace. Al contrario, sus dedos se entrelazan con los míos.

—No deberíamos hacer esto aquí, alguien puede vernos —susurra, aunque no se mueve.

—No, no deberíamos —respondo con la voz entrecortada, porque su insinuación me ha puesto enfermo.

Y es que Judith y yo tenemos una conexión magnética y, desde que hemos decidido darnos una oportunidad, no podemos estar juntos, porque cualquier roce nos hace querer mucho más.

Voy hacia las ventanas, cierro las cortinas y echo el pestillo de la puerta.

—Ahora ya nadie puede entrar —digo con una sonrisa bastante peligrosa.

Cuando la beso no hay duda, no hay miedo; solo esa necesidad que cada uno siente por el otro, ese impulso que siempre ha estado ahí, aunque nos empeñáramos en ignorarlo. La atraigo hacia mí mientras sus manos se aferran a mi camiseta como si no quisiera soltarme nunca.

La levanto ligeramente, sentándola sobre la mesa sin dejar de besarla, sin pensar en nada más que en ella, en su piel, en su forma de responder, en cómo encaja conmigo como si nunca hubiéramos estado separados.

—¿Por qué lo tienes tan claro? —murmura contra mis labios.

—Porque siempre has sido tú.

Sus manos recorren mi cuello, mi espalda, tirando de mí, acercándose más. Y el mundo fuera de ese despacho deja de existir durante unos minutos en los que solo estamos nosotros, perdiéndonos el uno en el otro como si el tiempo no importara, como si nada más pudiera romper ese momento.

Desabrocho poco a poco su camisa y subo su falda lo justo para tener un mejor acceso, mientras ella desabrocha mi pantalón y lo deja caer por mis piernas junto a mis calzoncillos. Yo aparto su tanga —uno rosa de encaje que me vuelve loco pero que, en este preciso instante, sobra— y la penetro con una estocada por la que ella intenta gemir. Callo su gemido con un beso; clava sus uñas en mi espalda y eso me vuelve loco. La arrimo más a mí, y ella cruza las piernas alrededor de mis caderas, dándome un mejor acceso. Y ambos disfrutamos del momento hasta que ya no podemos más.

Y suerte que no alargamos mucho la situación, porque de repente aparece Sam para romper nuestra burbuja.

—Vaya, vaya... Al final os habéis encerrado en el despacho para resolver vuestras diferencias... —dice después de que quite el

pestillo para que pueda entrar—. No voy a decir a qué huele tu despacho, amiga, pero no es a la colonia de tu abuelo.

Y todos nos reímos, porque a diferencia de la vez anterior en que estuvimos en este mismo lugar discutiendo sobre nuestras diferencias y la loca idea de mi hermana por salvar el casino, ahora estoy dispuesto a aceptar. Y a mucho más. Porque tenemos una cosa muy clara, y es que vamos a parar a Jason, y lo vamos a hacer juntos.

28. LA ÚLTIMA JUGADA

JASON



El tiempo ha pasado demasiado rápido en medio de toda esta guerra de la que yo solo he sido una pieza. Aunque he intentado de todo para arruinarle los planes a Judith, no me ha servido de nada, porque al final su relación con Graham es real. Y eso me jode, porque sé que voy a perderlo todo.

No dejo de darle vueltas a la cabeza y ni siquiera tengo ganas de acostarme con ninguna mujer. ¿Qué coño me pasa? Esa puta arpía pelirroja me lo ha arrebatado todo.

Estoy ahogado, desesperado, y no sé cómo me las voy a arreglar, porque la cita con los inversores es dentro de dos semanas y no puedo decirles que finalmente no van a quedarse con los terrenos de los Alister.

Me levanto desganado, con el cuerpo dolorido, porque ni siquiera el gimnasio, la ducha o el descanso me han servido para relajarme. Ando por mi casa como si no supiera adónde ir o qué hacer, cuando de repente caigo en la cuenta de que yo siempre he tenido el poder.

Solo tengo que cambiar las tornas y el casino será mío.

Una llama de esperanza se instala en mi mente, pero es suficiente, porque esa idea es la que me hará ganar.

Seguramente me taches de villano de la historia, pero, si te digo la verdad, llegados a este punto, me importa una mierda.

He sufrido tanto desde que Judith se instaló en el despacho del jefe, con ese aire de prepotencia, con esa fuerza impuesta y esa cara de ganadora que cree tener, que no me había parado a pensar que solo necesito su firma. Y no es complicado conseguirla, ya que cada día firma miles de documentos del casino. Solo tengo que colar algún que otro papel en el sitio indicado y listo.

Llevo tiempo jugándosela sin que se entere, porque incluso con el viejo Alister ya lo hacía y tengo mucho ganado. Ahora solo tengo que acabar de cuadrarlo todo para que esta situación me sea favorable, y no me cuesta nada, porque por suerte los contactos turbios siempre han sido lo mío.

Así que, con esa idea en mente, con el cuerpo algo más relajado y mis planes hirviendo en el cerebro, me preparo una taza de café, redacto los documentos que me salvarán el culo y me voy directo al casino.



Tras una tarde en recepción que se me hace eterna, con clientes desagradables que se creen los reyes del universo, Minerva delante de mí como quien no quiere provocar nada, la gente jugando, chillando, ganando y perdiendo, maletas rodando y Graham paseándose por el lugar como si ya fuera suyo, por fin Roger va a subir al despacho para que Judith firme todas las salidas de los técnicos que se encuentran en el casino. Y es en ese momento cuando me permito hacer mi jugada maestra.

Y así sigo unas semanas más.

Llevo tiempo preparándolo todo, modificando cláusulas, mezclando documentos reales con otros redactados específicamente para ella, aprovechando que Judith firma decenas de autorizaciones cada día sin imaginar que entre papeles técnicos, permisos y

renovaciones está escondida la sentencia de muerte del casino. Así que espero pacientemente a que Roger vuelva con todo firmado.

No voy a negar que estoy nervioso. Cada día me pasa. Pero hoy entre esos papeles está el último que necesito y, hasta que mi compañero no vuelve, tengo el corazón acelerado y las manos sudadas. Pero cuando lo veo venir y dejar todos los documentos en la bandeja, mi cuerpo se relaja, porque si no me ha llamado a su despacho es que mi plan ha sido un éxito.

Me dirijo a la bandeja, rebusco entre todos los papeles y ahí está su firma de nuevo. Esa firma tan estilosa que me va a salvar de todo y a ella la va a arruinar.

No sé cómo puede ser tan confiada, aunque a mí eso me viene genial.

Porque mi trampa es perfecta. Ya no importa si se casa o no. Ella ya ha perdido esta propiedad y, en menos de lo que piensa, tendrá que recoger sus cosas de ese bonito despacho, porque no será para mí, pero para ella tampoco.

Hoy salgo del trabajo con una sensación diferente, triunfante, pero es que además siento una euforia que hace que me sienta vivo de verdad, no como una miserable cucaracha, que es como Judith me ha hecho sentir.

Porque te voy a confesar una cosa que hasta ahora no te he dicho: cuando le ofrecí el trato de que se casara conmigo, no solo lo hice por los inversores. También lo hice por mí. Porque, aunque es cierto que pensé en deshacerme de ella de algún modo, Judith siempre ha llamado mi atención. Y así la habría tenido para mí.

Pero ella siempre me ha despreciado, desde el momento número uno en el que puse un pie en este casino. Nuestra rivalidad siempre ha estado presente, y eso me ponía todavía más, porque yo siempre he conseguido a la tía que he querido, y no tenerla a ella me ha jodido mucho.

No me lo pienso y me voy a un club nocturno del Strip, al Notte. Suelo ir allí cuando quiero cierta compañía, y hoy es ese día, uno en el que lo quiero todo.

Cuando llego la veo a ella, a Ariel. Sí, como la sirenita; es su nombre artístico. Es una bailarina muy sexy, con unos pechos

exuberantes y un pelo largo y pelirrojo que me hace pensar en Judith. Aunque por unos cuantos dólares te deja llamarla como quieras.

Le pago un baile privado y tras eso nos vamos a una habitación, y ahí es cuando comienza la fiesta de verdad.

Se desnuda para mí y me quita la ropa poco a poco, de forma sexy y profesional; se nota que sabe lo que hace. Me sienta en una silla y acaricia cada rincón de mi cuerpo, me venda los ojos —ya me conoce, y así es mejor—, porque puedo imaginarme a quien yo quiero, y creo que en ese momento sabes en quién estoy pensando.

Me besa dulcemente el lóbulo de la oreja y me pongo duro como una puta piedra. Necesito follarla ya, pero por otra parte quiero disfrutar de lo que he pagado.

Su lengua desciende lentamente por mi mandíbula hasta perderse en mi cuello, dejando besos suaves, húmedos y peligrosamente lentos que me hacen cerrar los ojos al instante, mientras sus manos descienden a mi centro del placer, porque Ariel siempre sabe dónde tocarme para romperme por dentro sin necesidad de decir una sola palabra.

Noto cómo su respiración caliente roza mi piel antes de que vuelva a besarme, esta vez un poco más abajo, deteniéndose apenas unos segundos sobre ese punto sensible que conoce demasiado bien, provocando que un escalofrío me recorra entero mientras mis dedos se aferran a su espalda casi por inercia.

Cada roce de su boca contra mi cuello consigue que mi respiración se vuelva más irregular y que mi cuerpo reaccione solo, inclinándose hacia ella como si necesitara más.

Entonces noto cómo sonrío contra mi piel al escuchar el pequeño gemido que se me escapa, y desciende por mi pecho, saboreándome cada vez más hasta llegar adonde yo quiero. Allí se entretiene, lame, chupa, succiona, y yo no puedo más. Quiero quitarme la venda, pero en ese momento se iría toda la magia, así que la levanto, la tumbo en la cama, y es entonces cuando la saboreo yo. Desciendo y hago lo mismo que ella; la escucho gemir, y cuando sé que está a punto, succiono con más fuerza mientras introduzco los dedos en ella.

Grita de deseo y yo solo quiero que se corra en mi boca. Lo hace, y tras ese momento la giro, la pongo a cuatro patas y la penetro con fuerza, dejándome llevar por toda la rabia que siento contra Judith. No creas que le hago daño; para nada. Ella disfruta muchísimo, es como le gusta: el sexo duro. Con Ariel puedo desfogarme siempre que no puedo hacerlo con Judith; llevamos años con este juego y nunca se ha quejado.

Cuando me dejo ir, tardo un poco en salir de ella. Luego me tumbo boca arriba en la cama mientras ella entra en la ducha, y me deshago de la venda.

—Gracias por esto, lo necesitaba —comento, bastante aliviado.

—Jason, sabes que me encanta que vengas, pagas muy bien, pero tienes que resolver lo que sea con esa mujer o quitártela de la cabeza. Esa obsesión no es sana.

—Lo sé, lo sé —sonrío, como si fuera tan sencillo.

—¿Quieres venir a la ducha? Si quieres repetimos gratis.

—No, gracias. Tengo que marcharme. Hoy estoy derrotado, mañana me espera un día intenso y quiero estar fresco.

Esa noche duermo como un bendito. Estoy más fresco que una lechuga cuando entran los inversores por la puerta de la cafetería donde hemos quedado. Yo ya estoy más que preparado, con todos los documentos firmados y listo para cobrar.

—Jason, el plazo se termina y no podemos estar esperando eternamente. Falta solo un mes para que se cumpla y seguimos igual. Tenemos otros terrenos y, si no hay cambios...

Ya no lo dejo terminar.

—Lo tengo. La venta está firmada.

Les entrego los papeles y, al ver la firma, se sorprenden.

—Queríais los terrenos y os los he conseguido. El resto no importa.

—Muy bien. Tendrás el dinero en cuanto todo esté correcto.

—Perfecto. El documento es legal y la firma es la de Judith Alister. No tiene por qué haber problemas.

Una vez que lleven los documentos al notario, el casino será propiedad de los inversores y ella no tendrá ni idea.

Tras todo firmado y el pacto cerrado, espero la llamada de los inversores. Cuando me dicen que todo está correcto y que ya han efectuado la transferencia a mi cuenta, mil millones de dólares, no puedo evitar sonreír.

No te asustes por el importe, que es muy grande, pero te aseguro que los terrenos por sí solos valían una auténtica barbaridad por su ubicación en pleno corazón de Las Vegas. Y esto es lo justo: para mí, demasiado; para ellos, una nimiedad; y para Judith... mejor ni lo pienso.

Lo verifico y, en cuanto la recibo, no me lo pienso ni dos minutos. Me dirijo al despacho de Judith.

Llamo a la puerta, como ella siempre me ha pedido, porque Liam sería actor, pero no tan bueno como yo, te lo aseguro.

—¿Hoy llamas a la puerta? Vaya, me dejas impresionada. Eso es nuevo —dice con cierto retintín.

—Vengo a entregarte unos documentos.

Se los dejo sobre la mesa con gesto tenso.

Los lee y me mira sorprendida.

—¿Esto es en serio?

No puede evitar que se le escape una leve sonrisilla, pero quien ríe el último ríe mejor.

—Sí, me voy. Estoy cansado de esta guerra, que es obvio que he perdido. Tú has ganado: el casino y a Graham. Se os ve muy felices, y está claro que os vais a casar, aunque no lo hayas hecho oficial. Y, obviamente, será para que no te la vuelva a jugar. Sé que lo vas a hacer para quedarte con el casino, así que prefiero ahorrarme la humillación.

—Esa es una valoración tuya, no mía, pero acepto tu solicitud de marcharte, porque pase lo que pase tú y yo no estamos hechos para hacer nada juntos.

Eso me jode, pero con mil millones de dólares en mi cuenta, el dolor es menos intenso.

—Pues ya está todo dicho. Espero que seas muy feliz —digo con un deje de resentimiento que no finjo en absoluto.

Mientras abandono el casino y las puertas se cierran tras de mí, saco el móvil, abro la transferencia millonaria y sonrío por primera

vez en meses, porque Judith todavía no lo sabe, Graham tampoco, pero dentro de muy poco ambos van a descubrir que el casino que creen haber salvado ya no les pertenece.

29. TODO O NADA



Veo a Jason salir del casino desde la ventana y no puedo evitar pensar que, tras todo esto, hay algo que no cuadra. Él es un luchador, un guerrero; y, aunque me cueste admitirlo, dudo que haya tirado la toalla. Así que llamo a Graham y a Sam porque necesito saber qué opinan al respecto.

Los empleados del casino están revolucionados; todos quieren saber qué ha pasado. Aunque saben que estos once meses han sido un tira y afloja entre nosotros, no esperaban que él se marchara. Tengo que hacer una reunión para aclararlo todo, pero primero debo tenerlo claro yo.

—¿Qué pasa? ¿Habéis decidido casaros por fin?

Sam entra como un torbellino pensando que la respuesta es esa, pero la realidad es otra.

—Os he llamado a los dos porque ha ocurrido algo muy curioso: Jason ha dimitido.

Ambos se miran sorprendidos.

—No me lo creo —suelta Graham—. No puede ser tan sencillo.

—Yo también lo pienso, pero no sé qué hacer.

—Quizá ha visto que ya no tenía opciones y ha preferido rendirse a verse humillado.

Puede ser, pero sigue sin encajarme nada y presiento que aquí hay gato encerrado.

—A ver... sabemos que quería vender el casino, pues tenemos que investigar. Porque no le pega rendirse tan fácilmente.

En ese momento mi teléfono suena. Es Mark, el abogado de la familia; así que les hago una señal con la mano y cojo la llamada activando el manos libres.

—Hola, Mark, ¿cómo estás? —contesto, mirando a Sam y a Graham.

—Hola, Judith. Bien, muy bien. Escucha, tenemos que reunirnos... Tras nuestra conversación del otro día, he hecho unas indagaciones y necesito explicártelo todo en persona. Además, me ha llegado una documentación y quiero discutirla contigo.

Mark me deja preocupada. Su tono era serio, y eso no suele ser muy normal en él; por eso quedamos esa misma noche en el bar del casino.

No te lo he dicho, pero, después de afianzar mi relación con Graham, y aunque él está dispuesto a casarse conmigo, no he aceptado su propuesta.

No quiero una boda exprés con él. Quiero vivir nuestra relación intensamente y, claro que querré casarme, pero no quiero precipitar nada. Él me importa mucho más que este lugar, aunque eso signifique traicionar a mi abuelo. Por otra parte, si lo pienso detenidamente, él estaría orgulloso de que tomara esta decisión, porque siempre me ha enseñado que, aunque la mente es racional, hay decisiones que no dependen de la razón, sino que se toman con el corazón. Y esta es la mejor decisión que podía tomar, por lo que hablé con Mark a ver si de alguna forma podíamos impugnar la decisión de mi abuelo de cederle el casino a Jason.

El resto de la tarde transcurre como si nada. Graham, desde que estamos juntos, pasa mucho rato por aquí, me ayuda con las gestiones del casino, controla los accesos, se ha hecho con el personal y está muy involucrado.

No me cabe la menor duda de que sería un buen director junto a mí. Pero, desgraciadamente, si no hay nada que cambie, no

podremos disfrutar de trabajar juntos. No puedo pedirle que lo deje todo por mí, aunque siempre espero que tome él la decisión.

Llegada la hora acordada con Mark, nos vamos al bar del casino para esperarlo. En ese momento, aparecen tres hombres preguntando por mí y me entregan una carta.

Todo es muy misterioso; parecen agentes de seguros trajeados. Abro la carta y en ella me invitan educadamente a abandonar el casino en un plazo no superior a un mes, ya que ellos son... ¿los nuevos propietarios?!

Graham coge la carta antes de que mis manos empiecen a temblar demasiado y revisa cada línea con el ceño fruncido.

—¿Tú has firmado algo de esto? —me pregunta, sorprendido.

—Qué voy a firmar yo nada, si no he visto a estos hombres en mi vida. Ni esos papeles tampoco. Además, tú más que nadie sabes lo que significa este lugar para mí. Jamás vendería el casino.

—Pues algo ha pasado. —Ahora se dirige a ellos—. Señores, esto se trata de un error, pero el abogado de la señorita Alister llegará de un momento a otro y podrá aclararlo.

Ahora me temo lo peor. No sé cómo me está pasando todo esto; estoy furiosa y a la vez decepcionada conmigo misma, porque yo lo he permitido. Me derrumbo allí mismo.

—¿Cómo me ha podido pasar esto? Mi vida es una puta pesadilla. Ha tenido que ser Jason, por eso ha dimitido. El muy hijo de puta.

Ahora estoy enfadada, no; lo siguiente.

—Señorita Alister, los documentos son perfectamente legales, el pago se ha efectuado correctamente y la propiedad de los terrenos, junto con los derechos de explotación, han sido transferidos a nuestro grupo inversor. Por lo que le recomendamos que, junto a su abogado, revise detenidamente toda la documentación antes de tomar cualquier medida precipitada.

Lo miro con una rabia tan intensa que apenas puedo soportar su tono educado y profesional.

—Esto no se va a quedar así. Principalmente porque yo no he recibido nada, por lo que, si les han estafado al igual que a mí, tendremos que ponerle solución.

—No es una estafa en el momento en el que usted misma deriva el pago a un tercero.

¿Que yo qué? Lo que me faltaba por oír.

Me vuelve a mostrar los papeles y ahí, de nuevo, está mi firma. Limpia, perfecta, imposible de discutir. Siento cómo el aire me abandona poco a poco mientras el ruido del casino continúa detrás de nosotros como si nada estuviera pasando: las fichas chocando unas contra otras, las máquinas sonando, las risas lejanas de algunos clientes completamente ajenos a que mi mundo acaba de romperse delante de mis narices.

—A partir de este momento comenzará el proceso de transición empresarial y, durante las próximas semanas, se revisará toda la operativa del complejo para preparar una futura remodelación bajo una nueva dirección. Entendemos que es una situación delicada, señorita Alister, por eso nuestro objetivo es que todo se lleve a cabo de la manera más ordenada y profesional posible.

No soy capaz de responder.

Me quedo inmóvil en la silla, mirando esos documentos como si en cualquier momento fueran a cambiar delante de mí, como si todo esto pudiera deshacerse solo.

Un camarero aparece justo entonces, dejando unas bebidas en la mesa de al lado, y el sonido del cristal contra la madera me devuelve de golpe a la realidad.

Sam, que hasta hace unos segundos parecía que se iba a unir a la guerra, se queda callada por primera vez en toda la noche.

Y eso me asusta todavía más.

Graham me observa en silencio unos segundos antes de acercarse despacio y acariciarme la mano por debajo de la mesa, obligándome a mirarlo. Intenta mantenerme aquí, presente, cuando siento que estoy a punto de derrumbarme delante de todo el mundo.

Los hombres guardan los documentos dentro del maletín con una tranquilidad que me pone enferma.

Como si esto no fuera mi vida y solo fuera un negocio más.

—Esto no va a quedar así... —consigo decir al fin, aunque la voz me sale rota—, porque yo no he vendido nada y pienso demostrarlo.

El hombre trajeado asiente con educación, pero ni siquiera parece preocupado.

—Entonces le recomendamos que hable cuanto antes con su equipo legal para revisar toda la documentación y determinar cómo proceder.

Y, después de eso, se marchan.

Como si acabaran de reservar una mesa para cenar y no de arrebatarme el legado de toda mi familia.

Los observo atravesar el casino mientras el corazón me golpea tan fuerte que apenas puedo respirar. Cuando desaparecen entre la gente, siento que todo el ruido del lugar me cae encima de golpe.

Graham se levanta de golpe, tirando la silla hacia atrás con tanta fuerza que varios clientes giran la cabeza.

—Voy a matarlo.

—Graham... —susurra Sam.

—No, Sam, esta vez no. Esta vez se ha pasado.

En ese momento llega Mark y, al verme derrumbada, se acerca con cautela. Creo que ya sabe lo que ha pasado y de eso es de lo que quería hablar.

—Mark, ¿tú sabías algo de todo esto? —le espeta Graham, mostrándole la carta.

Tras ver su reacción, no duda en increparlo.

—Me da la impresión de que esto no te pillas de nuevas...

Ahí está mi chico, como una moto, pidiéndole explicaciones.

—Nos ha llegado la venta de los terrenos y me ha parecido extraño, así que he investigado y he descubierto que Jason ha aprovechado documentación interna ya autorizada y ha modificado anexos después de la firma; por eso no ha saltado ninguna alerta inicial. Todo apunta a que lleva tiempo organizando todo esto.

—Pero entonces... ¿por qué no lo ha hecho a su nombre si ha falsificado esos documentos? —pregunta Graham sin entender nada, cogiéndome la mano para que me calme. En estos momentos estoy que no vivo, y solo escuchar a mi chico tan enfadado me altera mucho más.

—Porque no es tan tonto como creemos. El casino siempre ha sido de Judith; lo único que estaba en peligro era la dirección del

mismo. Al parecer, ella ha estado tan pendiente de la cláusula de matrimonio que no prestó suficiente atención en su momento. Lo que dice el testamento es que todos los activos y bienes son suyos, y que la dirección del casino, si no se casa, pasará a ser de Jason. Pero solo la dirección, nada más.

Ahora es cuando salgo de mi letargo y lo miro con los ojos abiertos como platos.

—¿En serio? Siempre ha sido mío... y yo he hecho una puta montaña de un grano de arena... Joder, Mark, ¿por qué me lo dices ahora? Sabes que llevo preocupada mucho tiempo.

—Perdóname, Judith; pensaba que querías dirigir esto...

—Claro que quiero dirigirlo, pero mira lo que ha pasado... Joder.

Ahora estoy indignada, enfadada, furiosa. Tengo muchos sentimientos contradictorios, además de instinto asesino en contra de Jason.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

Me encojo en mi silla y solo puedo llorar, desesperada. Graham me abraza.

—Cariño, no te preocupes, encontraremos una solución.

Me besa la sien despacio mientras me aprieta contra su pecho y, durante unos segundos, intento convencerme de que, mientras él siga aquí, quizá todavía no esté todo perdido.

—Déjame hablar con Dennis. Quizá hay algo en el testamento que hemos pasado por alto, alguna cláusula adicional. Yo solo me he centrado en la boda, pero hay más cláusulas que tu abuelo dejó por escrito y quizá allí tengamos una respuesta.

No logro reponerme por más que me digan; esto es un infierno.

Ya lo dije en un principio: esto es una herencia envenenada. Primero tengo que buscar un marido a toda costa, algo que me ha hecho volverme loca y no centrarme en mi negocio como debería. Porque, si hubiera estado tranquila, sin pensar en esa puñetera cláusula, hubiera verificado cada puto documento que firmaba y jamás hubiera firmado nada que no tocara.

Jason me la ha jugado, pero esto no va a quedar así. Él ha sacado dinero, nos ha engañado y tiene que pagar las consecuencias. Quiero que lo encierren de por vida.

Es en ese momento cuando levanto la vista hacia el casino a través del cristal del bar y veo a la gente jugar, reír, brindar y caminar por ese lugar sin tener ni idea de que dentro de un mes todo podría desaparecer. Y, por primera vez desde que mi abuelo murió, entiendo lo que realmente significaba aquella herencia.

Esto no solo es un casino, un hotel, un bar, un restaurante... Esto es un hogar, un refugio, una familia. Es mi legado y no voy a ceder; pienso luchar por él hasta mi último aliento. No estoy dispuesta a que nadie lo destruya.

30. SORPRESAS

JASON



Todo ha salido justo como yo quería y, sinceramente, no puedo decir que no lo haya disfrutado. Ver la cara de Judith cuando he presentado mi dimisión ha sido satisfactorio, sí, pero nada comparado con el momento en el que esos hombres han aparecido en el casino y le han comunicado que ya no le pertenece. Porque ahí, justo ahí, he visto cómo algo dentro de ella se rompía de verdad, y esa imagen vale muchísimo más que cualquier discusión que hayamos tenido durante este último año.

Llámame cínico si quieres, pero no podía perderme ese momento; así que he vuelto solo para esconderme tras unas plantas artificiales del bar, para no perderme esa escena que ha sido mejor que un drama turco.

Puedes pensar que soy rencoroso, malvado o lo que quieras, pero te voy a decir una cosa: todo lo que pienses de mí me importa menos que un pimiento. Porque yo ahora soy millonario y lo único que me importa es hacer mis maletas para irme lejos, muy lejos. A un lugar donde nadie me encuentre y que, por supuesto, no tenga orden de extradición; porque seguro que Judith intentará denunciarme por falsificación documental, estafa, apropiación indebida, entre otros delitos que no te voy a detallar.

Mis contactos, como siempre, me ayudarán a salir de Las Vegas, algo que no me va a resultar complicado porque, por el momento, no hay nada en mi contra. Ya me aseguré muy bien de que todos los documentos fueran lo más legales posible para curarme en salud.

Mi nueva vida será en Dubái. Un lugar que es perfecto para mí, donde puedo comenzar de cero sin problema y donde nadie va a hacer demasiadas preguntas mientras tenga dinero suficiente para comprar silencio.

Ya he alquilado un ático de lujo y un deportivo para moverme por allí, y he concertado dos entrevistas de trabajo en lugares importantes para los cuales estoy muy cualificado. Así que podemos decir que esto ya está casi hecho.

Estoy terminando de empaquetar todas mis cosas cuando llaman a la puerta. Abro sin mirar pensando que es Leonard, que es quien me ha ayudado con todo esto, pero, en cuanto veo quién está al otro lado, noto cómo todo mi cuerpo se tensa.

Es Graham, y por la expresión que lleva sé que no ha venido precisamente a hablar.

—Tú, pedazo de mierda con patas, ¿vas a algún lado?

Su voz suena peligrosamente calmada, pero sus ojos recorren las cajas del salón, los billetes de avión sobre la encimera y el portátil abierto encima de la mesa. Mierda.

Él ni se inmuta; solo entra en el piso sin pedir permiso. El silencio que deja detrás cuando cierra la puerta pesa más que cualquier grito.

—A dónde yo me vaya no es asunto tuyo. ¿No deberías estar consolando a tu novia? —escupo, con cierta chulería.

—Ella no sabe que estoy aquí —dice acercándose despacio—, y creo que el otro día no te quedó claro qué pasaría si volvías a hacerle daño.

Suelto una risa seca.

—¿Vas a pegarme en mi propia casa? Muy inteligente, campeón.

—No me provoques.

Ahora sí noto la tensión en su mandíbula, en sus puños, en la forma en la que me mira, y por un instante entiendo que realmente podría perder el control.

Una de las cajas cae al suelo al golpearla con su pierna y varias fotos de Judith se desparraman por el parqué.

Ninguno de los dos aparta la mirada.

—Tú has ganado, te has quedado con la chica, es lo que querías, ¿no? Y, sinceramente, no entiendo cómo lo has hecho, porque tú nunca has estado a su lado, ni siquiera cuando su abuelo murió.

Intento darle donde más duele, porque es la verdad: ella lo ha perdonado demasiado rápido.

—A ver cuándo entiendes que ella no es un premio. Es libre de elegir con quién quiere estar, al igual que lo ha sido para perdonarme mis cagadas. Pero eso no es lo que te tiene que preocupar ahora. —Me lo dice con un tono duro y seco.

—No es vuestra historia lo que me preocupa —continúo, acercándome un paso—. Lo que me preocupa es que Judith sigue siendo incapaz de ver quién ha estado siempre ahí.

—No confundas obsesión con amor —escupe, mirando de nuevo las fotos.

—¿Obsesión? —Me río—. Tú has aparecido después de años sin hablaros y, aun así, ella ha vuelto a mirarte como si fueras el centro del universo. ¿Sabes lo que es verla todos los días y no tenerla nunca?

Graham aprieta los dientes.

—Olvídate de ella.

—No puedo.

La respuesta sale demasiado rápido y no estoy mintiendo.

Y eso le cabrea todavía más.

Me paso una mano por la nuca mientras camino por el salón intentando descargar toda la tensión que llevo dentro desde hace meses.

—Tú no entiendes una mierda, Graham. Tú te fuiste. Yo me quedé aquí viendo cómo se desvivía por este casino, cómo se rompía intentando demostrarle a todo el mundo que podía sola, cómo nunca abría su corazón a nadie porque, claro, ya estaba ocupado. Mientras yo solo quería estar con ella, ella vio un rival en mí y nunca me dio pie a nada, ni a una mísera amistad. Y entonces vi la oportunidad perfecta. Álvaro tenía dudas sobre ella y...

Él frunce el ceño.

—¿Qué tiene que ver Álvaro en todo esto? —dice, cortando mi estupendo monólogo.

Y es cuando sonrío para contarle lo mejor de todo.

—Mucho más de lo que imaginas.

Ahora sí capto toda su atención.

El ruido lejano del tráfico entra por las ventanas del piso mientras él espera mi respuesta sin moverse.

—Yo nunca obligué a Álvaro a hacer nada —digo finalmente—, pero sí supe alimentar sus dudas, porque estaba convencido de que Judith necesitaba estabilidad, alguien que la cuidara, alguien que dirigiera esto con ella... y yo me encargué de repetirle exactamente eso durante años.

—Eres un hijo de puta —escupe, enfurecido.

—No, soy alguien que vio una oportunidad antes que vosotros.

—Manipulaste a un hombre enfermo.

—Le hice creer lo que ya temía.

El golpe llega tan rápido que apenas me da tiempo a reaccionar.

Graham me agarra de la pechera y me empotra contra la pared con tanta fuerza que uno de los cuadros cae al suelo.

Esta vez no está fingiendo.

Y lo peor es que, por primera vez desde que ha llegado... dejo de sentirme totalmente seguro.

—Escúchame bien —dice acercando su cara a la mía, mientras la vena de su cuello late con fuerza—: si vuelves a acercarte a Judith o intentas joderle la vida más de lo que ya lo has hecho, me dará exactamente igual lo que me pase después.

Durante unos segundos no me suelta, y el silencio entre nosotros resulta mucho más violento que cualquier amenaza.

—Ella jamás te habría elegido —murmura, soltando mi agarre—. Ni aunque yo no existiera.

Eso sí me duele, pero antes de que pueda responder vuelven a llamar a la puerta.

Me aparto de él y abro para huir claramente, pero entonces un hombre trajeado me entrega un sobre certificado.

Firmo sin entender nada, rompo el sello y leo rápidamente el contenido sin esperar tan siquiera a que Graham reaccione de nuevo y vuelva a arremeter contra mí. Pero lo que leo me deja sin habla; esto no lo había calculado.

—¿Qué es eso? —pregunta Graham, todavía alterado al ver mi reacción.

Y entonces el estómago se me contrae.

Porque en el documento se solicita mi presencia obligatoria en una segunda lectura del testamento de Álvaro Alister, prevista para el aniversario exacto de su muerte, que es en dos días.

Frunzo el ceño. No entiendo nada, porque el casino ya no es suyo, ni mío. Todo esto debería haber terminado ya.

—¿Qué pasa? —insiste Graham.

Levanto lentamente la vista del papel.

—Al parecer... el viejo dejó instrucciones adicionales para dentro de un año.

En ese momento Graham abandona mi piso dejándome ahí plantado y, en parte, aliviado. Por primera vez en mucho tiempo una sensación incómoda empieza a abrirse paso dentro de mi pecho, así que no me quedan más opciones que ir, porque si no voy vendrán a buscarme y ahora no puedo jugarla.

31. GOLPE DE REALIDAD



*T*ras la venta de los terrenos del casino, Mark y sus compañeros se ponen manos a la obra con los documentos. Habla con Dennis y me llaman para que acuda urgentemente a su oficina.

Llamo a Sam para que me acompañe porque no quiero ir sola y Graham está trabajando, así que ella no se lo piensa dos veces. Quiere resolver esto tanto como yo, porque para ella este lugar es especial.

Cuando llegamos, me para antes de entrar, me agarra de los hombros y me mira a los ojos.

—¿Estás preparada para lo que te vayan a decir?

Lo pienso dos veces y, aunque sé que es muy complicado demostrar que no sabía lo que firmaba y que esos documentos son legales, estoy dispuesta a afrontar cualquier decisión.

No es que me quede sin nada, porque mi abuelo me dejó muchas cosas: bienes inmuebles, mucho dinero... Pero el casino, para mí, era ese lugar mágico que nos unía, con sus luces, sus sonidos, sus salas, sus espectáculos, su gente... Era refugio para mis amigos, era mi abuelo y toda su esencia, su alma, y no quiero perderlo porque hay demasiados recuerdos.

—Sinceramente, no. Y espero que haya algo, por muy mínimo que sea, que pueda anular esta venta, pero eso es solo una esperanza...

Ella me abraza fuerte y me susurra al oído:

—Jud, yo confío en que la hay, tengo un palpito. La esperanza es lo último que se pierde. Yo no me di por vencida nunca contigo y con Graham, y miraos ahora: sois la pareja perfecta. Esa pequeña esperanza de que fueras mi cuñada ha hecho que hoy se haya convertido en una realidad. Estáis juntos, sois felices, os queréis y eso es lo que siempre me ha bastado. Y, en este caso, eso será suficiente para que nadie nos arrebatase nada.

La abrazo con fuerza y entramos en el despacho.

Un número considerable de abogados se encuentra dentro, junto con los inversores que han comprado el casino, algo que me sorprende porque no sabía que ellos también estarían aquí.

Nos hacen tomar asiento y, en este momento, estoy nerviosa, asustada y a la vez ansiosa por saber por qué estamos aquí todos.

—Buenos días. Perdonen que les hayamos llamado a todos, pero creemos que es necesario que escuchen esto para buscar la mejor solución a este problema, que obviamente tendremos que resolver.

La sala está en silencio, pero todos nos miramos unos a otros sin saber qué nos van a contar.

—Una vez analizada toda la documentación de compraventa de los terrenos de los Alister firmada por la señorita Judith Alister, hemos procedido a revisar cada punto. Y, al tratarse de una herencia recibida hace un año, sobre la cual pesaban unas condiciones, hemos solicitado el testamento completo del señor Alister, que estaba en posesión de su notario, ya que todavía quedaba una parte pendiente que se haría efectiva al cumplirse un año de su defunción.

Mark mira a Dennis y le cede la palabra, mientras yo me quedo en estado de shock. ¿En serio mi abuelo ha preparado un segundo asalto? No me lo puedo creer.

—Judith, sé que esto te pillaré por sorpresa, pero tu abuelo era un hombre muy previsor y quiso asegurarse de todo antes de dejarnos. Por eso dejó un segundo testamento para que, llegado el

momento en el que se cumpliera el plazo en el que el casino tuviera una dirección clara, no hubiera problemas.

Lo miro sorprendida, aunque encaja perfectamente con él. Nunca daba una partida por perdida.

—Obviamente no podía incumplir el acuerdo y leerlo antes de tiempo, pero una de las cláusulas del testamento dice que los terrenos del casino no podrán ser transferidos a terceros sin la firma de su hija, Margaret Alister. Y esa firma no está en ningún documento. Por lo tanto, la venta queda invalidada y el casino, junto con todos sus terrenos, continúa siendo de los Alister.

Durante unos segundos solo se escucha el zumbido del aire acondicionado de la sala. Mis ojos se llenan de lágrimas mientras intento procesar lo que acaba de decir.

El casino sigue siendo mío.

Me quedo sin saber qué decir ni cómo reaccionar. ¿Lo he entendido bien?

Sam aprieta mi mano y, cómo no, no puede dejar de ser ella ni en un momento como este.

—¡Sí! ¿Ves? Te lo he dicho. Qué pena que Graham se esté perdiendo esto.

Suelta la frase mirando la cara de los inversores, que está blanca como el papel. No saben ni qué decir.

—Entendemos que han sido víctimas de una estafa millonaria por parte del señor Jason Queen y nuestro equipo legal está dispuesto a ofrecerles soporte para que puedan recuperar su dinero, ya que la señorita Alister no desea vender el casino.

Ellos, de forma educada, aceptan la propuesta de Mark y deciden que, como hay que llamar a Jason para esta segunda lectura del testamento, será allí donde le tiendan una trampa.

Antes de marcharme me dicen que en dos días tendré que volver para la lectura de ese segundo testamento, que ya le han enviado una notificación a Jason y que, una vez allí, esperan que sea arrestado.

Cuando salimos del edificio, Sam está como loca y yo todavía no me lo creo.

—Tengo que contárselo a Graham.

Sam sigue saltando mientras cojo el teléfono para llamarlo, pero se me adelanta.

—Graham, tengo buenísimas noticias.

No me deja ni terminar.

—¿Tú sabías que había otro testamento?

Me quedo callada. ¿Cómo lo sabe él?

—Me lo acaban de decir, pero... ¿cómo lo sabes tú? —miedo me da su respuesta.

—He ido a buscarlo, Jud, no podía dejar las cosas así. Es un hijo de puta y...

Ahora la que no le deja terminar soy yo.

—Y se le ha acabado el chollo. Tenemos un plan, pero no te preocupes, el casino es nuestro y nadie nos lo va a arrebatar.

Me siento como en una nube y, aunque sé que falta esa nueva lectura —que miedo me da—, también sé que mi abuelo siempre ha creído en mí, y si puso esa cláusula para la venta del casino es porque ya se olía algo.

Muy bien jugado, abuelo. Eres un crack, estés donde estés.



Han pasado los dos días rapidísimo, y es que el trabajo en un casino nunca cesa. No he contado nada de lo que ha pasado todavía y muchos esperan que haga una reunión, porque desde la marcha de Jason no lo he hecho, pero quería esperar, porque han pasado demasiadas cosas y espero que los empleados puedan entenderlo.

Ahora lo que me importa es lo que me depare el día de hoy, y no espero más.

Subimos nerviosos a la sala de reuniones del despacho del notario. Graham me coge la mano fuerte y no piensa soltarla, algo que me encanta de él, y nos adentramos en ese habitáculo que hace que se me corte la respiración en cuanto me encuentro a Jason ya sentado en la mesa, con un café en la mano, como si estuviera esperando en una cafetería.

La rabia me consume, pero Graham me para en seco, me mira a los ojos y me susurra al oído que hoy tendrá lo que se merece. Y eso me hace estar más relajada.

Ya no puede hacerme daño. El casino es mío, le ha salido mal su jugada maestra y hoy tendrá su castigo. Las consecuencias serán salir de esta sala con unas esposas a juego con su calva, lisas y perfectas.

Antes de que empecemos, llega mi madre junto a Mark.

Verla entrar me llena de orgullo; es la mujer que admiro, la que aparcó su propia vida para cuidar de mi abuelo en sus peores momentos sin quejarse jamás. Nuestra relación arrastraba las grietas de mi año de ausencia, pero una conversación reciente bastó para sanarlo todo y blindar nuestro vínculo. Al encontrarnos en mitad de la sala, nos refugiamos en un abrazo inmenso. Ella me aprieta con fuerza, se queda a nuestro lado y, codo con codo, nos preparamos para encarar lo que el destino nos tenga reservado hoy.

Dennis comienza su discurso mientras abre un armario en el que hay una televisión enorme.

—Bienvenidos de nuevo. Hoy se cumple un año desde la lectura del testamento de don Álvaro Alister, en el cual puso unas condiciones muy contundentes para la dirección del casino Alister, las cuales no se han cumplido por parte de la señorita Alister. Llegado este momento, don Álvaro dejó un segundo testamento, pero en esta ocasión en forma de mensaje, que quería que todos vieran. Así que procedamos.

Acciona un botón y la cara de mi abuelo aparece en esa gran pantalla. Con sus arrugas y su sonrisa. Y es curioso, porque en ese momento ese olor tan peculiar a su perfume me inunda las fosas nasales.

—Queridos amigos y familia...

La voz de mi abuelo invade la sala y el aire parece detenerse de golpe.

—Si estáis viendo esto significa que ya no estoy ahí para daros dolores de cabeza en persona, así que supongo que tendréis que conformaros con verme en una pantalla.

Una pequeña sonrisa triste aparece en los labios de mi madre, mientras yo aprieto la mano de Graham con fuerza y él me abraza con cariño.

Verlo ahí, moviéndose, respirando, hablando como si todavía estuviera con nosotros, me rompe por dentro.

—No quiero que me recordéis enfermo. Bastante tuve yo con aguantar médicos, pruebas y pastillas durante años como para que encima os quedéis con esa imagen. Prefiero que me recordéis como el hombre pesado que no se perdía una sola noche en el casino, aunque luego tuviera que irse a dormir antes que nadie.

Mi madre suelta una risa ahogada entre lágrimas y hasta Dennis sonríe ligeramente.

—Viví mucho más de lo que los médicos esperaban y eso ya fue un regalo. Tuve una vida plena, con una esposa maravillosa, que fue el gran amor de mi vida; una hija a la que he querido siempre con locura; y una nieta perfecta, desde pequeña hasta que se convirtió en una gran mujer con las ideas muy claras, aunque sinceramente me dio más dolores de cabeza que cualquier enfermedad rara.

—Abuelo... —susurro llorando mientras niego con la cabeza.

En la pantalla sonríe como si pudiera escucharme.

—Judith, sé que probablemente me hayas odiado un poco este último año... y, sinceramente, te entiendo. Puede que incluso hayas querido matarme en algún momento y, créeme, yo también habría querido hacerlo si me obligaran a buscar marido contrarreloj.

Graham ya se está riendo directamente, mientras yo me tapo la cara unos segundos. Me conoce perfectamente.

—Pero necesitaba asegurarme de algo antes de irme. Necesitaba saber que no ibas a encerrarte sola detrás de esas paredes creyendo que podías con todo sin permitir que nadie te quisiera de verdad. Porque eres fuerte, demasiado incluso, pero las personas más fuertes también necesitan a alguien que las sostenga cuando el mundo se cae.

La mano de Graham acaricia lentamente mis dedos y yo me aferro a él todavía con más fuerza.

—Y, si no me equivoco... —continúa mi abuelo mirando fijamente a la cámara— el hombre que está a tu lado ahora mismo es

exactamente quien esperaba que estuviera.

Graham se queda inmóvil.

Puedo notar cómo contiene la respiración.

—Porque yo he visto cómo te miraba desde que erais unos críos y también vi cómo tú fingías que no sentías nada mientras se te caía la baba por él. Así que no, cariño, nunca me engañasteis demasiado bien.

Graham me mira con una sonrisa incrédula y yo noto cómo las mejillas me arden.

—Ahora bien... Jason.

El ambiente cambia de golpe.

Toda la sala se tensa.

Jason deja lentamente el café sobre la mesa y su mandíbula se endurece.

—Sé perfectamente lo que has hecho durante este tiempo. Sé cómo has manipulado situaciones, cómo has intentado jugar tus cartas y cómo has querido aprovecharte del miedo de mi nieta para controlar el casino. Pero, hijo... —mi abuelo suspira despacio— tú cometiste un error muy grande. Pensar que eras el más listo de la sala.

Jason traga saliva.

Por primera vez desde que lo conozco parece incómodo de verdad.

—Porque yo quizá estaba enfermo... pero seguía viendo perfectamente. Y precisamente por eso dejé todo bien atado antes de irme.

Dennis baja la mirada hacia unos documentos, mientras los inversores, que acaban de entrar por la puerta, observan a Jason con expresión seria y él no sabe ni dónde esconderse.

—El casino jamás ha dejado de pertenecer a Judith. Nunca. Lo único que estaba en juego era la dirección del mismo, y aun así establecí límites muy claros para proteger el legado de nuestra familia. Ninguna propiedad podrá venderse o transferirse sin la autorización de Margaret Alister. Así que, si alguien intentó hacer negocios a espaldas de mi familia... me temo que acaba de cavar su propia tumba.

El silencio que invade la sala es brutal.

Jason palidece poco a poco, mientras Mark se cruza de brazos y uno de los inversores aprieta la mandíbula.

Yo directamente dejo de respirar durante unos segundos.

—También dejé otra condición. Si alguno de los dos abandonaba el casino durante este año, la cláusula de dirección quedaba automáticamente anulada. Porque necesitaba saber quién lucharía realmente por este lugar... y quién solo quería el poder.

Mi abuelo sonríe suavemente desde la pantalla.

—Pero no todo iba a ser castigos y dramas, que ya bastante telenovela os he dejado montada. Hay algo más importante que todo esto.

Mi madre rompe a llorar antes incluso de que continúe hablando.

—Durante este último año se ha creado en secreto la Fundación Alister, una organización destinada a ayudar a familias afectadas por el síndrome de Wolfram y a financiar investigaciones para intentar mejorar la calidad de vida de quienes padecen esta enfermedad. Porque nadie debería sentirse solo pasando por algo así.

Las lágrimas comienzan a caerme sin control.

—Judith, quiero que seas tú quien la dirija. Y Margaret... quiero que sigas cuidando de nuestra niña como siempre has hecho, aunque ya no necesite que le sujeten la bicicleta.

Mi madre se ríe entre lágrimas mientras se tapa la boca.

Yo ya ni siquiera puedo hablar.

—Mis últimos años fueron duros, muchísimo más de lo que os dejé ver, pero vosotras hicisteis que mereciera la pena quedarme un poco más. Fuisteis mi motivo para seguir luchando incluso cuando mi cuerpo ya no podía más.

La voz de mi abuelo tiembla apenas un instante.

Y eso destroza lo poco que me quedaba de compostura.

—Así que no lloréis demasiado por mí. He tenido la vida que quería. Y ahora os toca vivir la vuestra. Sed felices, equivocaos, enamoraos, gritad, reconciliaos... pero vivid de verdad.

Entonces mira directamente a cámara una última vez.

—Y tú, Judith... deja ya de huir del amor, porque eres muy inteligente para algunas cosas, pero con Graham siempre has sido

un auténtico desastre.

Lloro riéndome al mismo tiempo y Graham apoya la frente en la mía, cerrando los ojos.

La pantalla se queda en negro.

Y durante varios segundos nadie en la sala se atreve a decir absolutamente nada.

Mis lágrimas no paran y mi madre está igual que yo. Nunca nos hubiéramos esperado esto. Mi abuelo nos ha sorprendido.

No solo nos ha dejado un gran legado que protegeremos siempre, sino que ha creado otro que ayudará a miles de personas, porque esta enfermedad no cuenta con muchas ayudas, tiene muy poca investigación financiada y muchas familias crean iniciativas privadas para intentar avanzar en tratamientos. Así que lo que ha hecho mi abuelo es excepcional.

Jason tarda unos segundos en reaccionar.

Se queda completamente quieto en la silla, con la mirada clavada en la pantalla apagada mientras el silencio de la sala se vuelve incómodo, pesado, asfixiante, y yo puedo ver perfectamente el momento exacto en el que entiende que todo le ha explotado en la cara.

Pero Jason nunca pierde con dignidad. Por eso, en lugar de hundirse, muestra una sonrisa torcida, nerviosa y llena de rabia.

—Vaya... —dice soltando una pequeña carcajada mientras se recuesta en la silla—. Así que el viejo tenía un último truco guardado. Qué sorpresa.

—Jason... —murmura Mark con tono serio.

—No, no, espera, esto es buenísimo —continúa levantándose lentamente—. ¿En serio vais a creer toda esta mierda sentimental? ¿Un vídeo? ¿Unas cláusulas escondidas? ¿Esto os parece normal?

Mira directamente a los inversores intentando recuperar terreno.

—Vosotros sois empresarios. Sabéis perfectamente que esto puede pelearse legalmente durante años. Os han vendido una historia bonita para intentar asustaros y salvar el casino.

Uno de ellos lo mira con absoluta frialdad.

—Los documentos son claros.

La mandíbula de Jason se tensa.

—Claro, claro... ahora todos vais de listos. —Se ríe sin humor mientras pasea la mirada por la sala hasta detenerse en mí—. ¿Y tú qué? ¿Vas a seguir haciéndote la víctima? Porque aquí la única persona que ha firmado documentos sin leer ha sido la gran Judith Alister.

—Cállate.

La voz de Graham suena seca, peligrosa.

Jason sonrío al verlo alterarse.

—¿O qué, campeón? ¿Vas a pegarme delante de todos? Porque eso sí que sería interesante. La niña rica pierde el casino y el novio acaba detenido. Bonita historia de amor.

Graham da un paso hacia él, pero le agarro la mano antes de que haga ninguna locura.

Puedo notar la tensión en todo su cuerpo.

Jason se ríe otra vez, aunque ahora ya no parece tan seguro.

—Además, no podéis demostrar nada. —Mira a Mark rápidamente—. Todo estaba firmado. Legalmente firmado. Así que como mucho esto será una disputa civil.

—No exactamente.

La voz grave del inversor hace que Jason deje de hablar.

Todos miramos hacia la puerta justo cuando dos agentes entran en la sala acompañados del director de Silver Peak Holdings, la agencia inversora.

Y entonces sí.

Entonces Jason palidece de verdad.

—¿Qué coño es esto?

—Jason Queen —dice uno de los agentes acercándose a él—, queda detenido por fraude documental, falsificación, apropiación indebida y estafa millonaria.

Jason da un paso atrás, luego otro. Mira alrededor buscando una salida que no existe.

—Esto es ridículo, yo no he estafado a nadie, ellos aceptaron la compra. ¡El dinero fue transferido legalmente!

—A una cuenta creada mediante documentación alterada —responde Mark—. Y eso convierte esto en un delito penal.

—No podéis demostrar que fui yo quien modificó esos anexos.

—Sí podemos. —El inversor le lanza una carpeta sobre la mesa—. Tus accesos internos, registros de edición, cámaras de seguridad y movimientos bancarios dicen lo contrario.

Por primera vez desde que lo conozco, Jason parece realmente asustado.

Ya no hay arrogancia, no hay superioridad, solo desesperación.

—Judith... —me mira entonces directamente a mí—. Judith, escucha, esto puede solucionarse. Yo puedo devolverles el dinero, podemos llegar a un acuerdo...

—¿Un acuerdo? —pregunto levantándome lentamente—. ¿Después de intentar destruir el casino de mi familia? ¿Después de engañarme durante meses?

—Lo hice por nosotros. —Da otro paso hacia mí, desesperado—. Tú nunca entendiste que juntos habríamos sido imparables.

—No pronuncies la palabra «nosotros» nunca más en tu vida.

Los agentes se acercan y le colocan las esposas mientras él aprieta la mandíbula con rabia contenida.

Y aun así, incluso cuando empiezan a llevárselo, gira la cabeza una última vez hacia Graham.

—Disfruta mientras puedas —escupe lleno de odio—, porque alguien como ella siempre acaba rompiendo todo lo que toca.

Graham ni siquiera se inmuta, solo me rodea la cintura y me acerca a él mientras observa cómo se llevan a Jason fuera de la sala.

Y es curioso, porque mientras escucho el sonido de las esposas alejándose por el pasillo, por primera vez desde la muerte de mi abuelo siento que todo el peso que llevaba encima desaparece un poco.

32. UN FINAL PERFECTO



Tras la detención de Jason y el vídeo de mi abuelo, solo me apetece cenar en familia, con mi madre, Graham y Sam, porque su locura es lo que nos hace falta en este instante.

Ver y escuchar a mi abuelo me ha hecho replantearme muchas cosas; y ahora, estar aquí, sentada en el restaurante del casino, sabiendo que por fin esta absurda guerra ha acabado y viendo a todo el mundo feliz y tranquilo, me hace sentir en calma.

Sé que he arriesgado mucho, pero no podía tomar decisiones que jamás tomaría sin presión. Y, aunque Liam ha sido una persona importante en mi vida, nunca le ha quitado el lugar a Graham.

Mientras estamos pidiendo, Sam suelta una bomba —porque ella es así—, pero eso es lo que hace que la ame con locura y que no solo sea mi mejor amiga, sino también mi hermana.

—Tu abuelo siempre ha sido el mejor, no veas cómo se lo ha montado todo. Incluso estando enfermo ha querido jugar con vosotros. —Comienza a reír como una loca—. Juro que no puedo admirarlo más.

—Ya, pero sus jueguecitos me lo han hecho pasar muy mal —digo, algo indignada.

—Mira, sus juegos solo han hecho que te des cuenta de lo evidente.

—¿Qué es...?

—Que siempre has estado enamorada de Graham, que nunca lo habrías olvidado. Pero lo mejor es que no solo han tenido efecto en ti, sino en él —y ahora lo mira directamente—, porque, chicos, os lo dije un día en el despacho y lo reitero: solo os hacía falta un buen revolcón para solucionar vuestros problemas.

Ambos nos hacemos los ofendidos, pero por debajo de la mesa apretamos nuestras manos más fuerte, porque sabemos que, aunque nos fastidie admitirlo, tiene razón.

—Chicos —interrumpe mi madre—, vamos a hacer un brindis.

Todos la miramos y siento que ahora estamos unidas, que mi abuelo nos ha regalado a ambas una familia perfecta.

—Por Álvaro Alister, para que, allá donde esté, sea feliz, nos cuide y vuele alto.

—Por Álvaro Alister, ese abuelo postizo que nos acogió bajo su ala protectora y nos dio una familia llena de amor. —Graham choca su copa con la de mi madre.

—Por Álvaro Alister... —dice Sam, levantando la copa—, el único abuelo capaz de manipular una herencia como si fuera una telenovela turca.

Todos se ríen.

—Sam... —la regaña.

—¿Qué? Si hasta muerto ha seguido haciendo de las suyas.

—Por mi abuelo, el mejor del mundo. El que me enseñó que no hay que mostrar jamás todas tus cartas y que siempre hay que guardar un as bajo la manga. —Y, en ese momento, junto mi copa con la de ellos. Bebemos y, tras ello, la elevo al cielo, tirando un beso.

La cena transcurre tranquila entre risas, chismes y recuerdos graciosos de situaciones que hemos vivido en el casino de pequeños.

—¿Te acuerdas de cuando Graham se peleó con un cliente porque te guiñó un ojo?

Graham casi escupe la bebida.

—Teníamos diecisiete años.

—Y ya eras un cavernícola —añade Sam.

Todos nos reímos, incluso mi madre; y me encanta verla así, lo que me hace tomar una decisión.



Tras una noche intensa de sexo con Graham que no te voy a explicar, me levanto a regañadientes para dirigirme al casino, donde he citado a todos los empleados para hacer una reunión. Miro mi armario y me decido por un traje de chaqueta color rosa palo, una camisa blanca y zapatos negros. Decido recoger mi pelo en un moño algo desenfadado, pero que me da cierto aire sofisticado. Graham me observa y me besa la frente.

—Estás preciosa. Siento no poder acompañarte, pero necesito ir a hablar con mi jefe.

—¿Estás seguro de la decisión que vas a tomar?

Graham va a dejar su trabajo para dirigir conmigo el casino, no porque así lo quisiera mi abuelo, sino porque es lo que él quiere hacer.

—Quiero estar contigo siempre, Judith, en cada paso, en cada decisión; y si ese lugar es nuestro hogar, quiero estar en él junto a ti, de la mano, viendo cómo crece y haciéndolo nuestro.

Nos besamos de forma lenta y cariñosa, con calma y sin prisa, sabiendo que ya nada de lo que pase en el mundo nos va a afectar si estamos juntos. Y es en ese momento cuando lo tengo claro, porque no podría vivir sin él.

—Graham, te quiero y quiero pasar contigo el resto de mi vida.

Él me abraza. Lo ha entendido perfectamente. Sale corriendo de la habitación en busca de algo que he rechazado unas cuantas veces, pero que ahora ha encontrado su lugar.

Escucho un golpe seco en el pasillo, seguido de un insulto ahogado.

—¿Te acabas de dar contra la cómoda?

—No...

Será mentiroso. Si lleva toda la marca en la espalda... Aunque todo eso deja de importar cuando saca mi anillo de compromiso y me lo pone; los dos lo miramos y nos volvemos a besar. Y, sin que lo espere, me coge en volandas y comienza a saltar feliz hasta que nos caemos al suelo y nos reímos a carcajadas.

—A ver si me vas a romper una pierna antes de casarnos.

Volvemos a reír sin parar.



Cuando llego al casino, un poco más tarde de lo previsto —porque tú ya sabes que aceptar una petición de matrimonio entretiene—, me voy a la sala de actos. Tras pedir disculpas por mi retraso e inventarme un tráfico que no había, me dispongo a explicarles todo lo acontecido.

La gente alucina cuando se entera de todo lo que ha hecho Jason, de que está detenido, y me felicitan tras la noticia de mi próximo enlace con Graham.

—Mi abuelo siempre ha querido que este lugar sea un hogar para todos, y espero que tanto Graham como yo seamos esos jefes que a todo el mundo le gustaría tener. Quiero que nuestra relación sea cercana, que los problemas del pasado queden atrás y confiéis en nosotros. Y, aunque obviamente hay unas normas que cumplir, como en cualquier trabajo, espero que bajo nuestro mando os sintáis orgullosos de pertenecer a este lugar.

Todos aplauden contentos y, aunque les he adelantado que haremos una reestructuración del personal, nadie tiene miedo. No vamos a despedir a nadie, pero evidentemente el puesto de Jason se tiene que cubrir, y necesito ver a quién dejo al mando de algunas cosas, ya que, para mi desgracia, algunas personas —seguidoras acérrimas de Jason— han presentado su dimisión.

Hoy, por primera vez en mucho tiempo, entro en el despacho de mi abuelo sin miedo; y mientras me dejo caer sobre la silla, respirando tranquila, Graham aparece por la puerta con dos cafés.

—¿Señorita Alister? —pregunta con un tono de lo más sugerente.

—¿Sí? —digo, coqueta.

—Creo que deberíamos inaugurar oficialmente esta nueva etapa.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —pregunto de forma muy sensual.

Sonríe de esa forma peligrosa que ya conozco demasiado bien, mientras cierra la puerta con pestillo.

—Ensuciando otra vez tu escritorio.

Y entonces entiendo que, después de todo el caos, por fin estamos exactamente donde siempre tuvimos que estar.

EPÍLOGO



Mis nervios están a flor de piel mientras me miro en el espejo detenidamente y repaso mentalmente que todo esté en su lugar.

Algo viejo.

El colgante de mi abuela, que me regaló mi abuelo para cuando llegara este día, aunque durante mucho tiempo pensé que jamás llegaría a usarlo. Mis dedos acarician la pequeña piedra brillante antes de dejarla descansar sobre mi piel.

Algo nuevo.

Mi vestido. Lo observo caer sobre mi cuerpo como si hubiera sido diseñado exclusivamente para mí, abrazándome la cintura antes de abrirse en una falda de tul suave y elegante que roza el suelo con delicadeza a cada paso que doy. El escote en forma de corazón deja mis hombros al descubierto y las mangas de encaje transparente se ajustan a mis brazos con pequeños dibujos florales bordados que parecen hechos a mano. Todo en él es sutil, romántico y, a la vez, demasiado especial como para describirlo con palabras.

La espalda es todavía más bonita, ligera y delicada. Como si la tela que la compone flotara sobre mi piel.

El encaje sube por mi pecho y se mezcla con pequeñas transparencias que, lejos de hacerlo vulgar, lo convierten en algo elegante, femenino y casi mágico. El velo cae desde mis hombros, recorriendo mi espalda lentamente hasta perderse tras la cola del vestido, y por un instante siento que estoy dentro de uno de esos cuentos que siempre dije que no existían.

Aprieto el ramo entre mis manos intentando controlar los nervios mientras observo mi reflejo una vez más.

Y entonces llaman a la puerta.

—Algo azul, algo azul...

Sam entra como un auténtico torbellino, levantando una liga de encaje blanca con una pequeña cinta de seda azul celeste.

—Casi me da un infarto pensando que lo habíamos olvidado.

No puedo evitar reírme.

Ella se arrodilla frente a mí y me la coloca con cuidado, mientras niega con la cabeza, emocionada.

—Eres la novia más guapa que he visto en mi vida... No sabe mi hermano la suerte que tiene.

Cuando levanta la vista tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Sam, no llores todavía, que me haces llorar a mí.

—Es tarde para eso. Llevo llorando desde que te he visto salir del baño.

Ambas nos reímos y entonces me abraza fuerte. Muy fuerte.

Y en ese abrazo siento absolutamente todo: familia, hogar y calma.

Cuando se separa, aprovecho para observarla. Lleva un vestido palabra de honor color rosa pastel que le queda espectacular. Mi madre aparece detrás de ella con uno verde menta y, por un instante, me quedo mirándolas a las dos en silencio.

En ese momento me doy cuenta de que no se necesita una gran familia para ser feliz, solo a las personas adecuadas.

Respiro hondo antes de bajar al gran salón.

La música ya está sonando suavemente, las conversaciones llenan el ambiente y las luces del casino iluminan cada rincón de ese lugar que durante tanto tiempo sentí que podía perder.

Mark me ofrece el brazo y me dedica una sonrisa tranquila antes de comenzar a caminar conmigo.

Y entonces empieza a sonar *All of me* de John Legend.

El corazón me da un vuelco.

Levanto la vista... y lo veo.

Graham permanece inmóvil al final del pasillo improvisado, observándome como si acabara de olvidarse de respirar. Traga saliva lentamente y niega con la cabeza, incrédulo, mientras una sonrisa nerviosa aparece en sus labios.

Dios, está guapísimo.

El traje oscuro le queda como un guante y esos ojos azules que tanto me gustan no se apartan de mí ni un solo segundo.

A mi paso voy dejando caras conocidas.

María me sonrío emocionada desde una de las mesas. Rick me guiña un ojo como siempre. Virginia le da un codazo disimulado a Trevor porque está grabándolo todo con el móvil como si fuera un documental de Netflix.

Y Sam...

Sam está llorando a moco tendido sin ningún tipo de dignidad.

—¡SIEMPRE SUPE QUE ACABARÍAIS JUNTOS! —grita, levantando una copa desde su mesa.

Mi madre intenta sentarla de nuevo mientras media sala se ríe.

—Sam, por favor...

—¡NO! ¡HOY CELEBRAMOS EL AMOR Y MI TALENTO COMO CELESTINA!

Hasta Graham rompe a reír.

Y entonces llego hasta él.

Sus manos tiemblan ligeramente cuando toma las mías.

—Hola, pelirroja... —susurra emocionado.

—Hola, surfista.

Durante unos segundos el mundo desaparece; solo estamos nosotros.

Pronunciamos nuestros votos, nos colocamos los anillos y, cuando sus labios encuentran los míos, siento que todo encaja por fin. Como si toda esta historia, todo el caos, todas las heridas y todos los errores me hubieran llevado exactamente hasta él.

La ceremonia continúa entre aplausos, lágrimas y risas. Mientras observo las luces del casino reflejarse alrededor de todos nosotros, siento a mi abuelo presente en cada rincón, en cada canción, en cada mirada, en cada paso.

Gracias, abuelo. Por confiar en mí, por jugar sucio, por enseñarme que las mejores partidas son las que se cocinan a fuego lento. Porque ahora lo entiendo todo. La victoria no era conservar el casino; era llegar hasta aquí.

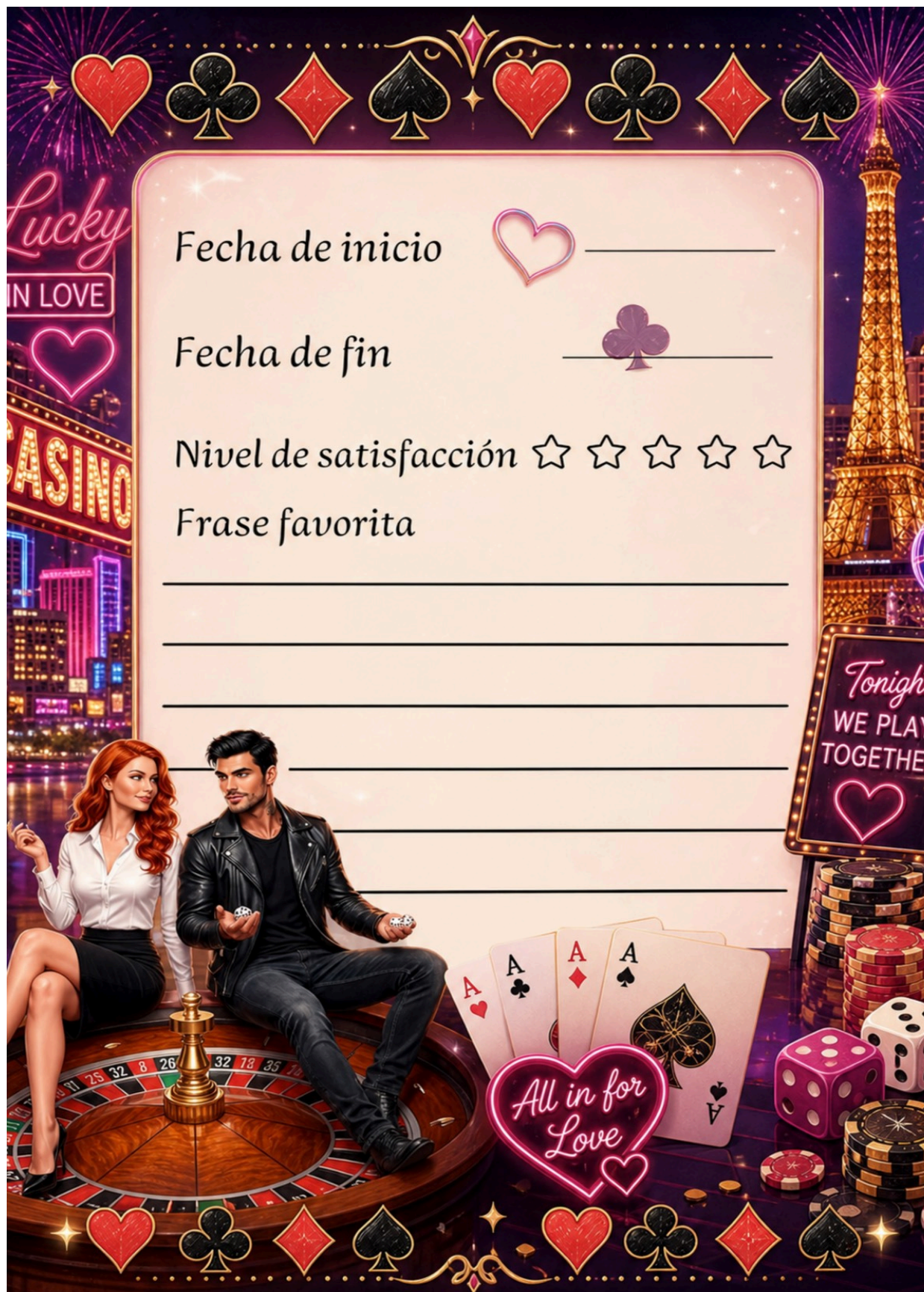
No puedo evitar mirar a Graham una vez más y pensar en la suerte que tengo.

No sé qué nos deparará el futuro. Ni sé si habrá días malos, discusiones o nuevas guerras que librar. Pero sí sé una cosa: ya no tengo miedo.

Porque después de todo el caos, todas las heridas y todas las veces que intentamos alejarnos, por fin estoy exactamente donde siempre tuve que estar.

Y mientras Graham entrelaza sus dedos con los míos bajo la mesa, entiendo algo que me habría dado terror admitir hace un año.

El casino nunca fue el premio. El premio siempre ha sido él.



Lucky

IN LOVE



CASINO

Fecha de inicio



Fecha de fin



Nivel de satisfacción ☆ ☆ ☆ ☆ ☆

Frase favorita

Tonight
WE PLAY
TOGETHER



All in for
Love

AGRADECIMIENTOS

Ya hemos llegado a esta parte que siempre me cuesta tanto... Os contaré que esta novela me ha costado escribirla un poco más de la cuenta, porque mi mente piensa en hacer una comedia romántica, pero, a medida que evoluciona, inevitablemente mis villanos no me dejan hacer lo que yo quiero. Y es lo que ha pasado aquí: Jason tenía que ser malvado, y hay muchas escenas que, a pesar de tener su punto cómico, convierten este libro en uno muy distinto, pero que me ha encantado escribir. Lo he pasado en grande pensando en las batallas que Judith y Jason pudieran presentar y en cómo Graham podía reconquistarla.

En definitiva, han sido horas en las que lo he pasado genial, y eso es lo que cuenta: que vosotros lo disfrutéis.

Ya sabéis que siempre os tengo en mente, pero este libro es más especial, porque en él quiero agradecerlos a todos los que en alguna ocasión habéis estado ahí, soñando conmigo, que me acompañéis en cada paso que doy, porque esto es una carrera de fondo.

En primer lugar, le doy las gracias a mi marido, **Santi**, por darme mi espacio para dejarme llevar por mi creatividad, por mis ilusiones, por la historia... Gracias, amor, por dejarme soñar y por apoyarme día tras día en mis locuras.

A mi mejor amiga, **Eve Romu**, porque, aunque llevamos vidas muy locas, siempre, siempre está ahí para escuchar mis locas ideas. Porque se enganchó a esta historia en tan solo dos capítulos y me ha soportado durante todo el proceso.

A **Eider, Tatiana, Asun y a Claudia**, gracias por prestaros a mis locuras y por arriesgaros a grabaros por mí. ¡Sois las mejores!

A **Rubén, Sonia y Mariam** por lo mismo; me encantan vuestras reacciones.

A mi gran equipo de **Magia de la Lectura Servicios Editoriales**, por hacer un trabajo impecable, porque cada paso que damos es más grande.

A mi pequeña y loca comunidad, que cada vez va creciendo más, y a todas las cuentas de redes sociales que me han apoyado desde el principio. No pongo vuestros nombres porque isois un montón!

Por más historias, más sueños y más personajes que os roben el corazón.

OTRAS PUBLICACIONES DE DANA DARÍUS

- Perderte para volver a encontrarte (Julio 2019) aunque
- ahora nos sorprende con una segunda edición (Septiembre 2021)
- El amor no es para mí (Mayo 2020) Terra Ignota Ediciones.
- Dos cuerpos y una sola alma (Julio 2020)
- Una absurda Historia más (Primer libro de la Serie Historias) (Diciembre 2020)
- Tantas historias y ninguna contigo (Segundo libro de la Serie Historias) (Febrero 2021)
- Los cuentos de hadas ya no existen (Julio 2021)
- Encontrarte sin buscarte (Noviembre 2021)
- Treinta y un días en el maldito paraíso (Junio 2022)
- Wish Club (serie completa) Relatos eróticos que incluyen el relato inédito Fiestas desenfundadas (Febrero 2023)
- El secreto de Coraline Sparks (Junio 2023) Candidata al Premio Literario Amazon Storyteller 2023.
- Estrella Estrella contra Galaxia (Los Superminihéroes vol 1) (Noviembre 2023) Novela corta infantil/juvenil.
- Fuego contra Hielo (Los Superminihéroes vol 2.) (Febrero 2024) Novela Corta infantil/juvenil.
- Deshazte de mí si puedes (Mayo 2024) Candidata al Premio Literario Amazon Storyteller 2024
- Las chicas de ñoro (Marzo 2025)
- Una canguro en apuros (Febrero 2026)



También puedes disfrutar de algunos de sus trabajos en audiolibro en la plataforma Escuxa_app. Los encontrarás en el código QR.



Todos los libros de Dana Daríus se encuentran disponibles en Amazon. Para saber más, escanea el código QR.



Página web de Dana Daríus, donde encontrarás curiosidades y más:

BIOGRAFÍA



Nací en Badalona, una hermosa ciudad de Barcelona, el 15 de septiembre de 1984. Aunque, curiosamente, mi DNI dice que fue el 16. Desde siempre, he sentido una profunda pasión por la lectura y la escritura, aunque mi vida profesional estuvo inicialmente dedicada a los números. Soy una persona cariñosa, romántica, soñadora y muy amiga de mis amigos. Pero, sin duda, lo más importante en mi vida es mi familia: mis dos maravillosos hijos, que me tienen completamente enamorada, y mi esposo, mi compañero de vida, quien ha sido mi mayor apoyo en

cada paso que he decidido dar.

Mi aventura como escritora comenzó en 2018, y desde entonces no he podido parar. Me apasiona crear historias que hagan vibrar a los lectores, que les permitan evadirse de su rutina y sumergirse en mundos llenos de emociones, amor y finales felices. Para mí, la conexión con quienes leen mis novelas es esencial; por eso, siempre estoy disponible en mis redes sociales para interactuar y compartir con ellos.

Soy cabezona e impulsiva, y eso, aunque a veces es un reto, me ha llevado a no rendirme nunca. Cuando algo se me mete en la cabeza,

no paro hasta conseguirlo. Esta determinación me ha permitido crecer, aprender y volar alto en mi camino como autora. Creo firmemente que el aprendizaje es un viaje sin fin, y cada paso que doy lo hago con el objetivo de mejorar y ofrecer lo mejor de mí.

Escribir es mi pasión, mi refugio y mi forma de expresar todo lo que llevo dentro. Si eres de los que disfrutan de historias llenas de romance y finales que hacen suspirar, te invito a descubrir mis novelas. Estoy segura de que encontrarás personajes y tramas que te enamorarán. ¡Atrévete a soñar conmigo!

¡Te espero con los brazos abiertos para compartir juntos esta aventura literaria!
